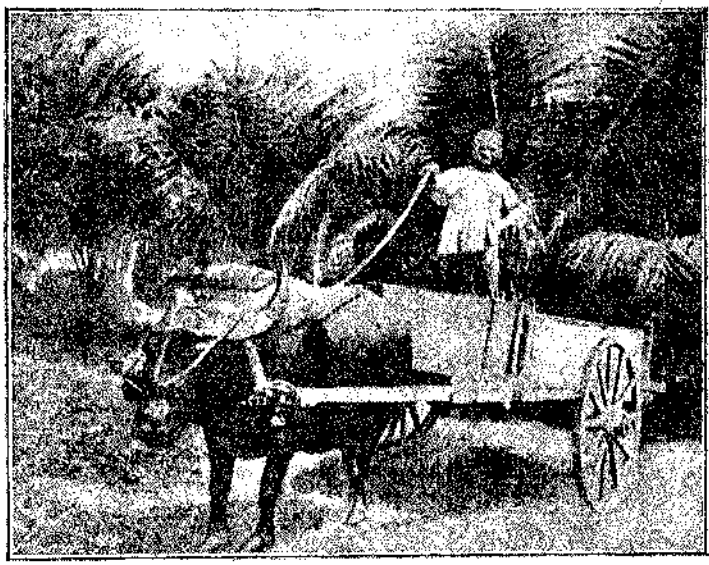
Noticias de los Misioneros
de las Islas Carolinas y Marianas



LABORES DEL CAMPO

MADRID
TIPOGRAFIA CATÓLICA
A. FONTANA
7—San Bernardo—7
1921

(*Con las licencias necesarias*)

JHS

Noticias de los misioneros de las Islas Carolinas y Marianas

Dos palabras al lector

Cosa sabida es por las almas piadosas cómo por una Providencia especial de Dios nuestro Señor han venido a encargarse de la difícil Misión de las Islas Carolinas y Marianas las cuatro Provincias de la Compañía de Jesús de nuestra católica España.

Estas Islas están situadas en la Micronesia y forman uno de los Archipiélagos de la Oceanía. Entre todas ocupan y abarcan una extensión de cerca de 2.000.000 de Ktros. cuadrados. Incluídas las Palaos, el grupo más occidental, son generalmente de formación madrepórica y se dividen en tres grupos, oriental, central y occidental. El clima, a pesar de estar tan cercano al Ecuador, es templado y suavizado por las brisas del mar. Llueve en abundancia, sobre todo en la temporada del verano.

Los habitantes de este Archipiélago pertenecen a la raza malayo-polinesia, aunque en muchas de las Islas hay una numerosa representación de la raza negra. El trabajo de los nuevos Misioneros ha de ser inmenso en la labor de evangelizar a estos naturales. Es cierto que las Marianas fueron evangelizadas por Misioneros jesuítas españoles y eclesiásticamente pertenecían a la Diócesis de Cebú en las Filipinas; pero son tantas las vicisitudes por que han pasado estos cristianos llamados chamorros, *que hay que hacer todavía mucho con ellos, sobre todo por los quebrantos que han sufrido estos últimos años pasando del dominio de España al de Alemania y por último al del Japón. Más difícil es la cristianización de los Carolinos, pues, como es sabido, la luz del Evangelio sólo penetró en ellos a fines del siglo pasado y hay en aquellas Islas una intensa propaganda protestante.*

Apesar de todas estas dificultades, la Compañía de Jesús fiel al espíritu de su Fundador y sobre todo al del gran Apóstol de la India S. Francisco Javier, aceptó gustosísima esta Misión por medio del M. R. P. General Wlodimiro Ledochowsky y a su vez las cuatro Provincias españolas se ofrecieron generosamente para tal empresa. No menos de 22 sujetos salieron el año pasado de 1920 para aquellaa Islas y actualmente trabajan en medio de privaciones y sudores en la restauración de aquellas cristiandades y en la evangelización y civilización de aquellas pobrecitas almas redimidas por la Sangre de Jesucristo. Verdaderamente son consoladoras las noticias que de allá nos llegan

continuamente relatando el modo cómo fueron recibidos por las autoridades Japonesas y sobre todo el cariño con que fueron acogidos los nuevos Misioneros hijos del gran Padre S. Ignacio y del Apóstol de las Indias S. Francisco Javier. Es verdad que tienen no poco que sufrir, pero también es cierto que el Señor los consuela y premia en sus trabajos apostólicos.

Celosísimo por el bien de aquellas cristiandades nuestro M. R. P. General dispuso que este año de 1921 partiese una nueva expedición de Misioneros para aquellas remotas regiones. Las cuatro Provincias españolas de la Compañía han respondido llenas de generosidad a este llamamiento y en estos momentos navegan con rumbo al Japón y después a las Carolinas y Marianas ocho nuevos Misioneros y otros dos se preparan para emprender cuanto antes tan larga navegación. ¡Qué consuelo tan grande experimenta el alma al ver a esos generosos corazones desprenderse de todos los afectos humanos y lanzarse llenos de santa alegría a una empresa tan difícil!

Ahora es necesario, cristiano lector, que nosotros también seamos generosos con Dios nuestro Señor. Es necesario que elevemos nuestras oraciones al cielo pidiendo por los Misioneros para que el Señor los consuele en medio de sus fatigas y los conforte en su penoso ministerio. Es necesario que pidamos al Señor por aquellas pobrecitas almas para que las unas restauren las pérdidas ocasionadas por los desastres pasados y para que las otras abran sus corazones y sus entendimientos a la luz del Evangelio y se conviertan a nuestra santa fe. Además, es necesario que ayudemos a los Misioneros con nuestras limosnas. Es cierto que el año pasado y lo mismo este año ha habido almas generosas que han contribuido con cuantiosas limosnas para el establecimiento de la nueva Misión de las Carolinas y Marianas. Es cierto también que el año pasado y lo mismo este año el Señor ha proveído de una manera maravillosa para los gastos del viaje de los Misioneros, que en verdad no son pequeños. Es asimismo cierto, que ha habido y hay almas que han contribuído al establecimiento de la Misión con multitud de objetos propios del caso. Pero ¡queda todavía tanto que hacer! ¡Son tantas las cosas de que necesitan estos pobres Misioneros! ¡Nos es tan fácil contribuir al alivio del Misionero y a la felicidad de aquellos pobrecitos cristianos! Así, pues, seamos dadivosos con Dios nuestro Señor que Él será nuestra recompensa.

Para consuelo de aquellas almas que han contribuído con sus limosnas y con sus donativos al establecimiento de esta querida Misión de las Islas Carolinas y Marianas, publicamos el presente folleto u opúsculo para que alaben a Dios nuestro Señor en sus siervos y para que se enteren de la marcha y progreso de aquellas cristiandades.

Publicamos en primer término la preciosa carta que nuestro M. R. P. General, Wlodimiro Ledochowsky, dirige a las Provincias de España de la Compañía de Jesús dándoles cuenta del estado de la Misión de las Carolinas y

Marianas y encargándoles manden Misioneros para la evangelización de aquellós isleños.

Después publicamos varias cartas de los Misioneros en las que dan cuenta del viaje a aquellas apartadas regiones. Cartas llenas de unción evangélica, de muy curiosas noticias y sobre todo de una santa alegría.

También publicamos algunas cartas después de su llegada, en las que nos hablan de las costumbres, idioma etc. etc. de los naturales.

Para terminar, publicamos asimismo la relación de las personas que han dado limosnas y donativos para los pobres Misioneros como testimonio de gratitud y agradecimiento.

¡Dichosas y mil veces dichosas aquellas almas que saben consolar y remediar con sus limosnas a aquellas otras almas que todo lo han sacrificado para gloria de Dios y bien de sus escogidos!!

Madrid 3 de Diciembre de 1921, fiesta de S. Francisco Javier.

Antonio S. Valdecasas, S. J.

Procurador de la Misión de las Islas Carolinas y Marianas.

I

Carta del M. R. P. General Wlodimiro Ledochowsky a los Padres y Hermanos de las provincias de España.

«Reverendos Padres y Hermanos en Cristo carísimos: P. Xti.—La Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe me comunicó hace poco en una carta, que rebosa amargura, el peligro que corren los fieles indígenas de las Islas Marianas y Carolinas, no ya de no poder ejercer los actos del culto católico, sino hasta de perder la fe; pues desde hace cuatro años están privados de los auxilios espirituales, por no haber entre ellos ni un sacerdote.

Hace tiempo, aquel Vicariato, gracias a la dirección y al desvelo de los Hermanos Menores de San Francisco, llamados Capuchinos, de la provincia de Westfalia, daba ubérrimos y sazonados frutos de piedad, a reportar los cuales cooperaban diez y seis sacerdotes con su Vicario Apostólico y otros tantos Hermanos legos y doce Religiosas de la Tercera Orden de San Francisco. Esta falange de Ministros evangélicos habían establecido catorce estaciones o residencias mayores en las principales Islas; nueve residencias menores en diversos sitios. Tenían sesenta y tres escuelas y cinco internados, donde recibían educación cristiana unos 900, entre niños y niñas. Por término medio, recibían el santo bautismo cada año unos 300 adultos o más.

Cuando más floreciente y llena de esperanzas vivía esta cristiandad, al abrigo de la paz, he aquí que, soplando sobre ella el huracán de la guerra europea, vino al suelo en un momento todo el fruto. Ocupadas las Islas por los japoneses, tuvieron los religiosos, que eran de nación alemanes, que abandonar la Misión, sin quedar ni uno, y sin esperanzas de volver en lo sucesivo; y es cosa que parte el corazón ver a los naturales del país, abandonados a sus propias fuerzas espirituales, medio muertos de hambre, pedir el pan de la palabra divina, clamar por el ali-

mento espiritual de sus almas a grandes voces, sin que nadie les oiga, sin que nadie vaya a partirles el pan de las salvadoras enseñanzas de la Religión.

En cuanto la Sagrada Congregación tuvo de ello noticia, no dejó piedra por mover para acudir a aquel rebaño de la iglesia y darle nuevos pastores. Inmediatamente acudió al Gobierno japonés, preguntándole si permitiría que otros Misioneros sustituyesen a los que habían tenido que abandonar las Islas, y habiéndolo concedido dicho Gobierno, siempre con ciertas condiciones, la misma Sagrada Congregación de la Propagación de la Fe suplicó a varias Ordenes religiosas que quisiesen enviar nuevos operarios para tan necesaria expedición. Pero, ¡oh dolor! Ninguna de esas Ordenes religiosas pudo ofrecerse a la empresa, porque era grande la penuria de sujetos que padecían.

Perdidas las esperanzas de poder encomendar la Misión a otras Ordenes, recurrió a la Compañía de Jesús, expresándose de tal suerte y excitándonos con tales argumentos para que tomásemos, cuando menos por ahora, el cuidado de esta Misión, que se echaba de ver enseguida cuál era la voluntad de la Santa Sede.

Cierto, no se me oculta que todas nuestras Provincias están harto ocupadas con tantos y tan diversos ministerios, que apenas tienen bastantes fuerzas para llevarlos todos a término, y, como si ellos fueran pocos, todavía, con las graves dificultades que para el régimen de las almas nacen por doquiera, nos llaman y nos urgen para tomar otros, en especial los Prelados. Ni se me oculta tampoco que la Misión, para salvar la cual de inminente ruina, se nos llama, a más de las ordinarias molestias, inherentes a las otras, está sembrada de otras dificultades, ni cortas en número ni despreciables en importancia; de lo cual nace el que tengan que encomendarse esas Misiones a hombres solidamente espirituales, dotados de no mediana ciencia, y de una salud robusta y fuerte; y las Provincias, como es natural, no pueden desprenderse de semejantes sujetos sin grande sacrificio.

Sin embargo, cuando pienso que fueron nuestros Padres los que llevaron la Luz del Evangelio a aquellas apartadas regiones y por difundirla derramaron su sangre nada menos que trece hermanos nuestros; cuando pienso además en el voto que nos liga al Romano Pontífice para ir a Misiones, si así le place al Vicario de Cristo; cuando me excita, suave pero fuertemente, la divina prudencia de aquella Regla que pone nuestro Santo Padre en las Constituciones, y dice que en la tan extensa viña

del Señor se ha de elegir, en igualdad de circunstancias, la parte que esté más necesitada por la penuria de operarios y por el estado de miseria de nuestros prójimos con peligro de la eterna condenación, confieso que, después de pesar todas las razones y de pedir al Señor luz en el asunto, me parece ser muy en obsequio de Dios y según la mente de nuestro Instituto el que con voluntad pronta y perfecta cumplamos los deseos de la Santa Sede Apostólica.

En este sentido, pues, respondí a la Sagrada Congregación que nosotros estábamos dispuestos a volar en socorro de aquellos cristianos que tanta necesidad de auxilios espirituales padecían. Como el Gobierno japonés había declarado que no admitiría en las Islas Marianas y Carolinas sacerdotes que viniesen de todas las naciones, sino solamente de ciertas y determinadas nacionalidades, me pareció, después de consultarlo con los Padres Asistentes, que se debía hacer esta leva de nuevos misioneros en España; pues no pude ni dudar siquiera que los Padres y Hermanos españoles, tan leales siempre a la Cátedra de Pedro y tan fervorosos en el celo de la salvación de las almas, habían de prestarse enseguida a secundar mis deseos con generosidad y con presteza. Y tanta mayor era mi certeza de que así pasaría, cuanto que sé muy bien los santos deseos que os inflaman, Padres y Hermanos carísimos españoles, de seguir las huellas de aquellos ilustres pregoneros del Evangelio que se llamaban Diego Luis de San Vítores, Luis de Medina, Francisco Ezquerra y otros muchos, que, ardiendo en purísimo amor de Cristo, llevó la generosa Madre España hasta las playas Marianas a fines del siglo diez y siete.

Pero como ninguna de vuestras Provincias, aunque florecientísimas en la actualidad, podría dar ella sola el número suficiente de misioneros, esperamos que cada una pondrá su parte con ánimo generoso en esta grande obra. Así se logrará el que, sin grande detrimento, pueda formarse una selecta falange de Padres y Hermanos Coadjutores que, deseosos de seguir preclaros ejemplos de sus mayores, se ofrezcan voluntariamente para marchar a las lejanas playas de las Islas Marianas y Carolinas. Por eso, todo el que, después de larga oración delante de Dios, se sienta con ánimo para seguir trabajando en este campo nuevo que hoy se abre al celo de la Compañía de Jesús, no tenga reparo en manifestarlo a su Padre Provincial, el cual, a su vez, después de hacer las indagaciones de costumbre y de pedir luz al Señor, me propondrá, de entre todos, los que le parezcan más idóneos para obra de tanta importancia.

Esta nueva Misión, por ahora, con el Superior que se elegirá de entre los que se brindaren a ella, será regida directamente por el mismo Prepósito General.

No resta, pues, sino daros mi bendición, Padres y Hermanos carísimos, con toda mi alma, rogando al Señor que, así como os dará a cada uno de vosotros el deseo, os dé también el poderlo realizar según los planes de la infinita bondad de su suavísimo Corazón.

Me encomiendo... Roma, festividad de San José, 19 Marzo 1920.— De todos Siervo en Cristo. WLODIMIRO LEDOCHOWSKI, Prep. General de la Compañía de Jesús.» (1)

Como sabemos, hubo donde hacer la elección, pues fueron muchos los que se brindaron de todas las Provincias de España. Quedó nombrado Provicario Apostólico el P. Santiago López de Rego, y a principios de Diciembre se puso en camino la expedición. Las peripecias del viaje las han ido contando muy por menudo en diversas cartas que vamos a saborear.

De entre las cartas de los Misioneros, la relación más completa del viaje es la escrita por el H. Paulino Cobo, al R. P. Rector de Granada, que es una especie de diario. La pondremos íntegra y de las cartas de los otros Misioneros iremos omitiendo lo que repiten de lo ya dicho por el Hermano.

(1) *Acta Romana S. J. Anno 1920*, pág. 280.

II

PRIMERAS CARTAS SOBRE EL VIAJE

Carta del Hermano Cobo al P. Rector de Granada.

Mar Rojo, 29 Diciembre 1920.

Amado en Cristo Jesús P. Rector: La gracia y amor de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre en nuestros corazones.

Como ya sé, amadísimo P. Rector, que V. R. y los demás PP. y HH. de esa santa casa, gustan saber algunas impresiones de mi viaje, yo con todo el afecto de mi alma lo haré con mucho gusto, para así corresponder en alguna manera al mucho afecto y amor que todos los PP., estudiantes, y sobre todo mis inolvidables coadjutores, me dieron y demostraron durante los cuatro años no cumplidos que residí en esa santa casa.

Como ya sabe V. R. el 24 de Julio recibí el aviso para ir a las Carolinas. En seguida, y por mediación de los Superiores, me puse en camino, y así el 27 del mismo mes me encontraba en Madrid. Aquí tuve que estar esperando cuatro meses, parte por no estar terminados los asuntos, parte por la mucha escasez de vapores, que ni a mí ni a mis veintiún compañeros pudieron dar pasaporte. Por fin, después de no pocos dares y tomares, en la Mensajería marítima de los vapores franceses, nos dieron catorce pasajes para el 15 de Diciembre. Aceptados, y ya para salir de Madrid, nos avisan que un vapor extraordinario japonés, llamado *Cumanu Maru* nos ofrecía ocho pasajes, eran los que nos hacían falta para completar los veintidos que debíamos ir a dichas islas, y así, después de haber consultado con precipitación el P. Rego con el P. Prepósito, aceptaron la oferta de los ocho pasajes.

Pocos días antes escribía el P. Asistente que, fiados en la protección de Nuestro Señor Jesucristo, nos pusiéramos todos cuanto antes en camino.

Primera expedición

Era el 2 de Diciembre, y el vapor japonés anunció la salida de Marsella el 10 próximo.

Los PP. y HH. de la segunda expedición, nada tenían preparado, porque ellos creían por lo menos que no saldrían hasta Mayo o Julio, por

lo que el P. Rego dispuso, que los PP. Gumucio, Pájaro, Espinal, Herrera y los HH. Mancera, García, Tudanca y yo, que estábamos preparados, fuéramos a Marsella y tomáramos el vapor japonés, mientras los otros preparaban los pasaportes para ir en el vapor francés que salía el 15.

El mismo día, 2 de Diciembre, por la noche, partimos de Madrid para Barcelona cuatro, dos irían por otro camino, y otros dos estaban ya adelante arreglando asuntos.

El día 3, por la mañana, llegamos a Barcelona, después de haber pasado muy buena noche. Una cosa nos hizo cambiar algo los semblantes: era que los tranvías y coches estaban en huelga y los bultos que nosotros llevábamos no eran pocos, ni tampoco pequeños; por fin, dos mozos de estación cogieron un carretón y tirando de él como dos caballitos nos llevaron los equipajes al Colegio.

Eran las once, oímos Misa y comulgamos, y después de un breve y ligero desayuno, nos fuímos a Sarriá. Eran las doce, hicimos una visita al Santísimo, y a comer. Después, recreo con los Teólogos; los Toledanos no cesaban de hacer preguntas, ya por los de Granada, ora por los de Madrid; una máquina contestando no hubiera dado a basto para poder complacer a todos. Terminado el recreo, un ratito de siesta, ¡cuánto lo agradecí!; a pesar que los cantos de los ejercitantes haciendo el Via Crucis y el tocar de las campanas de la parroquia, me hacían alterar el sueño. Después, los HH. Alcañiz y Rodríguez me llevaron al Tibi-Dabo dando un paseíto. Este sitio es hermosísimo, domina toda la ciudad, puerto y pueblos circunvecinos; allí parecía alegrarse el alma y eleverse el espíritu. Por la noche, vuelta a casa. Terminando estaban los congregantes la novena de la Virgen, que celebran aquí con grande pompa, que alternaban el coro y el pueblo. Terminó la fiesta con el sermón que predicó el Obispo de la India y la bendición. Yo salí encantado por los acordes que salían los cantos del coro y pueblo, y por la variación.

Día 4.—Salida de Barcelona para Marsella. Eramos seis, los Padres Herrera, Pájaro y los HH. Mancera, Tudanca, García y yo. El P. Espinal vendría un día después, y el P. Gumucio seguía adelante con el equipaje que llevaba un vagón facturado; este equipaje se reducía a treinta y cinco baúles.

Todos alegres y triunfantes llegamos a Cerbere; era primera estación francesa y a la verdad fué la primera estación; porque hay que dejar en este puerto los trenes españoles, y tomar los franceses. Aquí nos exigían para poder pasar los pasaportes, y ¿cómo hacerlo si el H. Mancera no

Segunda expedición

los tenía?, tenía el pase de quintas, y le dijeron: «que si el Cónsul francés se lo firmaba podría pasar». El pasaporte lo tenía el P. Gumucio, por-

que los dos salieron juntos de Madrid. Estaba el Cónsul en Port-Bou, y para que no se quedara solo le acompañó el H. García. Los dos se encaminaron al pueblo, y como no les dejaron pasar, tuvieron que atravesar los Pirineos, no sin gran peligro de estrellarse, porque los fuertes vientos los querían precipitar. Por fin, el Cónsul se compadeció de lo que pasaba, y visó el documento, y los dos, muy contentos con que podían ya pasar, se fueron a comer y en el primer tren salieron para Marsella.

Entre tanto, los otros cuatro restantes nos habíamos puesto en camino, no sin algún contratiempo, porque nos juntamos con diecisiete bultos. No cabían en el vagón, y como no éramos más que cuatro, un factor vino y nos hizo tirar al suelo cuatro bultos. Nada le entendíamos de lo mucho que hablaba el buen francés; pero tenía mucha razón. El nos ayudó a facturarlos y echarlos al mismo tren. Después corriendo nos subimos al tren, pues todo esto había que hacerlo en menos de cinco minutos. Todos teníamos el pulso y el corazón dando saltos, menos el Padre Herrera que nos decía con mucha gracia: «No os apuréis, que para cosas mayores nos ha escogido el Señor.»

Poco después dieron las siete, y había que cambiar de tren; cenamos, y después al fresco por falta de local; el frío nos helaba las carnes, de tal manera, que ni las ropas ni los muchos paseos, eran medicina para tal enfermedad; así hasta las tres de la mañana que llegó el tren. Entre tanto llegaron los otros dos Hermanos.

Día 5.—Llegada a Marsella; cuatro con nuestros Padres, y los demás en la fonda, pues no tenían sitio para más. Nos avisan que el vapor llega, y sale el 11.

Día 6.—Llega el P. Espinal. Los PP. españoles del Corazón de María, se ofrecieron para cuanto les necesitáramos. Uno de ellos llamado Tura acompaña a los HH. y nos lleva por toda la ciudad. Así se pasaron los días siguientes, 7, 8, 9, 10, 11 y 12. El vapor se retrasó; está para el 13 la salida.

El 8 llegó el P. Gumucio, y el día 11 la segunda expedición; el 12 el P. Castro y el 13 el P. Rodés.

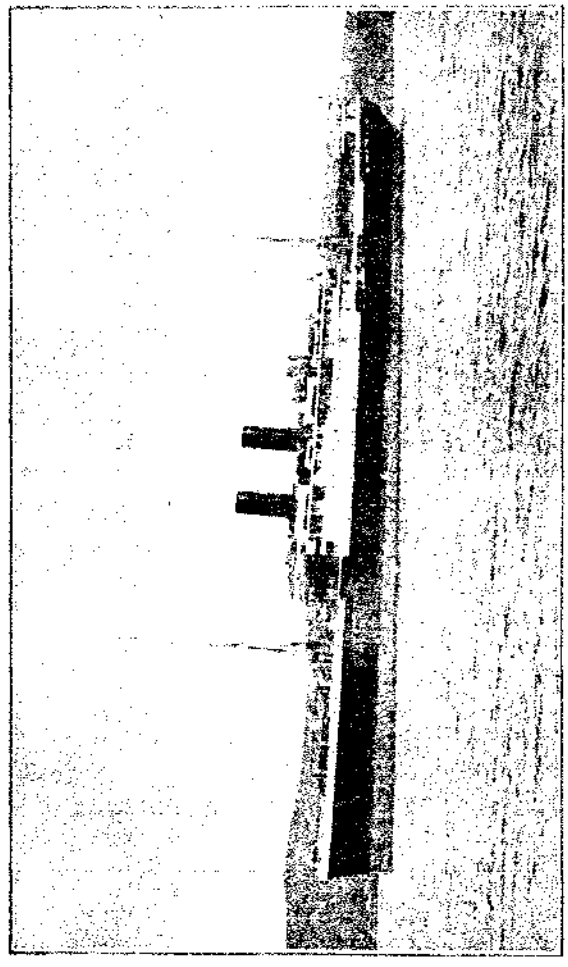
El 14 por la tarde nos embarcamos los ocho primeros, y este día sacaron la primera fotografía, aunque faltaron tres.

El 13 por la mañana dijeron Misa los PP. en la ciudad. A las doce, salida de Marsella. Los PP. del Corazón de María nos acompañaron hasta lo último. Ya estamos en el mar.

Día 14.—Cuatro y treinta, levantarse, oir Misa y comulgar, oración.

Ocho y treinta, desayuno, descanso. Doce y treinta, comida, descanso, lectura espiritual y rosario. Siete y treinta, cena, descanso, puntos, examen, acostarse a las nueve.

Para la santa Misa se improvisa un altar en uno de los dos camaro-



"Angkor,,

tes, y en él celebran los cuatro PP. Aquí no hay otros ministros que un pastor protestante. Los pasajeros son casi todos ingleses y japoneses. Con el único que nos podemos tratar es con un griego que sabe el italiano; se ha mostrado muy atento y nos ha hecho no pocos servicios

que eran necesarios, porque nosotros no sabíamos el inglés; él perfectamente. Es de la secta de los cismáticos-griegos. En las oraciones de V. R. y de las de los demás, téngante presente. También se han mostrado muy atentos dos hermanitos indios que vienen de terminar la carrera de medicina.

Este día lo hemos pasado muy bien hasta por la tarde; por la noche todos mareados; dos fuimos de los ocho a cenar, pero cenamos muy poco, pues ya se nos habían limpiado los estómagos. Los fuertes vientos, la no pequeña tempestad, y los relámpagos, fueron suficientes para no pasar buena noche. El estrecho de Bonifacio lo pasamos por la mañana, dejando a derecha e izquierda a las islas Córcega y Cerdeña, la una de Italia y la otra de Francia.

Día 15.—Los PP. no pueden celebrar; todos algo mareados; el mar seguía turbado con grande oleaje. A las doce pasábamos por las islas Lipari; el Strómboli estaba echando humo por dos bocas, así dicen que está siempre; sobre su falda hay dos pueblecitos; yo no sé como se atreven a vivir allí. A las cinco pasábamos el estrecho de Mesina, a la derecha Mesina y Sicilia, y a la izquierda a Regio e Italia; el mar muy fuerte y bravo.

Día 16.—La noche muy mala; los PP. no pueden celebrar; el mar seguía muy movido; las olas alguna vez subían sobre cubierta. Hoy no vimos tierra, el día fué tremendo y todo seguido; yo, a Dios gracias, fuera de la segunda tarde lo pasé perfectamente; los otros casi todos se encontraban desanimados, y no era para menos, pues no comían.

Día 17.—Todos más animados, pero no pueden celebrar; el mar se va sosegando; todos, por fin, empiezan a comer a las cuatro de la tarde. Pasamos por la isla de Creta dejándola a la izquierda.

Día 18.—La noche mala; los PP. no celebran; ya ve V. R. que el único consuelo también nos falta. Tiempo agradable; el mar se va sosegando. Este día he aprendido algunas oraciones latinas que el H. Hernández no pudo hacérmelas aprender.

Día 19—Llegada a Port-Said. Desde este puerto ya le escribí a V. R. de prisa y antes de llegar, porque decían no paraba más que dos horas; no fué así, porque paró desde las once del domingo hasta las tres del día siguiente. Vimos esta pequeña ciudad, hicimos una visita al Santísimo en una iglesia de PP. Franciscanos, creo era la única que había católica en esta ciudad.

Aquí ví ya por primera vez a los negritos, y a los hombres vestidos

con faldas y otras sayas, que me causaba risa el verlos. La ciudad es muy artística, muy bonita.

Día 20.—A las tres de la mañana empezamos a pasar el canal de Suez; por aquí pasó la Sagrada Familia yendo y retrocediendo de Egipto, cuando no era canal. A la derecha se deja Alejandría y Egipto, y más adentro a Africa, y a la izquierda el Asia. No ví otra cosa durante la travesía que unas llanuras sin término, sólo arenas se veían, y grandes montones de pajaritos que no encontraban otro apoyo que los hilos eléctricos, pues los árboles no sé si sabrán que no existen. El canal no se puede atravesar en un día, por ser muy estrecho y tener que estar esperando a que otro pase, y por lo mismo va muy despacio. Tuvimos que hacer noche parados, porque estaban en Port-Said en huelga, y no nos dieron acumuladores para poder andar de noche por el canal. No era difícil por este paso ver grandes manadas de camellos.

Día 21.—A las once llegamos a Suez; el vapor no se detuvo; entrada en el mar Rojo: tiempo de primavera. De ocho a nueve pasábamos frente al monte Sinaí, si hubiera sido de día lo hubiéramos visto. En España serían las cinco o cinco y treinta.

Día 22.—Ya hemos empezado a sudar y estamos de enhorabuena porque hace algo de airecillo. En veinticuatro horas hemos andado 304 millas.

Día 23.—Tiempo caluroso, el mar tranquilo.

Día 24.—Calor, el mar regular, si no se empeora podrán los PP. celebrar mañana, sin interrupción han celebrado desde el domingo. Llevamos tres días sin ver tierra.

Día 25.—La noche mala, el mar muy alborotado. El P. Herrera no pudo celebrar, los otros tres celebraron apesar del grande oleaje en el comedor, con el permiso correspondiente del capitán. Adornaron este día el comedor con todas las banderas nacionales, sin descontar la nuestra. A eso de las diez se calmó el mar y dejaron las olas de subir sobre cubierta. Durante la comida nos hicieron un regalito que no fué de poco agradecer, era un sobre que contenía cinco postales, no religiosas como en España se acostumbra en tales días, sino que representaban vistas de riscos y peñascos. Por la tarde nos invitaron a que asistiéramos a una fiesta que se llamaba de los niños. El P. Herrera tuvo que decirles que no podíamos, porque tenía aspecto de protestante, porque allí estaba el pastor. Por la noche otro regalito, el cual consistía en unos gorros y caretas, que todos se debían poner para asistir a la fiesta de salón que precedía. Escribieron una carta en castellano invitándonos, y diciendo lo que

se haría en ellas, y diciendo que ya que por la tarde no habíamos asistido, a lo menos fuéramos a la de por la noche, a la que tuvo que contestar el Padre con otra escusa. Así nos libramos de asistir a fiestas al parecer tan ridículas: no podía menos de acordarme de las que años atrás había pasado en la santa casa de Granada.

Del 25 hasta hoy, 2 de Enero, no se nos ha ofrecido cosa alguna digna de mención, fuera de los días 29 y 30 que estuvo el mar algo alborotado.

El día 1.° de año lo pasamos muy bien, aunque no pudimos celebrar la fiesta que entre nosotros se acostumbra. Las Misas se dijeron en el comedor, sólo asistió uno, de los pocos católicos que venían. Este día parece que es de gran solemnidad para los japoneses, y que es el señalado para adorar a sus dioses. Algunos adoran al sol en su salida, o sea por la mañana. El sol debe ser uno de los no pocos dioses que tienen.

En toda la travesía de los mares Rojo e Indico hemos podido notar que el Señor se goza y alegra del pequeño sacrificio que hemos hecho al ofrecernos a la empresa a que vamos, pues parece que nos lo quiere pagar cuanto antes, y así parece que nos lo ha querido demostrar en la travesía de estos dos mares, tal era el poco calor, que nos parecía no estar en ellos, cuando casi no los atraviesa alguno, que no le quede algún recuerdo.

Son las doce de nuestro reloj, las siete próximamente, voy a comer... Ya vengo de comer.

¡Cómo, Padre, explicarles el fervor con que los negritos sacan sus medallas, juntan las manos, y mirando al cielo piden se les dé la bendición!

Los PP. no poco asombrados al verlos en sus barquitas y rogando de esta manera, aunque la lengua no la entienden, les dan la bendición. Parece que son muchos los cristianos que hay por aquí: los cristianos negritos.

Nada mas por hoy, amadísimo Padre, ayer día de su santo le tuve muy presente en mis pobres oraciones.

Un afectísimo saludo a todos los PP. y HH. de esa santa casa. En las SS. OO. de V. R. me encomiendo. Afectísimo s. en Jesucristo.

PAULINO COBO, S. J.

De Colombo, a 2 de Enero de 1921.

Carta del Provicario Apostólico,
R. P. Santiago López de Rego.

Mar Rojo, 26 de Diciembre de 1920.

Amadísimos en Cto. HH., Filósofos, Juniores, Novicios y Coadjutores: *Gloria in altissimis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis*. ¡Bendita la hora en que dejando el mundo y sus vanidades, por mirarles Cristo con amor, correspondieron a su mirada con predilección y le siguieron! «*Intuitus eum, dilexit eum.*» Con rumbo al Japón, y con el mar algo agitado, escribo esta sobre cubierta, pensando que me parece ha llegado la hora de grandes conversiones en el Celeste Imperio, y ya que San Francisco Javier nos legó con su mirada moribunda hacia el Japón, ese reino como futura herencia, quiere el Divino Corazón, por medio de su Inmaculada Madre, ponerlo en manos de su amada y mínima Compañía. El Japón ha sido consagrado al Divino Corazón y su bandera, engalanada con su sagrada insignia, ondea, con las de otras naciones, en el Santuario de Paray le Monial. Para tomar las grandes ciudades hay que abrir brechas; gloriosísima es la Universidad en Tokyo, y ya un grupo de valientes católicos se presenta denodado a la lucha, mereciendo honorífica mención el capitán Yamamoto, fundador de un Club o Centro científico, para discutir las ideas religiosas. A él se debe haber conseguido el Gobierno japonés, que ya que los Misioneros Jesuítas españoles van a moralizar las Carolinas y fomentar la unión y sumisión al Japón, haya dado 10.000 pesos para los gastos del viaje; su retrato viene en uno de los números pasados del «Siglo de las Misiones». Las islas a donde navegamos están llenas de japoneses y el Gobierno trata de japonizarlas a todo trance. Para ello ha llevado a Tokyo los jefes de todas las islas; los han agasajado, y luego les han ordenado que dividan las islas en parcelas y las entreguen a las familias con medios para cultivarlas y sacar todos los productos tropicales que puedan, pues de no hacerlo, como escribían los Misioneros alemanes, estaban condenados a morir de inacción y anemia. Además de las islas de Palaos, han llevado a las escuelas del Japón unos 200 jóvenes, de los cuales unos 20 aventajados pasarán a las escuelas imperiales del Japón. Creen, pues, muchos que poco podemos hacer enseñando español, y que se impone aprender el japonés y procurar a todo trance, formar clero indígena.

La grandeza, pues, de la Misión de Carolinas, está, en gran parte, de sus miras al Japón. Hay que formar Apóstoles para este Imperio, y, por lo tanto, para animar a mis carísimos que se vayan preparando los elegidos, voy a poner aquí algunos datos del opúsculo escrito en francés y que vino a mis manos aquí, en el buque, titulado «Llamamiento a las Almas Apostólicas en favor del Japón». «En este momento, un pueblo predestinado, nos parece el Japón». Sembrada la fe por el gran Apóstol San Francisco Javier, en 1549, al ver el interés y generosidad de los japoneses por abrazar la fe, sintió una predilección especial hacia esa nación, no dudando en llamarla «sus delicias». En 1590 había unos 300.000 cristianos, y, entre ellos, nobles y señores feudales; y enviaron a Roma dos embajadas, célebres en su historia religiosa. Presentada la batalla al infierno, rompe el fuego formidablemente y corre victoriosa la sangre de sus generosos mártires para regar aquella tierra inculta y hacerla fertilísima, para producir frutos del cielo. Los enemigos creyeron exterminada la semilla evangélica, y, sin embargo, durante dos siglos y medio, los cristianos, refugiados en islas y aldeas, continuaban practicando la religión con todos sus ritos y ceremonias, aunque privados de sacerdotes. Y cuando en 1860 lograron entrar algunos Misioneros, contemplaron con gran alegría conservada la fe y atraídos a ella gran número de paganos. Actualmente hay en el territorio de Nangasaki 77.000 católicos, gente sencilla y pobre de bienes de la tierra, precisamente por verse perseguidos y aislados, pero llenos de virtudes alcanzadas en tanta prueba. El resto de la población, se eleva a 59.000.000, de los cuales 120.000 son protestantes o cismáticos, y los demás son budistas, aunque los ilustrados no creen en sus doctrinas, y son muchos simplemente ateos.

El interés principal está en que el Japón es en el momento actual, el país más influyente en el Extremo-Oriente. Restaurado el poder imperial, y asegurada la unidad nacional desde 1867, el Japón abrió sus puertas a la civilización europea y proclamó la libertad de conciencia. En poco ha llegado a ser potencia de primer orden. Se anexionó la Formosa y Corea, y, en la guerra europea, las colonias alemanas. Progresan en agricultura, e industria y comercio rápidamente. Y sus escuelas no desmerecen en nada de las mejores de Europa; pero en enseñanza, ajena por lo menos, sino hostil a la verdadera Religión. Yendo allí estudiantes de China, de Filipinas y de la India, la conversión del Japón entraña la de muchos países del Extremo-Oriente, y así «por la gloria de Dios y la salvación de medio mundo, es necesario que el Japón se convierta». Los obs-

táculos son el racionalismo y materialismo de los literatos, y el Shintvismo, religión nacional de conservación del orden y autoridad, y protestantismo con sus recursos.

Pero hay que confiar en El que dijo: «*Confidite: ego vici mundum.*» 1.°, por el poder de la gracia divina; 2.°, porque no se ha recogido aún el fruto de la sangre de los mártires y sudores de los Misioneros; 3.°, por el interés grande de la Santa Sede; 4.°, por la consagración del Sagrado Corazón; 5.°, por las conversiones notables que observamos entre las clases directoras, y 6.°, por el entusiasmo de la Juventud Católica Japonesa que sólo en Tokyo cuenta con más de 200 miembros. Todo esto nos hace oír, de los labios de Cristo, aquéllas sus expresiones: «Levantad los ojos y ved las campiñas ya maduras para la cosecha.» Y qué, ¿no seremos nosotros quiénes recojamos con alegría lo que otros sembraran con lágrimas?

59.000.000 en Japón, con 77.000 católicos.

16.500.000 en Corea, con 88.500 católicos.

3.500.000 en Formosa, con 5.000 católicos; en suma, 170.500 católicos para una población de 79.000.000. ¡Campo inmenso al celo apostólico! Hay que evangelizar, educar a la juventud, fomentar la Prensa, socorrer necesidades y pasar haciendo bien. Y no hay más que 130 Misioneros europeos y 40 sacerdotes indígenas, que sirven a 280 iglesias o capillas, 120 religiosos y 230 religiosas. De los protestantes hay 650 europeos y 1.750 pastores, muy bien retribuidos. Pidamos al Señor, por su Santísima Madre, envíe operarios a su viña. Nosotros estamos aprendiendo el japonés con guía. En Barcelona compramos gramáticas japonesas.

Adiós, carísimos. Pidan mucho a los SS. Corazones y a S. Francisco Javier por nosotros, y en la Santa Misa los meteremos a todos.

Inf. h. y s. en Xto.

SANTIAGO LÓPEZ DE REGO, S. J.

Carta del P. Pedro Castro.

D'jibouti, 26 de Diciembre de 1920.

R. P. Manuel Grund.

Muy amado en Cristo P. Rector: No sé cuando podrá llegar a manos de V. R esta felicitación de Pascuas y Año Nuevo, pero no quiero dejar de hacerlo aunque llegue tarde, que ni los Reyes la lleven. Felices Pascuas y Año Nuevo para V. R., P. Hitos y demás PP. y HH. de esa tan querida casa.

Ahora un poquito de historia contemporánea, porque no puede estar más fresca. Ya habra sabido V. R. el cúmulo de dificultades que se tuvieron que vencer hasta llegar los 20 expedicionarios a Marsella. Y digo 20, porque el P. Rodés de Aragón quedóse rezagado, y un servidor que por concluir una novena de la Inmaculada tuve que venir solo. ¡Y qué peripecias desde que entré en Francia por no entender el francés! En la primera fonda que entré a comer me presentaron el papel con la lista del menú para que eligiera. Sudaba tinta a pesar del riguroso frío. Por fin, después de hacer como que leía, valiéndome del lenguaje universal de la mímica, dije que trajeran lo que les pareciese. Retiróse el mozo, y al cuarto de hora casi y creyendo que él había entendido que nada quería, volví a llamar y dije con mímica más expresiva que trajese algo. Por fin me trajo algo y caro. De estas peripecias varias, pues yo sólo sabía alguna palabra, v. gr., *combien*. En fin, que llegué a Marsella a las diez de la noche del día 11, pero con un escrupulillo. En Tarascón pasó un rápido y entré en un coche de 2.ª, aunque yo sólo llevaba billete de 3.ª Como no pidieron los billetes tenía el escrúpulo sobre si debía restituir o no. Buscaba todas las leyes habidas y por haber de moral para formar mi conciencia y tranquilizarme, desde luego no dando nada. En esto llegamos a Marsella y sin criado, y con tres bultos, mis brazos se negaban a recorrer el medio kilómetro largo que tenía el andén. Por fin llegué a la puerta y entrego mi billete y empieza a darme voces como pidiendome algo. Yo a todo contestaba *no entender*. El otro por señas y español corrompidísimo me decía que le diera cinco francos y medio. Se los dí y en paz todos y sobre todo mi conciencia. Pedí un coche, y como

me habían recomendado el Hotel España, echándomela de francés dije: Hotel Spagne, rue de Long. Que si quieres, tuve que sacar el papelito y el policía indicó al cochero la calle. Mas en dicha calle no encontramos dicho hotel y aquí el nuevo conflicto. Por fin, con la mímica andaluza más extremada, pude hacerle comprender que me llevara hasta donde quisiera. Llevóme en efecto a un hotel, y me dieron una regia habitación.

Segunda expedición

Escuso decir a V. R. que eché todas las llaves y cerrojos que pude. Amaneció el 12 ¿y dónde diría Misa? Salí a la calle, recorrí algunas y ví la puerta de una iglesia, donde se celebraba la novena de la Inmaculada.

Entré en ella, busqué la sacristía, y dije al primer sacerdote que ví: *Pater Rector*,era él precisamente. *Sacerdos hispanus sum*, y entonces me dijo que un sacerdote que se revestía con ayuda de un joven era también español. Al ver sus barbas incipientes, dije: estos son los míos. En efecto, le dije que si eran Carolinos, y con alegría ví que era un Padre de Aragón y un Hermano. Ya, pues, cesaron los conflictos míos, pues supe donde estaba el P. Superior con los 20, y así busquélos, y seguí desde entonces la suerte común. Pero ¡cuánto no ocurrió! Aquel mismo día embarcaron a las ocho de la noche, los PP. Herrero, Gumucio, Espinal y Pájaro, y los HH. Mancera, García, Cobo y Tudanca en el vapor japonés *Kumanu Maru*, de 7.000 toneladas. Desde el 10 tenía anunciada su llegada, y no salió hasta el 13, a las doce y cuarto de la tarde. Otros 14, los PP. López de Rego, Rodés, Tarragó, Llera, La Flor, La Fuente y Castro y los HH. Cerdá, Casasayas, Arizaleta, Unamuno, Oroquieta, Gojínola y Villar, quedábamos para salir el quince, a las cuatro de la tarde. en el vapor *Armand Béhic*, de las Mensajerías Francesas. Pero Dios Nuestro Señor nos envió entre otras pruebas el que no llegaban los 36 baúles facturados hacía días en la frontera. Contenían nuestras ropas y cuanto habíamos podido reunir en seis meses para nuestras queridas islas. Dispuestos a marchar, queríamos antes disparar hasta el último cartucho. Pedí licencia al P. Superior para buscar los baúles, y en compañía de un Padre del Corazón de María, que nos había proporcionado los pasajes, fuímos en busca del agente que teníamos, y le dije que nos acompañara a la estación que yo necesitaba ver los baúles. Enfadóse, porque decía que él había prometido que estarían, y que esto era desconfianza. Decía con un español chapurrao: «Herir corazón.» Yo le decía, «¡qué corazón y que corazón!». Nosotros lo que queremos es ver los baúles. Por fin, corriendo de allá para acá, los encontramos, Respiré, y llevé a 13 pechos más la respiración, aunque al otro día, herir corazón. No era completa la satisfacción. Un baúl no llegaba. En él venía una hermosa estatua de San José, a quien el P. Superior había nombrado el Procurador de la Misión. El día 15, a las nueve de la mañana, se lanzó el Hermano Unamuno que hablaba el francés, y de estación en estación, por fin, a unos kilómetros lo halló en una estación. Muy tasado vino el tiempo, pero por fin una hora antes de partir, vimos entrar el baúl en el vapor. Todo, pues, había resultado bien. San José no quiso entrar hasta que todo estaba en el vapor. Nada se extravió y todo lo recuperamos.

A las cinco menos cuárto, el vapor salió apartándonos de la tierra de

Europa. Miraba hacia la Catedral y pedía al Señor una bendición para España y para todos. La imagen de la Virgen de Gardda, se destacaba en lo alto de su templo, y a Ella la hacía medianera. Créame, Padre mío, que en aquel momento ví que estaba aún vivo. Poco a poco fuímos perdiendo a Marsella y comenzamos nuestra vida de vapor. España con todo había pasado para mí a la categoría de sueño, en cuyo despertar nos encontrábamos. Amaneció el 16, con mareo triunfante en casi todos los NN. Las peripecias propias sucedióronse, y al fin, llegamos el día 21, a las cinco y media de la mañana a Port-Said, a cuya entrada, la estatua de Lessep parecía decirnos: adelante que os doy permiso para entrar. Hasta las cinco de la tarde estuvimos anclados. Todos o casi todos los pasajeros bajaron a tierra. Nosotros mirábamos y curioseábamos desde el vapor. A éste vinieron con toda clase de mercancías, v. gr., rosarios, joyas, naranjas, babuchas. Entre lo que más me chocó fué la oración de los musulmanes. Los que estaban en la playa con sus barcas, a cierta hora y después de comer, se lavaban los pies, brazos y cara, y luego mirando al Oriente con distintas genuflexiones, besos a la tierra, elevación de ojos y juntas las manos, cuadrándose como los soldados, estaban orando por espacio de un cuarto de hora. Hermoso ejemplo para los esclavos del respeto humano, pues ellos lo hacían delante de todo el mundo. El Canal de Suez es una obra magnífica, como el paso de vapores, al cruzarse es fantástico por las luces. Se pasa muy despacio, tardando doce horas. A las cinco, pues, del día 22 estábamos en Suez, donde nos detuvimos más de dos horas. En el Mediterráneo, fuera de unas veinticuatro horas de babor a estribor, tuvimos buen viaje. Mucho nos alegró ver el estrecho de Bonifacio. entre Córcega y Cerdeña, el Strómboli de Sicilia, con su volcán humeante, y el estrecho de Mesina, que pasamos de noche, siendo el panorama fantástico. A la derecha Mesina, con sus millares de luces, y a la izquierda la costa de Italia con sus ciudades, entre las que Reggio ofrecía el más precioso golpe de vista. El 22, como he dicho a V. R., empezamos el canal, continuación del de Suez, con tranquila travesía. El Mar Rojo, tan lleno de recuerdos para un cristiano, con su Sinaí, ofreció sus aguas muy tranquilas. Pero ayer 25, se arrepintió y comenzó a alborotarse de modo, que esta noche pasada ha sido muy molesta la travesía por el movimiento de proa a popa. A la hora en que esto escribo, o sea a las nueve de la mañana del 25, la mar sigue muy alborotada. ¡No sé cómo puedo escribir! A pesar de la altura del buque, que es de 10.700 toneladas, entran algunas olas por proa. Tene-

mos a la vista otros hermosos vapores, que van luchando con el temporal como el nuestro. Sin embargo, hemos podido celebrar todos los días, aunque alguno con «presbítero asistente»: veremos de hoy en adelante. La noche de Navidad, los pasajeros tuvieron cine y Misa de media noche, que dijo un Sr. Obispo, misionero de China. Nosotros dijimos nuestras tres Misas, no faltando nuestro turrón, con que nos obsequió y obsequiará el P. Superior. En la 3.ª falleció un niñito de dos años, por insolación y sin bautizar. En fin, Padre mío, que estos viajes son algo largos y trabajosillos. Llegaremos para el 2 de Febrero al Japón, donde tendremos la profesión del P. Rodés, de Aragón, y los votos de nuestro H. García. El calor que se siente es grande. Esta noche ya me ha sido imposible dormir en el camarote, habiéndolo hecho en la silla, como lo haré unos veinte días más por lo menos hasta llegar a China. Con estas molestias hay que contar, y así nos acostumbraremos a dormir poco y en duro para cuando lleguemos a las islas. El entusiasmo crece en nosotros. La idea de que nos abran las puertas del Japón con sus 70 millones y sólo poco más de un ciento de misioneros, mientras tiene más de 800 protestantes, nos consuela. ¿Estará llamada la Compañía a abrir camino en el Japón? Quien sabe. Procuren esos carísimos Novicios llenarse de espíritu de misioneros, que es lástima ver tantos millones sin conocer a Dios. Que pidan a Dios que nos llame a continuar la obra de San Francisco Javier y nuestros Mártires en el Japón. Pero que se preparen con mucho amor al sacrificio y a los trabajos, que no se aprecian hasta que se tocan. Concluyo que ya se hace tarde. De nuevo, felices Pascuas y Año Nuevo, y suplicando a todos y en particular a los carísimos Novicios, que nos encomienden mucho a Dios, se encomienda en las oraciones de V. R. su afmo. s. en Cristo,

PEDRO CASTRO, S. J.

Carta del P. Gumucio al R. P. Rector de Villasís.

25 Diciembre 1920.

Desde el Mar Rojo, a bordo del *Kumano Maru*.

R. P. Manuel Sánchez Robles.

Mi querido P. Rector: Con agua del mar Rojo escribo estos renglones (le escribe con tinta roja) navegando sobre Faraón le felicito; pasa-

do el Trópico de Cáncer, le obsequio con un poco de calor de Junio sevillano para confort de su lóbrego aposento.

Si vamos a cosas grandes, hay bien poco que contar (la cruz sólo parece grande, vista desde la falda del monte) y si de cosas pequeñas, sería el cuento de nunca acabar. El barco que tiene la honra de llevar tan dulce peso, es medianejo. Vamos en primera, y, sin embargo, por no estar con gente extraña, vamos los ocho en dos camarotes de a dos, por lo que dos tienen que dormir en el suelo, sobre un jergón de crin vejetal, y otros dos cada uño en el diván respectivo de su *cabina* o camarote; en la mía hemos dejado las literas a los hermanos coadjutores. Los lavabos, por estar rota la tubería, no tienen agua, así que hay que lavarse fuera en los de *communi*, quiero decir, en los de los retretes, que tampoco tienen agua y hay que esperar a *que quieran* traerla. Baños, tres tinas para todos los hombres que vamos en primera; por lo cual, la horas señaladas para la mayoría resultan molestísimas para los que quieran bañarse, que no somos ninguno de nosotros, por no sumergirnos en broza de tanta plebe.

El pasaje de primera se compone de tres grupos: ingleses que no se comunican con nadie, ni para darles las gracias; japoneses, tipejos con cierto servilismo de los ingleses en todo, pero que ni con éstos se comunican; el tercer grupo lo formamos los españoles, un griego ortodoxo, pero muy deferente y servicial, que acompaña a una parienta suya católica, y dos hermanos negros de la India, uno de los cuales viene de doctorarse en Medicina; todos los cuales comunicamos entre nosotros, sobre todo con el griego, aunque no *in sacris*.

Las comidas son sabrosas y digestivas; son tres, fuertes, al día; una a las ocho y media, otra a las doce y media y otra a las siete; amén de un *consommé* con galletas a las once, sobre cubierta, y un té a las tres y media con pastas y mantequilla, en el comedor.

Parece que los ingleses nacieron para comer y... comerse a los demás. Bien es verdad que a bordo, como el mar está bueno, el estómago está mejor. Nuestra vida es de dos clases; cuando el mar está malo, y no lo estuvo poco en Sicilia y Port-Said, cada uno hace lo que puede, y... y lo que no puede, que es arrojar; cuando el mar está bueno, cada uno hace lo que quiere, y... lo que no quiere, como es levantarse a las cinco &.

En un camarote, bien obturado a miradas extrañas, pues vivimos entre herejes y gentiles, decimos misa, la última a las seis y media, y co-

mulgan los hermanos, y todo lo demás, como vida de comunidad; se reza, se estudia, se escribe &.

Esta es la vida para nosotros; para los ingleses... ya verán. Estos *dandys* o *litris*, en lenguaje macareno, se levantan y salen de sus cuartos como estaban en la cama, envueltos en una especie de bata de colores; así, descalzo el pie y arrastrando unas babuchas, suben sobre cubierta y se tienden sobre sus butacas, y charlando y fumando esperan la hora del baño; se cambian después de traje y a almorzar; juegan a sport, ocupando toda la cubierta y molestando a todo degenerado, que así les parece todo *no inglés*, y... a comer. Se tumban donde les coge y... a jugar. Media hora antes de cenar se retiran ellos y ellas para vestirse de etiqueta para la cena, y después a bailar sobre cubierta hasta las tantas.

Como hemos pasado ya el mar Rojo y hasta la isla de Socotora, se me ha acabado la tinta roja (comienza a escribir con tinta azul), y mientras llegamos al mar de la China, donde me proveeré de *tinta idem*, sigo con ésta mi interrumpida relación.

La víspera de Navidad nos pidieron los protestantes asistir a nuestros Oficios, pero naturalmente, se les dijo que no. El Capitán nos concedió espontáneamente el día de Navidad y el Primero del año celebrar en el comedor, que para esta fiesta han engalanado con banderas y otras fruslerías. Adornando el sitio del altar estaba la bandera japonesa (Dios nos perdone) y la propia de esta Compañía naviera. Sobre la escalera se leía MERRY XMAS.

También nos invitaron los ingleses a sus fiestas de familia, algunas muy ocurrentes, pero hubimos de excusarnos. El mar fuera de unos cuatro días, sublime; como el horizonte formaba un redondel, cuando estábamos sobre cubierta, parece que estábamos en un palco de la Monumental de Sevilla (la plaza nueva de toros); de cuando en cuando, saltaban tollinas, que desde lejos pudieran parecer toros que embestían. Ayer, una nube de *medusas* blancas y rosas flotaban delante del barco; hoy, al romper la proa el agua más profunda, salían unos pececillos azules con aletas transparentes, volando hasta notable distancia.

El mar, como digo, ha estado a veces bravo de veras, barriendo la cubierta y pareciendo que la proa iba derecha a la arena. También ha pasado delante de nosotros por todos sus matices; blanco lechoso en Marsella, azul intenso en Italia, verde tempetuoso desde Sicilia a Port-Said; aquí, una línea matemática demarcaba un tinte claramente rojizo; en el mar Rojo, azul prusia; aquí, en el Índico, tal vez por haber algunas

nubes, parece negro. Las noches, como está el cielo en luna llena, otros lo estamos siempre, son ideales. La temperatura a todas horas agradabilísima. Hasta la mitad del mar Rojo no nos estorbaron los balandranes; aquí cesó la calefacción del vapor y comenzaron a funcionar los ventiladores. Es decir, que pasamos del reino del P. Juan Antonio Martínez al imperio del P. Bayle.

(Comienza a describir los tipos que va viendo de un modo semejante a la descripción del hermano Cobo. La llegada a Port-Said y el atravesar el canal tiene detalles muy curiosos, que no hay que omitir.)

La llegada a Port-Said, dice, muy interesante: aún no ha parado el barco, y ya la multitud de lanchas acuden, tripuladas por hombres y chicos, cada cual ofreciendo su mercancía de naranjas, higos &; todos gritan y se disputan escalar el vapor. Instalan sobre cubierta sus puestecillos de rosarios, de monedas de cambio, de tapetes egipcios, de tabaco etcétera.

En Port-Said paramos desde las once de la mañana hasta las tres de la madrugada; por hacer algo, tomamos un bote y bajamos a ver la ciudad, en donde tienen entrada todos los viajeros, menos los alemanes y turcos. Los edificios son bajos y rodeados de un balconaje contínuo en galería que los hace muy típicos. El aspecto general, triste, pobre, sucio. La torre que más descuella, fuera del faro, es el capitel de la Iglesia católica, asistida por franciscanos, en donde hicimos una visita al Señor. ¡No tiene usted idea del efecto que produce en el alma un sagrario en estas tierras!

Vimos de paso por las calles una boda de estas gentes. Aquí se hablan todos los idiomas, pero son muy frecuentes el italiano y el español. El canal, por estar de huelga los electricistas, tuvimos que pasarlo de día, pues no funcionaban los reflectores que a la entrada se encienden al pasar cada barco, y así vimos perfectamente todo el canal. Para los ingenieros no sé lo que será este canal, pero para mí fué un desencanto. Las reparaciones son contínuas y los barcos no pueden caminar a más de cinco millas por hora, para no deteriorar las orillas con su estela. Hay tanto movimiento en él, que los barcos se cruzan, no diré con la frecuencia de los coches en la Puerta de Jerez, pero sí tan cerca que se pueden hablar de uno a otro. Todavía me acuerdo del afecto con que nos saludó, al cruzarse con nosotros un misionero desde la popa de un buque francés.

Mucho me acordé de la huída a Egipto, pues aridece el corazón el no

contemplar a derecha e izquierda más que inmensos campos de arena hasta donde alcanza la vista, en donde no se descubre ni una brizna de hierba, ni un hongo, ni una retama, ni una palmera, ni una choza, ni un ser humano. Una nube de pájaros negros, que parecen golondrinas, vuelan a lo largo de la ribera y, al posarse sobre los hilos telegráficos, que siguen el canal, dan temores de que los derrumben. Sólo son bellas aquí las gaviotas, que nos acompañan desde España pero muy pronto nos dejarán también. De cuando en cuando, se ve a un moro que marcha solitario junto al canal; un aduar con tiendas de campaña y soldados que parecen franceses: una recua interminable de camellos; unos chiquillos que dando al viento sus airosos jaiques, o recogiéndoselos por delante, y dando al aire sus desnudas piernas, van corriendo sobre la orilla para adelantar al barco & & &. Impresión muy grata fué ver un tren que se internaba en Africa y muy bello el matíz, de un amarillo especial, que en el crépsulo toman los campos de arena.

De pronto, se produce un gran revuelo sobre cubierta; todo el mundo sube hacia el puente; yo llego tarde; ya se perdía por el aire un aeroplano que acaba de pasar sobre nosotros; todos los kodas se dirigen hacia él.

Al llegar a la mayor de las grandes lagunas, se para el buque. ¿Qué pasa? Hay quien cree que hemos perdido el rumbo, porque unas suaves colinas cierran el horizonte; pero no es sino que son las cinco de la tarde y hay que hacer noche allí. Por la madrugada, sigue el barco su lenta marcha; de pronto... otra parada. Es que hay que dejar paso a los barcos que vienen, así lo hacen otros como el nuestro; una cosa así como las cofradías en la Campana.

Por fin salimos; estamos en Suez. Mucho habría que decir, pero hemos llegado a Colombo y hay que echar la carta.

De todos affmo. hermano,

José M. Gumucio S. J.

III

Segunda Parte del Viaje

Cartas del H. Cobo al P. Rector de Granada.

Hong-Kong, 18 de Enero de 1921.

Amado y querido P. Rector: La gracia y amor de N. S. J. sea siempre en nuestros corazones.

Desde Colombo le dirigí a V. R. mis últimas impresiones, y desde entonces hasta hoy poco tengo que decirle. En Colombo no pudimos bajar a tierra; pero se nos hizo suave la estancia por la brevedad, y mucho más suave por el gran número de cristianos indios, que bien hemos echado de menos en otros puertos.

El día 9 de Enero llegamos a Singapour. Esta ciudad es bastante grande y de mucha vegetación: no veíamos isla que no estuviera bien poblada de árboles y palmeras. Los vestidos de estas gentes son lo más raros que uno puede imaginarse Muchos llevan solamente un taparrabos; otros un pantalón corto; otros una chaqueta y unos taparrabos; otros taparrabos y unos pañuelos blancos muy grandes y muy largos, y se los ponían como las aldeanas sobre la cabeza; otros iban con unos impermeables de palma, su forma era como las dalmáticas de los ternos; otros con una distinción de sombreros tan anchos que parecían paraguas. El casco de éstos eran como los cucuruchos que suelen hacer los almen

dreros murcianos para embalar un cuarterón de almendras: no se cómo aquellas cabezas, unas tan rapadas y otras con un gran moño, podían sostener aquellas cribas hechas de hierbas.

No eran menos admirables sus medios de transbordar personas; tres medios, mejor diré cuatro medios para transportar al personal: 1.° tranvías eléctricos, no tan elegantes como los de Granada; automóviles sumamente caros, a pesar que no eran pocos; 2.° algunos, muy pocos, cochecitos arrastrados por unos pequeñitos caballitos árabes; y, por último (y esto es lo más usual), los cochecitos que tienen para los indios, o sea los cochecitos que arrastran los indios; el número de éstos pasa de 8.000, es el número más alto que leímos, porque todos están numerados. Caben en éstos dos sujetos, pero no sugle ir más que uno: su forma es como los coches de punto, las ruedas ligeritas como las de las bicicletas, y los indios, cada uno con su cochecito, van siempre saltando. Su color no es como los de Colombo, sino más bien son pálidos y amarillos. Los adoradores de buda se llaman «budistas», y su distinción es que llevan moño como si fuesen mujeres. Mujeres no se ven tan fácilmente; yo ví dos de ellas, estaban trabajando en una construcción de una casa, como dos peones de albañilería.

Bastantes más cosas le dijera de esta ciudad, pero no quiero serle muy pesado.

El día 1.° llegó a esta ciudad el vapor *Alicante*, español; venía de Filipinas; en él venían dos HH. Coadjutores de la provincia de Aragón, un misionero capuchino y otro misionero holandés; pasamos todo el día todos juntos, gozando de aquel ligero reposo que Nuestro Señor nos ofrecía, mil gracias démosle, porque nos va trayendo a estas tierras por tan suaves caminos.

El Capellán de este vapor se mostró muy atento y el capitán invitó a los PP. a comer y a cenar.

Por la noche pasamos todos al vapor español, donde pasamos un largo recreo, endulzándolo con unas copas y caramelos. El vapor partía para España a las seis de la mañana; a las diez llegó el *Amambei* con la 2.ª expedición.

¡Cuánto nos pudimos alegrar al encontrarnos: sólo Dios lo sabe! Pero a las dos habíamos de partir, y fué muy poco el tiempo que pudimos estar juntos.

Desde Singapour hasta Hong-kong hemos tenido un mar malísimo; pero, a Dios gracias, todos hemos llegado sanos. Hemos llegado a las

once y salimos a las cinco, por lo que he tenido que escribir esta muy de prisa, para dar un paseíto.

Un afectuosísimo saludo a todos los PP. y HH.: en las OO. de V. R. se encomienda vuestro H. en Jesucristo,

PAULINO COBO, S. J.

Kumano Maru 20 Enero y Tokio 2 de Febrero de 1921.

Amado en Cristo Jesús P. Rector: La gracia y amor de N. S. Jesucristo sea siempre en nuestros corazones.

Mi muy amado en Cristo Padre: Desde Hong-kon le dirigí la última, y con ésta le doy por terminado mi viaje hasta el Japón.

Este pueblo de Hong-kong es de China, pero está bajo el mando de los ingleses. Es esta ciudad muy grande, situada en una montaña mucho más alta y recta que la Golilla de Granada; la montaña está junto al muelle, y del muelle hasta lo más alto, está cubierto de casas muy bonitas, pero no de más de tres pisos. Por lo pendiente de sus calles, (que toda la ciudad es así), no pueden andar carruajes, ni siquiera los cochecitos que arrastraban los indios de Singapour; también los hay, pero sólo se usan en un barrio que hay llano. Por lo demás de la ciudad usan unos instrumentos o medios, como el que le mando en una de las tarjetas, como verá V. R., es poco menos que llevar un santo acuestas, pero no hay más que dos medios y una sola resolución, ir en esos incómodos cajones, o si no, en el caballito de S. Francisco. Esto es esta ciudad en cuanto a sus medios de conducir al personal.

No se hallan tan retrasados en cuanto a la moralidad. Hay muchos católicos, tanto Europeos como Chinos, y varios Colegios de Religiosas. Nosotros estuvimos en una escuela que dirigían las Religiosas de San Pablo de Harlou. La Superiora entendía bien el español y nos estuvo enseñando su casa y jardines. Eran italianas y tenían otras dos casas; una de ellas es Colegio de internas. Los PP. Misioneros de aquí, son Dominicos españoles, nos atendieron muy bien, lo poco que estuvimos en Hong-kong. ¡Dios se lo pague! También reside en Hong-kong el señor Obispo de la Diócesis, y además de los Misioneros hay Sacerdotes chinos y Seminario.

El P. Herrera se quedó en Hong-kong, porque el vapor que llevamos

no pasa por Shangay donde le esperaba su hermano; saldrá dos días más tarde en otro vapor.

Los vestidos de Hong-kong no son como los de Singapour, que me parece que allí no existe «el qué dirán» ni tampoco conocen el amor propio. Van todos cubiertos, aunque no todos, pues algunos van descalzos.

Gocé muchísimo en el poco tiempo que estuve en esta ciudad: creo que todo era porque el Señor me había concedido una gracia. ¿Cuál era? El habérseme logrado pisar tierra China, aunque por tan breve tiempo. Con no poco consuelo besé aquella tierra, que, según dicen, es la China la que ha de aumentar no poco nuestra santa Religión, apesar del número tan reducido de católicos que hoy tiene.

Dispénseme, amado Padre, el que le diga esta advertencia; y es, que ni en este puerto ni en los anteriores se extrañan de ver tantas sotanas. Parece como si siempre estuviéramos entre ellos: nadie nos decía nada, ni se metían con nosotros. Los PP. Dominicos visten como los Sacerdotes españoles, y por la calle una ligera esclavina.

El puerto es de grandísimo movimiento, y está fuertemente fortificado de cañones en sus montañas, y buques de guerra en el mar.

Salimos de Hong-kong el 18 por la tarde, y hoy 21, vamos costeando la China, con un mar tan bueno, que parece poco menos agradable que pasar un día de vacación en Jesús del Valle, mandado por el P. José Pérez, a quien le deseo mil felicidades en el día de su Santo.

Quiere Nuestro Señor pagarnos los apuros que pasamos de Singapour a Hong-kong con aquel mar tan revuelto. Entre tanto pudimos ir conociendo a los japoneses. Los climas de aquí son como en España, así que los fríos y las nieblas no escasean en este tiempo.

Los vestidos de los hombres son casi todos talares, y algunos llevan hasta tres túnicas, y otra que parece a las faldas de las aldeanas españolas: primero se visten ropa blanca, segundo una túnica que parece una sotana corta, cruzada por la parte anterior y su color oscuro, encima otra de la misma hechura y un poco más larga, con el color variado; una vez cruzadas se ciñen con un lazo negro más o menos ancho, y encima otra túnica no menos corta que las anteriores, su color semejante a la posterior y su hechura parecida a un abrigo; la cuarta se la atan a la cintura y es semejante a lo que ya dije. Usan unas fuertes medias, y por calzado no otra cosa que una tablita, que en España llamamos chinelas, y cuando entran en alguna casa se las quitan y entran con solo las medias. Las señoras, todas llevan una túnica desde el cuello hasta

los pies, y el calzado semejante al de los hombres; advirtiendo que unos y otros llevan las mangas tan anchas que parecen unas alforjitas.

Los medios de comunicación son semejantes a los de los indios, mejor dicho, los medios de transportar.

El 24 salimos de Moyi para Kobe, y con un mar serenísimo llegamos el 25 por la mañana.

Ya le dije, amadísimo Padre, que el vapor era extraordinario y por lo mismo no pasaba de aquí.

El P. Guasch, que nada de esto ignoraba, se encontraba en el muelle a nuestra llegada, juntamente con otro misionero de la misma ciudad de Kobe; éste era de los Misioneros de las Misiones de París. Figúrese V. R. cuál sería nuestra alegría: por una parte, ya nos íbamos acercando a sitio tan ansiado; por otra, el dejar aquella pequeña cárcel que nos había cobijado y guardado cuarenta y dos días; y por otra, el guía que nos había de sacar de no pocos apuros en que uno suele hallarse, cuando no se sabe la lengua del País; todo parecía que nos lo ponía Nuestro Señor a nuestro deseo. ¡Bendito sea mil veces!

Por la tarde, el 25 salimos de Kobe para Tokío, a donde llegamos el 26 por la mañana, y después de oir la santa Misa y comulgar, nos encaminamos a una peluquería, que V. R. puede imaginar cómo estaríamos después de tantos días sin afeitar ni cortar el pelo. Después, comimos con la Comunidad de la Universidad, que se reduce a ocho PP. y de distintas naciones; dos sabían el castellano el P. Guasch y otro que era austriaco.

Por la tarde tuvimos que dividirnos en dos grupos para hospedarnos, porque en la Universidad no había local para todos, y así el P. Pájaro, H. Tudanca y yo estábamos hospedados en el Seminario y Escuela Apostólica, y tan bien acomodados, que para los tres tenemos una casita; es casa de huéspedes. Aquí vive el Vicario Apostólico, ya conocido por sus retratos en el Siglo de las Misiones; yo no le conocía, pero al recibirnos, no le parecíamos huéspedes, sino hermanos.

Hoy, 2 de Febrero, hemos hecho la Renovación los renovantes, el P. Rodés la Profesión y el P. La Hoz y el H. García los últimos votos.

Todos hemos llegado bien, excepto el P. Herrera que llegará uno de estos días; se quedó con su hermano en Schangay.

La salida de aquí para las islas es probable que sea el 24, según ha dicho el Ministro de Marina, encargado de la comunicación de estas islas. Quisiera el ya dicho señor que fuéramos todos juntos; pero quizá se

queden hasta Marzo los que han de ir a Ponapé y Morlok, porque este barco no llega a estas islas. Esto en cuanto a la salida.

El P. Superior con los PP. Rodés y Lafuente y los HH. Unamuno, Casasayas y otro, se quedan en las Marianas, según aquí ha sido dispuesto, y ya quizá esté en Roma aprobado. A las Palaos van los padres Llera y La Hoz y los HH. Villar y Oroqueta. A las Carolinas diez. A Ponapé, los PP. Herrera y Castro, HH. Tudanca y García. A Morlok, padre Espinal y H. Arizaleta. A Truk, los PP. Pájaro y Ciumucio, H. Mancera y un servidor de V. R. En Nueva Guinea se quedó el P. Tarragó con el H. Cerdá custodiando el plantel de cocoteros, con el cual se sostendrá la Misión. Dios mediante.

Nada más por hoy, amadísimo Padre, y con ésta me despido de V. R. hasta las islas.

Un afectuosísimo saludo a todos esos PP. y HH., Filósofos, Juniores, Novicios y Hermanos, Coadjutores a quienes doy mil abrazos.

En los SS. SS. y OO. de V. R. me encomiendo. Siervo en Jesucristo.

PAULINO COBO, S. J.

Otra carta del P. José M. Gumucio dando los últimos detalles de su viaje.

Nippon Dusen Kaisha.
S. S. Kumano Maru.

Llegando al Japón.

21 de Enero de 1921.

Muy amado en Cristo P. Provincial:

Ya tenía ganas y era razón de escribir a V. R. un poco más largo dándole cuenta de nuestro viaje. A varias cosas hay que atender en él y como pueda las iré tocando una por una.

En cuanto a nuestra gente, y sea esto lo primero, puedo decirle que en general lo han pasado bien; concretando, los cuatro primeros días fueron bastante malos, parte por la falta de costumbre, parte por el agetreo, comidas, etc. de los días precedentes. Son las únicas Misas que hemos perdido el P. Espinal y yo, y aun dudo si llegaron a tantas; después, por habernos acostumbrado enteramente a la mar y por habernos convencido de la seguridad de altar, aun en los días peores, nosotros dos no hemos, G. a D., vuelto a perder ninguna Misa. Pocas más el padre Pájaro y bastantes más el P. Herrera, que es de todos el que menos se ha acostumbrado al mareo; éste propiamente a nadie ha trastornado, pues todo se ha reducido a arrojar y desganas de hacer nada entre los que más. La salud buenísima y espléndido el apetito; algún que otro purgantillo «Laxen Bustos», que es excelente y comodísimo, como nos recomendó el P. Valdecasas. El que peor lo ha pasado y nos puso en cuidado al principio de la travesía, fué el H. García, pues no estaba bien. Se pasaba los días en la cama y tenía muy mala cara; no quisiera salir profeta, pero me parece que este Hermano está tuberculoso y que por vía natural va a ser la primera víctima de la Misión; pues a mi juicio todo

se ha debido a la influencia del clima. Se fué sosteniendo y apenas hemos entrado en clima fresco, pasado Hong Kong, ya parece otro hombre. Todo ha ido pasando, y hoy, gracias al Señor, reina una alegría que es para alabar a Dios. El mar se despide como un buen amigo; estos días son espléndidos, fresquitos, llenos de sol y las noches de hermosa luna. Parece que vamos por un lago y estando dentro se olvida uno que va navegando, pero no siempre ha sido así. De Sicilia a Port-Said bastante malo; idem el último del Rojo; en el golfo de Bengala, malo, malo y en el mar de la China, malísimo, de esas veces en que todo el mundo lleva miedo pero nadie lo dice... todo el mundo calla, la proa se metía hasta el fondo, la popa se hundía bajo un monte de agua que se derrumbaba sobre ella, las olas de cuando en cuando barrían por babor y estribor popa y proa, el barco crujía, zumbaba la hélice rodando en el aire, cada cuatro o cinco giros la hacían trepidar, como si el mismo barco temblase de miedo. No pudimos caminar más que cinco millas por hora; las olas se sucedían unas a otras como montañas a cual más imponentes, y al hundir la proa se estrellaban en ella, produciendo una niebla que quitaba la vista; un horizonte obscuro iba y otro venía y por ellos había que pasar ¡adelante! Dios nuestro Señor quería darnos el espaldarazo para armarnos capitanes de sus naves ¡Él sea bendito por todo! Las comidas apetitosas y muy abundantes, platos muy escogidos, tres comidas fuertes, a las once un caldo y a las tres y media (creo) té con pastas y después de cada comida, té, café o chocolate. Solo el agua era poca, caliente, sucia y mala, media botella para ocho; la sustituímos por cerveza y algún otro día que faltó por vino, que algunos no probábamos por ser *químicamente puro*. La limpieza en todas las dependencias exquisita, aun en los sitios más difíciles de conservar. Había tres o cuatro bañeras y duchas y aun pusieron una gran alberca para que los ingleses pudieran bañarse en agua de mar. Dos cosas había que nos molestaban no poco; el no saber el idioma y el trato brusco y hasta grosero de algunos de la servidumbre. El idioma oficial es el inglés, de modo que para pedir, para comer, para enterarnos de los avisos que en público se ponían, para reclamar alguna cosa, para responder en los visados de los pasaportes, etc., como mudos. Dios Nuestro Señor nos alivió esta dificultad poniéndonos enteramente a nuestra disposición a un griego ortodoxo, hombre fino y delicado hasta el extremo, tan experto en viajes, que no hace otra cosa en su vida por todo el mundo; y tan equilibrado y sencillo que, por hacerse cargo de todo, hacía su trato de lo más grato y

apacible, y por más providencia hacía su viaje desde Marsella a Yokohama con nosotros. Merece consignarse su nombre, pues en otras cartas puede se den más noticias de este buen hombre: se llamaba Panáguiotes Irisikos. Un diccionario de bolsillo por lo menos se impone. Esto parece hacer ver que es preciso variar la orientación que en España hay sobre las lenguas vivas. Con francés apenas se va a ninguna parte, pues en todos los puertos en que hemos tocado... todo, todo en inglés; con inglés y español se puede dar una vuelta al mundo. En todos los puertos nos dejaron bajar, en todos los puertos menos en Colombo; después nos enteramos que era por haber una vigilancia enorme por temor de revolución. Otra cosa molesta: que hay que ponerse en manos de la honradez de los cambistas en el cambio de papel moneda, pues aun el inglés no corre en las propias colonias inglesas, sino que hay que cambiarlo en papel de aquella colonia y cada una tiene el suyo. Una cosa que he notado, es, que desde que se sale de España no se ve moneda por ninguna parte, ni aun aquí en el Japón donde escribo esta carta, hasta los céntimos van en papel. No sé en España por qué no hacemos lo mismo, sería un sistema de retener mucho metal.

Tokyo 5 de Febrero.

Por lo demás, me quiere parecer que cada día íbamos ganando terreno con todos, desde luego con los católicos. Solo iban tres en todo el barco: en 1.ª una señorita francesa, parienta del griego, y que no levantaba cabeza con el mareo, y un joven inglés, muy formal, que nos obsequió en varias ocasiones: y en 2.ª otro joven inglés, Tarsicio, que llevaba constantemente su insignia en el ojal y que nos trataba con verdadero cariño: daba devoción verle oir Misa y dar gracias después de ella; entre los protestantes hubo algunos caballeros y señoras que tuvieron con nosotros verdaderas deferencias, incluso un Pastor protestante que venía en 2.ª y que cada domingo celebraba sus oficios, el cual estuvo dando vueltas hasta hacerse encontradizo con nosotros y sostuvo una conversación muy amistosa y consoladora de religión con el P. Herrera. Desde Singapour comenzó a bajar gente, nos pasaron a un camarote a dos de nosotros muy cómodo y con luz y aire directo, y ya en Hong-Kong el barco era nuestro. Hay muchísimo que contar que ya iré refiriendo en las

distintas cartas que escriba. Estamos instalados todos en casas religiosas: parte en Yokohama y parte en Tokyo; estudiamos, sobre todo, japonés. Aquí estamos hospedados en nuestra Universidad, en el Seminario y en el Colegio de los PP. Marianistas, donde escribo, en Yokohama sé que ocupan dos casas y nada más, es decir, sé que están muy bien, sobre todo parte de ellos que tiene una casa por suya. Entre otras ternuras del Corazón de Dios, esta ha sido una, valiéndose del gran católico el influyente Capitán Yamamoto, profesor del Príncipe imperial, católico práctico y fervoroso, que merece carta aparte. El lo ha hecho todo y ha hecho cuanto creo que el R. P. Provicario comunicará, que es mucho más de lo que pudiéramos soñar; a pesar de estar muy ocupado el Gobierno en el Congreso, ha hecho que atienda a nuestro asunto de una manera especial; aquí debemos de estar hasta el veintitantos de este y algunos tal vez hasta entrado Marzo, habiendo llegado creo que el 25 de Enero; nos buscaban fonda, pero en las que podíamos alojarnos llevaban seis duros por cabeza, o sea, cerca de *mil pesetas* diarias: ¡adonde íbamos a parar!; entonces él con gran diplomacia se va al Delegado Apostólico y exponiéndole el caso, lo deja todo en sus manos, obligándole a él a buscarnos hospedaje; él se inhibía en el asunto; entonces el Sr. Delegado nos buscó estos hospedajes, en que nos tratan con caridad exquisita y es poco decir, en donde solo tenemos que dar diez pesetas por individuo. El nos ha preparado el terreno magníficamente; ya han celebrado por su intermedio una conferencia el P. Provicario con el Ministro de Marina; ya han mandado desalojar nuestras casas a los militares japoneses que las ocupaban (también ha sido esta providencia) o que nos hagan otras nuevas; han concedido al R. P. Provicario y al compañero que le asista, viaje enteramente gratis de las Islas al Japón, cuantas veces quieran; nuestro viaje de ida será gratis para todos, incluso el bagage; mañana dará un banquete el Ministro de Marina al R. P. Provicario, al cual asistiremos todos los Padres etc..., y esto en plenas Cortes y ocupadísimos con el viaje que a últimos de este hará a Europa el Príncipe Imperial, a quien acompaña el Capitán Yamamoto. Todos nosotros estamos contentísimos y animadísimos; aun en los pocos momentos de alguna tribulación, estoy cierto que a nadie le ha pasado por mientes todavía embarcarse para España; al contrario, todos a una lamentamos el que España entera no se venga por aquí y yo tiemblo por lo que Dios nuestro Señor podrá decirnos el día del juicio; la verdad, Padre, que me he preguntado muchas veces ¿qué males se seguirían a España si la de-

jásemos en otras manos y todos los Jesuitas, o digamos muchos, muchísimos se viniesen por aquí en donde les esperan más de 50 millones de Gentiles, de los cuales es parecer unánime se convertirían muchísimos por miles y millones si conociesen a Cristo? Un señor católico nos decía el otro día con lágrimas en los ojos: tres Sacerdotes para más de dos millones y medio de habitantes que hay en Tokyo. Tiene grande aceptación todo lo nuestro; solamente en este hermoso Colegio, desde donde escribo, tienen 1.200 alumnos; las Damas del Sagrado Corazón, un magnífico Colegio con 500 aristócratas y ya dicen es grande su influencia en la alta sociedad nipona; las Damas Negras tienen unas 2.000 de la clase media y nuestra Universidad, que cuenta poco más de 100 alumnos, estaría llena si hubiese, lo de siempre, hombres y dinero y tal vez si enseñasen disciplinas de lo que ahora gusta a la gente: ingeniería, etc., pero esto es nada donde los estudiantes pasan con mucho de 100.000 solamente en Tokyo, y en donde hay un verdadero furor de saber y muy principalmente de materias religiosas. Por otra parte, aquí hay libertad de enseñanza; ni aun para ser Profesor de Universidad imperial hace falta título académico: basta saber; y para conferirlos cualquier centro privado, solo basta depositar un millón de yens en el Gobierno para que se le garantice, no de la enseñanza que queda garantizada por los alumnos, que le dan vida al Colegio, sino de las buenas condiciones pedagógicas... etc. Este me va pareciendo un pueblo ideal y que daría muchos días de gloria a la Iglesia; ya escribiré sobre esto; así, que me arrepiento y desdigo del juicio que escribí a esa, formado por algunos de los tripulantes del «*K'umano Maru*». No tiene que ver nada con aquel el carácter del pueblo japonés. El día de la Purificación, gran fiesta en nuestra Universidad, hicieron sus últimos votos los PP. Rodés y La Hoz y el H. García, de nuestra antigua, pero siempre muy amada Provincia de Toledo y renovaron los que tenían que hacerlo: hubo desayuno para solo los españoles, entre estos el P. Guasch, con vino español... etc., y mucha caridad. Se me olvidaba consignar este dato de interés práctico: en ninguna parte ni para nada hemos dejado la sotana, ni en Marsella, (aquí el P. Tarragó hasta con manteo), ni en el barco, ni para bajar en los puertos de escala, ni en el Japón, donde estaremos cerca de un mes: el R. P. Provicario tuvo de sotana su primera visita y discurso delante del Ministro de Marina y de sotana asistiremos al banquete: aquí pega decir ¡viva la sotana!!! ¡hurra!!! De V. R. afmo. h. y s. en Cristo,

Tokyo, 6-11-21. J. M. Gumucio, S. J.

IV

Varias Cartas de los Misioneros de las Carolinas

Carta del P. Pedro Castro al H. Luis Quero Castro.

Colombo (Isla de Ceilán), 4 de Enero de 1921.

H. Luis Quero Castro.

P. C.

Muy amado H. Quero: No te he felicitado en estas Pascuas y Año Nuevo. Mucho he pedido al Divino Niño te llene de las gracias que en tanta abundancia trajo a la tierra.

El viaje va regular, unos días buenos y otros de mucho movimiento. Los HH. creo que todos se han mareado y algunos han repetido alguna vez. A las cinco próximamente celebro y en mi Misa comulgan casi todos los HH. Si nos vieses no nos conocerías. Tostados por el sol este abrasador y con las barbas incipientes cualquiera nos conoce. Son unas barbas que todavía no sé qué camino llevarán. En las Pascuas hemos tenido nuestro turrón tres días, y nuestro ratito de buen humor; pero el calor nos echa de los camarotes. A la hora de acostarnos estaba mi camarote a 33 grados, así que anoche, como otras, la pasé sentado en cubierta. Se ve tierra de vez en cuando. Lo primero que vimos fué el estrecho de Bonifacio, entre Córcega y Cerdeña, después el volcán de Estrómboli de Sicilia, luego el estrecho de Messina, que pasamos de noche, y resultó fantástica la vista de Reggio, ciudad de Italia, a la izquierda, y Mesina a la derecha, ambas muy iluminadas. Luego Port-Said, que está

a la entrada del Canal de Suez. El vapor estaba muy cerca de la ciudad, y así se veía más a los musulmanes que en la orilla hacían su oración después de comer. Se lavaban primero pies, manos y cara, y después hacían oración por un cuarto de hora, mirando al oriente.

Unas veces se tendían en el suelo, otras miraban y levantaban al cielo las manos, y otras se cuadraban como los soldados. El Canal de Suez es estrecho, como desde esa casa a la plaza de Santo Domingo, se pasa muy despacio y se tarda doce horas. Después, el Mar Rojo, donde comienza el calor. Se vé el Sinaí. Después de este mar, llegamos a D'jibouti, puerto francés en Africa, donde los hombres están desnudos menos un delantarillo. Era de ver a los muchachos tirarse al mar y sacar las perras que les tiraban los viajeros. Ahora llevamos ocho días en el Océano Indico, recordando a nuestro San Francisco Javier, que santificó estos mares y esta tierra. Hoy hemos pasado muy cerca de una isla pequeña, de unos tres kilómetros de larga, de una exuberante vegetación, que se llama Socotomai. Es preciosa. La de Ceilán, donde deposito esta carta, es donde tanto trabajó San Francisco Javier. Ya te escribiré desde Japón.

A todos los HH. Coadjutores que los felicites en mi nombre, y les digas, que a todos los he felicitado delante del Niño Jesús. Al P. Ministro mi felicitación más sincera, y pide a Dios por tu tío y afmo. siervo en Cristo,

PEDRO CASTRO, S. J.

Tarjeta del H. Florencio Mancera al H. Luis Quero.

Singapour, 10 de Enero de 1921.

P. C.

Amadísimo en Cristo H. Quero: Ahí le mando un programa del menú que tenemos en el buque todas las noches, aunque está en inglés, ya habrá algún Padre que se lo pueda traducir. Los primeros días nos mareamos casi todos, pero gracias a Dios nuestro Señor, vamos muy bien. Dentro de unos ocho días estaremos en el Japón, ya escribiremos. He-

mos visto muchas clases de hombres y tipos, ¡pero qué tipos!; en Colombo, o sea en la isla Ceilán, eran todos o casi todos negros, y se acercaban a nosotros pidiéndonos medallas para colgárselas del cuello, como así lo hicieron cuando les dimos, venían acercándose poco a poco hacia nosotros y nos decían: «somos católicos», en su lengua, pero que fácilmente entendíamos. Se ponían de rodillas y con las manos juntas nos pedían la bendición, y se levantaban queriendo hablar con nosotros. ¡Pobrecitos!, pidamos mucho por ellos para que éstos sigan practicando el bien, y que los demás (que ellos mismos decían eran budistas), se conviertan a Nuestro Señor.

Recuerdos a todos, Padres y Hermanos, suyo afmo. en el Señor,

FLORENCIO MANCERA, S. J.

Carta del R. P. Santiago Lz. de Rego al R. P. Provincial.

Singapour, 11 de Enero de 1921.

P. C.

Amadísimo en Cristo P. Provincial: Esta mañana arribamos con toda felicidad a este puerto, y nos encontramos la agradable sorpresa de encontrarnos con los otros misioneros, que iban en el *Kumano Maru* a Tokyo, que llegó hoy mismo por la madrugada, y nosotros a las ocho. Ya lo suponían y se acercaron a recibirlo en el muelle, donde atracamos con los HH. García y Cobo; enseguida vinieron las demás y subieron a bordo. Inútil decir la alegría de todos, que hablábamos a un tiempo. Van todos muy bien, con las consecuentes peripecias de mareos y no entender lengua. El P. Gumucio autorizadísimo, los Obispos se le acercaban a hablarle y saludarle, él habla todas las lenguas, sin entenderle nadie, pero se hace la ilusión, aunque ya me dice, que pidió jabón y le trajeron queso, que es dársela a uno con tal.

Enseguida nos fuimos a pagarles la visita, pues está el buque en el mismo muelle atracado. Nos dieron algunas postales y libros, y nosotros les llevamos una vida de San Francisco Javier que pidieron. Ellos salen antes, y creen llegar tres días antes al Japón. Escribo esta en el puente del Armand, y suena en este momento la sirena de ellos para salir. Va con ellos un griego que habla italiano y se deshace en obsequiarlos y

guiarlos. El fámulo japonés es muy obsequioso. Van aprendiendo lenguas, cada cual como puede.

El P. Tárrago y H. Cerdá desembarcaron y les envió el auto el Padre Cardoso, de la Misión de los Portugueses, quien les dijo que podrían embarcar el 20 para Guinea. Les eché mi bendición y se fueron tan contentos.

Pasó por aquí el «Alicante», de la Trasatlántica, y los obsequiaron mucho, comiendo a bordo. El P. Gumucio envía por él unas plantas raras al benemérito Rector de Málaga.

Se proveyeron de hostias y vino, que dicen se agrió, aunque no perdieron Misas, y todos van contentos a sus Carolinas, que dicen los japoneses del barco las conocen, y son muy bonitas con tanta vegetación, como las que tenemos aquí a la vista que son encantadoras. Aquí venía bien sacar fotografías, pero lo prohibe severamente el gobierno inglés. Con todo pondré aquí un dibujo del panorama.

Voy a ver si consigo que esta carta la echen a correos en tierra, pues a bordo hay que depositarlas la víspera.

Todos van muy bien de salud; y envían a V. R. y esa Comunidad un saludo afectuoso.

No sé si el P. Herrera podrá ver a su hermano en China, pues el *Kumano* no hace escala en Sangay.

En los SS. SS. y OO. de V. R. mucho me encomiendo, saludando afectuosamente a esos inolvidables PP. y HH.

Infimo h. y s. en Cto.,

SANTIAGO LÓPEZ DE REGO, S. J.

P. D.

Del Japón parten vapores a las islas, y tardan ocho días de Yokohama a Truk, y luego las recorren todas: y son vapores mayores que estos japoneses.

Postal del P. José M.ª Gumucio al R. P. Provincial.

Hong-Kong, 18 de Enero de 1921.

P. C.

Muy amado en Cto. P. Provincial: Pensaba y pienso escribir a Vuestra Reverencia una carta más explícita, pero el mar ha estado tan malo, que no ha dejado quietud para hacerlo navegando, sin tiempo para hacerlo en esta escala, a donde sólo estaremos horas, y hay que comer, atravesar buena parte del mar para ir a la ciudad y luego dar en ella con el correo. En toda la travesía todo es inglés; son amos; los japoneses pululan desde Colombo, ahora amigos de los ingleses; pero desde la India hasta Australia sueñan con japonizar.

Todos nosotros buenos, alegres y animados. Aparte pequeñeces, hemos viajado en condiciones envidiables.

Ruegue V. R. por su agradecido y afmo. humilde hijo en Cto.,

José M.ª Gumucio, S. J.

Postal del P. López de Rego al R. P. Provincial.

Hong-Kong, 20 de Enero de 1921.

P. C.

Amadísimo en Cto. R. P. Provincial: Gracias a Dios estamos todos muy bien; la mar sin tempestades, aunque algunos siguen mareándose. Yo estoy como en tierra, así que puedo estudiar mi Derecho Canónico y japonés. Ya escribí a V. R. y al P. Prepósito; pero por si se pierden cartas repetiré que en Singapour se quedó el P. Tarragó para ir a Guinea, y encontramos a los otros ocho misioneros con general alegría y estuvimos juntos toda la mañana, partiendo a Hong-Kong ellos a las dos y nosotros a Saigán a las cinco. Aquí estuvimos dos días, visitando la Catedral, Jardín Zoológico, Seminario y Carmelitas, que nos regalaron hostias. Pasé a 2.ª los HH., y comimos todos juntos en una mesa. En

Marsella me exigían 11.000 francos, y aquí me costó los seis hasta Japón 772 francos, que fué una ganga, rebajándome el 20 por 100.

Saludos a todos de todos.

Infimo h. y siervo en Cto.

SANTIAGO LÓPEZ DE REGO, S. J.

Postal del P. Pedro Castro al H. Luis Querp Castro.

Yokohama, 2 de Febrero de 1921.
P. C.

Muy querido amigo: Aquí me tienes en este puerto del Japón desde el 28 de Enero pasado. Toda la travesía sin el más pequeño mareo. El 20 salen catorce para sus islas y el 10 de Marzo los otros seis, dos para Morlok y cuatro que vamos para Ponapé. Son dos expediciones en distintos vapores. Hace muchísimo frío, y vestimos de verano. Me hospedo con otros dos en la Misión Católica francesa. El gobierno quiere que enseñemos en las escuelas la lengua de las islas. Así que la estudiamos, como el japonés para lo más principal. Buen revoltijo de palabras tengo en la cabeza· Con cuanto gusto te vería por aquí.

Mis afectos desde el primero hasta el último. Tuyo afectísimo in Domino.

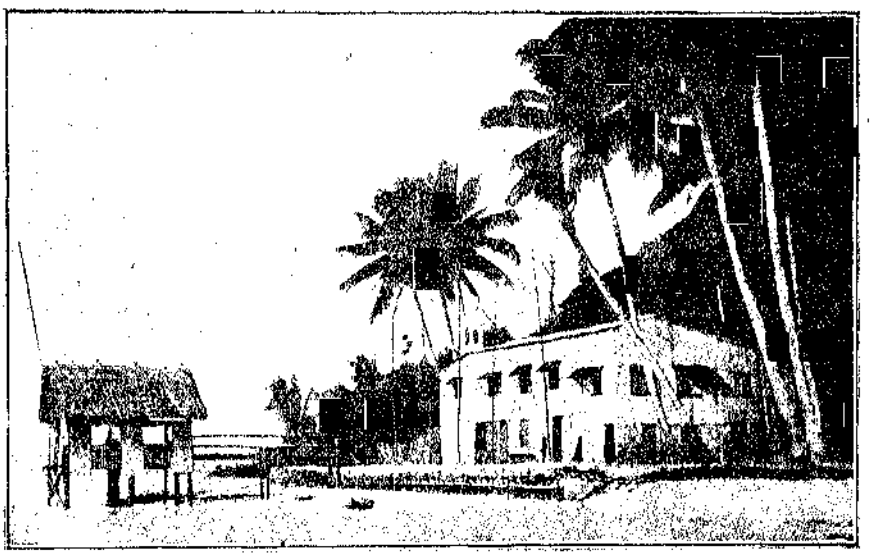
PEDRO CASTRO. S. J.

Carta del R. P. Santiago Lz. de Rego al R. P. Provincial.

Tokyo (Japón), 2 Febrero 1921.
P. C.

Amadísimo en Cristo R. P. Provincial: Ya supongo que habrán recibido las cartas de unos y de otros; y esperé saber algo concreto para escribir ésta a V. R. Llegamos con dos días de diferencia, y estamos aposentados en Colegios y Residencias católicas de Yokohama y Tokyo, con sumas atenciones de los Padres franceses y los NN. por supuesto. Los viajes felicísimos y la salud muy buena en todos, gracias a Dios y a su

Madre Santísima, a quien tanto nos encomendamos, como a San Francisco Javier. Ahora disponemos nuestro viaje a las islas, que será el 24. Es imposible dejar las islas Marianas, y, por tanto, de acuerdo con el señor Delegado Apostólico, dejamos ahora a Yap, devastada por un ciclón, y telegrafiando a Manila no vinieran los que querían; vamos a Saipán y Rota los allá destinados. Como en Saipán hay telegrafía sin hilos, como en Truk, Ponapé y Palaos, y es el primer puerto que tocamos, allí estaré yo en Janapán de Saipán a la vista de todo, pues siempre tocan allí los vapores que pasan a las Carolinas Occidentales un mes y a las Orientales el siguiente. Ahora, el 24, vamos los de Marianas, Truk y Palaos,



Un paisaje de las Islas

quedándose en Truk los de Morlok esperando buque de vela. Estas están peor que ninguna en comunicaciones, y venía bien en Truk la dichosa lancha automóvil. El mes de Marzo irán los de Ponapé. Yo, dejando mi equipaje en Saipán, seguiré el viaje para dejar a cada uno en su sitio y ver lo que hay. Nos lleva el Gobierno gratuitamente; y el domingo, invitados por el vice-ministro de Marina, nos darán un banquete en nuestro honor, pero asistiendo únicamente el Delegado Apostólico, los PP., un H., el P. Superior y P. Guasch. El Sr. Yamamoto atentísimo,

pero está ausente con el Príncipe Imperial, a quien enseña francés. Todos los Misioneros y yo cuando visite, viajaremos gratis, siempre en el barco correo, abonando sólo sesenta céntimos diarios, menos esta vez que vamos gratis en 1.ª

Ayer estuvo a verme un joven mariano, y nos dió muchas noticias, deseando por momentos que vayamos, pues hace dos años y medio que están sin Misionero, y echaron a los paganos y protestantes. Su madre guarda los ornamentos y libros parroquiales; y sonriéndose nos decía no nos preocupásemos de algunas cosas, pues allí nos regalarán huevos, gallinas y cuanto necesitásemos. Es alumno aquí de comercio y habla japonés, y nos trajo una gramática y vocabulario chamorro de su lengua mezcladísima con el español. Dice que los hombres de 40 años para arriba hablan el español; y en Rota lo mismo, y allí hay un católico fervoroso que guarda todo, y coincide su nombre con el que me dieron los antiguos Misioneros.

Vamos, pues, a Saipán, el P. Fuente, los HH. Oroquieta, Unamuno y yo. A Rota, el P. Rodés y el H. Casasayas. Los demás, igual. Faltan dos Padres y dos Hermanos para Yap, y un Padre y un Hermano para Saipán. Aquí había un baul con muchos cálices, copones y custodias, una casulla verde y dos dalmáticas: nada más. En Palaos ya no hay ponapenses, de modo que se habla una sola lengua. Facturado no envíen nada directamente, sino a Marsella al H. Galtier, rue Puget, 11, para que él desde allí lo envíe al P. Guasch (que acepta el cargo de Procurador) facturado a Yokohama; y el talón enviarlo a esta casa. Hoy han hecho, la profesión el P. Rodés, últimos votos el P. la Hoz y el H. García, y renovaron sus votos los jóvenes en la Misa del P. Guasch. Yo dije la otra.

Si no lo necesitan mucho agradeceríamos nos enviaran el Atlas de Carolinas, exclusivo, que tienen en Areneros, para regalarlo al Almirante que lo desea. Suscríbanos a *Sal Terrae*, *Siglo de las Misiones* y *La Lectura Dominical*, seis suscripciones. El P. Guasch desea el libro del Dr. Rego (al P. Valdecasas), a quien entregué el libro raro que agradece mucho.

Hemos comprado en Shanghai, y aquí, cosas baratísimas: camas ligeras de hierro, colchonetas, mosquiteros hechos, paraguas, salacot, y telas impermeables, sábanas, etc. Los géneros de seda muy baratos, de modo que dice el P. Guasch que es preferible envíen dinero que cosas. En las Islas se venden cosas, pero muy caras y conviene llevarlas de

aquí; de modo que el P. Guasch nos irá enviando en cada vapor lo que necesitemos: harina, vino de Misas, aceite y comestibles y ropa, con tal de tener él *cum quibus*. Yendo gratis podemos respirar un poco para ir sosteniendo por ahora las Residencias, aunque pobremente.

Nuestras casas están ocupadas por militares y el Gobierno las desaloja edificando otras; y esto va bien arreglado. El Gobernador, que es Contralmirante, está en Truck, donde hay muchos marinos, pero en Abril parece que se trasladará a Palaos.

El plan, pues, es salir el 24; a los ocho días en Saipán se quedan los dichos y los de Rota, si el buque no toca allí, que van a procurarlo. Luego a Truck; de aquí a Yap, en que veré lo que hay; después a Palaos, en que quedará el P. Llera, P. la Hoz y HH. Gojénola y Villar; después a Angora, extrema Isla; y vuelta a Saipán, donde me quedaré hasta otra gira de Oriente, esperando el vapor que traiga de Japón los destinados a Ponapé y me iré con ellos a Truck y Ponapé, quedando allí el P. Herrera, P. Castro, y HH. Tudanca y García. Los de Morlock, P. Espinal y H. Arizaleta, esperan en Truck barco de vela; y en Truck ya encontraremos de la primera expedición, al P. Gumucio, P. Pájaro y HH. Mancera y Cobo. Total, que me quedan de viaje 93 días, o sea 8 de Yokohama a Saipán, 40 y 45 de viajes en Oriente y Occidente. El de Oriente llega a Yaruto o Yalluí de las Islas Marshall, a donde irán Padres de los Sagrados Corazones, de Irund de Francia, aunque aquí en el Ministerio estaban empeñados en que fuéramos nosotros, pues dicen hay iglesia y buenos cristianos; pero pertenece a otro Vicariato. Con todo no tiene nada de particular que lo agreguen al nuestro en Roma, por el viaje a aquellas Islas, que es por el Japón. Llevo orden del Delegado Apostólico, que es Obispo Francés, de examinar qué pasa allí, donde antes había tres Misioneros y diez Religiosas. Esta Misión Carolina depende de la Delegación Australiana, pero están arreglando en Roma agregarla a esta del Japón.

Hay dispensa cuadragesimal anual para Japón. Médicos japoneses en todas las Islas, menos en Rota y Morlock.

El Sr. Delegado nos va a consagrar ocho aras, que aquí hay para nosotros, y compondré cuatro altares portátiles que nos faltan.

El P. Castro es el que más ha estudiado la lengua de su Isla por no marearse, y en breve se entenderá. El H. Oroquieta, será el primero en entender el japonés.

Hay gran entusiasmo en todos los NN. y de fuera, creyendo que esta

Misión es providencial, y diciendo que es un rasgo digno de la Compañía enviar de golpe veinte Misioneros; edificándose todos, aun los japoneses admirados de vernos tan contentos de venir a unas Islas tan aisladas y lejanas. Rota y Morlock no tienen telégrafo. En la Isla de Nagasaki hay muchas vocaciones eclesiásticas, pero no hay dinero.

Con que anímense a venir todos por estas simpáticas regiones y verán que nuevos horizontes se descubren al espíritu. La providencia de Dios se toca con las manos.

Todos saludamos a todos nuestros amadísimos PP. y HH. de España, encomendándonos en sus ss. SS. y oo. Inf. h. y S. en Cristo

SANTIAGO LÓPEZ DE REGO, S. J.

Provic. Apost. Mar. et Caro:.

Carta del H. Paulino Cobo al H. Hurtado.

Tokyo 16 de Marzo de 1921.

Querido y estimado Hermano Hurtado: La gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo sea siempre en vuestros corazones.

Pocas cosas tengo que decirle, pues ya supongo que las sabrá todas por las cartas que a los distintos Hermanos de esa santa casa he podido mandar con tanto consuelo mío.

El día 10 del pasado, creíamos haber partido como lo anunciaron; pero no ha sido así por haberse retrasado la salida hasta fines de mes. No sé cuando tendrá Nuestro Señor dispuesta nuestra llegada.

En una carta que mandé últimamente al P. Hitos le hablé de mi nuevo destino y ya vino la contestación, por lo cual, si otra cosa no se presenta, mi residencia será, Dios mediante, en las Islas Marsal con el P. Gumucio; así es que me queda una caminata de vapor como de un mes largo, si el tiempo no lo retrasa por no ser bueno.

Ya el P. Hitos le decía de la salida de los demás Padres y Hermanos, y apenas llegaron a Saipán, telegrafiaron pidiendo madera para arreglar la casa que la hallaron medio hundida, y hoy se ha recibido otro telegrama que mandan desde Truk, pidiendo vino para las Misas, porque las botellas que llevaban se han roto. Por todo sea el Señor glorificado.

Otras noticias no le puedo mandar, porque al presente no las hay. Ya

supe la desgracia o mala suerte de Dato y el nombramiento del nuevo presidente: los que salieron para las Islas hasta que vayamos nosotros no lo pueden saber.

Las cartas que vienen y se han recibido de España, tardan unos cuarenta días hasta aquí: a las Islas ya se lo diré más adelante.

El otro dia nos invitó a comer el Delegado de Su Santidad y después ha salido para Italia. Es muy atento, y se goza mucho en ayudar cuanto puede a todos los Religiosos y Misioneros de estas partes.

Ayer pasó una cosa poco edificante, pero se la diré para que V. vea quienes son los que se apartan de Dios. El caso fué el siguiente: Que en una iglesia protestante, tuvieron reunión y después de ésta siguieron tomando un té, o lo que nosotros llamaríamos una merienda. Todo lo hicieron en su gran capilla de Yokohama. Como es el puerto más importante de aquí, hay una colonia de europeos, en su mayoría ingleses, por lo que tienen levantadas en dicha colonia, tres o cuatro capillas. No hay en toda la ciudad tantas iglesias católicas.

Dista esta ciudad de la de Tokyo como una hora y media de tren, pero todo está poblado: yo lo he andado y visto y no parece entre las dos sino una interminable ciudad: creo sería la mejor del mundo si sus edificios o casitas le ayudaran, pero de esto ya le hablé en cartas anteriores dirigidas a nuestros Hermanos. El movimiento es muy grande, muy parecido al de Madrid en el personal, no tanto como en el centro (Puerta del Sol), pero es muy general. Los tranvías son muchísimos, pasan cada minuto, no hay metro como en Madrid, pero aunque lo hubiera no darían abasto a llevar el personal: es cosa curiosa ver tantos tranvías y todos ellos repletos, ya sentados, ya de pie, dentro y fuera. En los puntos más principales hay policías, que detienen y dan salida a los tranvías. Autos hay aquí la mar, infinidad de todo lo que rueda, aun de los cochecitos y carritos que arrastran los hombres.

Es cosa curiosa ver que por las calles la gente siempre lleva bultos o paquetes pequeños, por esto dan a conocer lo trabajadores que son. No he podido ver a ninguno que esté paseando, o en los paseos de recreo como en otras partes: tampoco es fácil encontrar a un hombre al lado de una mujer en la calle.

Ya sabe V., mi buen Hermano, que escribo muy mal, pero ésta creo me ha salido peor que ninguna otra carta, quizás se deba a las buenas gafas que ha poco me compraron.

Diga al H. Hernández, que a pesar de la buena provisión de medias

que me puso, al presente pudiera, si en mi presencia estuviera, decirle que no me han quedado de ellas más que lo que en adelante no me haría falta, que es la parte alta, pues la baja puede figurarse lo que será después de nueve meses sin tener quien las componga. No sólo soy yo, el que esto y otras cosas vamos dejando de ver: ¡pero si no fuera más que esto!

Nada más por hoy, amadísimo H. Hurtado: salude V. al P. Rector y a todos esos buenos Hermanos, que por mucho que os acordéis de mí, no será tanto como yo de vosotros, y para no olvidarme (que no me olvidaría) me he hecho una buena prevención: todos los días con ella os tengo muy encomendados.

Su afectísimo s. y hermano en Jesucristo,

PAULINO COBO, S. J.

Carta del P. Santiago López de Rego a los hermanos de Granada.

Océano Pacífico.-De Jap a Truck 26 Marzo 1921.

Carísimos HH. Filósofos, Juniores, Novicios y Coadjutores: Acostumbrado como un marino al vaivén, y dado que en Truck abandono este buque de la Compañía Nippon Yusen Kaiha *Chefoo Maru Tukyo*, que llevará esta carta, para tomar allí el que va a Ponapé, me determino a escribirles, poniendo la escalerilla del camarote de litera a litera, un cartón encima, y con la pluma fuente que con gran previsión me regaló con gran tarro de tinta el P. Valera, ya está arreglado mi escritorio.

Conque ¡atención todos! Salimos veintidos de Marsella en dos buques. 1.º El *Kumanu Maru*, japonés, donde iban diez, y dos días después el *Armand Behre*, francés, donde íbamos doce. En Singapour nos encontramos con gratísima sorpresa, y allí se quedó el P. Tarragó y H. Cerdá para partir a Nueva Guinea hacia el 20 de Enero, consiguiendo el pasaporte para Australia, que no consiguieron en Madrid. Los vino a buscar en automóvil de la Misión el P. Cardoso, portugués. A las 14 salió el *Kumano* pescándole gran borrasca, barriendo las olas imponentes el buque, mientras los actos de contrición, barrían las últimas imperfecciones

de los espíritus. «Si quieres saber orar entra en el mar» que dijo el otro. A las cinco partió el *Armand*, que por hacer escala en Saigón se libró de la tormenta. Los chicos indios y moros invadían los buques vestidos con sus bandas y uno me decía: «sprich español, inglis, alemano», sabía todas las lenguas sin entender en ninguna. Les echaban monedas al agua y las cogían a maravilla; y allí se estaban en el agua jugando como nosotros en tierra, manteniéndose verticales, otros en unos esquifes, para uno solo, en que subían y bajaban sin dar vuelta, remaban y con el pie achicaban el agua del bote, mientras pedían monedas con sus ojos fosforescentes y estos gritos «ojó, ijó! ¡a lá lá!» Vendían frutas, madréporas, caracoles vistosos y tarjetas postales. Los indios muy risueños, los moros tristones y codiciosos.

La Navidad dijo un Obispo la Misa del Gallo con cantos y pianos, violín y violoncelo. Después hubo Arbol de Noel con juguetes para los chicos de los pasajeros. Los demás dijimos las tres Misas en el salón de lecturas. Llegamos al Japón con dos días de diferencia los dos buques y nos esperaba el P. Guasch. Nos repartieron en las casas de Misiones extranjeras de París. Marianistas y nuestra Residencia; unos en Tokyo y otros en Yokohama. Aquí se nos puso muy mal con ataques de asma el H. García, ahogándose por momentos. Quiso el Señor que con unas inyecciones se calmara y mejorase. El P. Guasch, Procurador interino, desplegó toda su actividad y armó el bagaje Misional. En el Ministerio de Marina, de que dependen las Islas, nos atendieron muchísimo mandando reservar en el buque de las Islas todos los pasajes necesarios en primera a los Padres y en segunda a los Hermanos, todo gratis, y luego, como saben, nos obsequiaron con un banquete. Por fin salimos de Yokoska, puerto naval, donde estaban los acorazados preparados para llevar a Europa el Príncipe Imperial, el 25 de Febrero con el P. Guasch de intérprete. Llegamos a las Islas Marianas el 2 de Marzo: el desembarcadero lleno de cristianos que nos saludaban en español «Adios, Padres». Corrieron todos a la Iglesia y cantaron muy bien el Benedictus, luego les hablé en español que hablaban los hombres, y uno tradujo en chamorro al pueblo.

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de María Santísima Inmaculada, S. José, S. Ignacio y S. Francisco Javier y de todos los Angeles y Santos» en virtud de las facultades recibidas de la S. Congregación de Propaganda Fide, tomo posesión de este Vicariato Apostólico, y doy posesión de esta quasi-parroquia al P. Dionisio de la Fuente

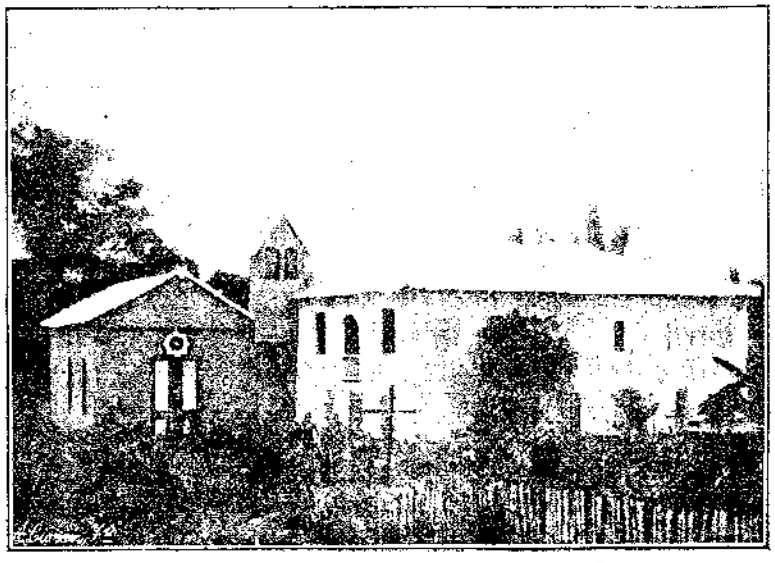
a quien os presento para que como Pastor cuide de vuestras almas y os ayude a ir al cielo...

Luego entoné el Te Deum que cantamos semitonado los diez y seis misioneros con el P. Guasch (los otros cuatros quedaron en Japón esperando el buque de Ponapé). Enseguida canté el Corazón Santo, y cual no sería nuestra sorpresa al oir que todo el pueblo lo cantaba en español con gran entusiasmo y fervor, parecía estar en una misión en España. Terminé con un responso por los difuntos y el Adios a la Virgen. La Iglesia está consagrada a S. Isidro Labrador; y tienen como Patrona la Virgen del Carmen. El 5, día de mi cumpleaños (52), celebré Misa solemne con el P. Guasch de Diácono y el P. Llera de Subdiácono, expuesto el Santísimo Sacramento. Cantó muy bien el coro con armonium y violín: y al ofertorio nos obsequiaron tocando perfectamente la marcha de S. Ignacio, por especial encargo de los Capuchinos españoles. Quedaron allí el Garapan de la isla Saipán, el P. Rodes y el H. Casasayas para ir a la Isla de Rota, donde dicen que hay muy fervorosos cristianos. Estos Marianos Chamorros están repartidos en todas las Islas, son cristianos fervientes y constituyen la levadura de la masa, y a su firmeza en pedir Misioneros Católicos y desechar los protestantes, se debe en gran parte venir Misioneros, pues estaban dispuestos, de otro modo, a abandonar las Islas e ir a América y así lo manifestaron a las autoridades japonesas. El 5 zarpamos para Truck, adonde llegamos el 6. Aquí reside el Vice Almirante, Gobernador Militar de todas las Islas, quien nos atendió muchísimo y nos obsequió con un convite, brindando al fin con la copa en la mano, y todos lo mismo de pie, por el feliz éxito de la Misión. Contesté por el P. Guasch, que como Misioneros católicos al Papa, como jesuitas a nuestro General y como españoles a nuestro Rey, comunicaríamos el magnífico y cordial recibimiento que las autoridades japonesas nos habían hecho. Visitamos luego otras autoridades, obsequiándonos con cerveza o té. Congregados los cristianos en la Capilla, que es rústica, de cañas, y que habían estado en el muelle a esperarnos, cantaron perfectamente a varias voces un himno y luego el ¡Oh María! en su lengua, que yo luego fuera les hice repetir acompañándoles con el acordeón, con gran admiración suya. Tomamos posesión de la casa y bebiendo a pasto agua de coco, descansamos. Aquí en Truck determiné fijar mi residencia, pues en Saipán, basta uno y aquí son varias islas; y por tener que enviar al P. Gumucio a Yap por petición de los cristianos. Aquí cae muy bien recordar lo de que «el hombre propone y Dios dispone». En Japón

nos obligaron el Delegado Apostólico y el parecer de los católicos a tomar las islas Marianas, pues no quieren otros Misioneros dependientes del Vicario de Guan perteneciente a los Estados Unidos; y entonces los destinados a Yap (que me escribieron de Roma, podíamos dejar por ahora) pasaron a las Marianas, el P. Gumucio destinado a Truck pasa a Yap; y yo, que quería estar primero en Yap, luego en Saipán, tengo que quedarme en Truck, y así resultan todas las islas atendidas. Además por enfermedad de asma del H. García que se quedó en Saipán, tuve que enviar al que era mi secretario, el H. Unamuno, a Yap, y yo veremos a ver con quien me quedo; si el H. García puede ir a Ponapé, entonces el celebérrimo H. Cobo, será mi gran ayudante. Salimos de Truck el 10, dejando allí al P. Pájaro y H. Mancera, y para de allí ir a Mortlock (Sukonor) al P. Espinal y H. Arizaleta. Llegamos a Yap el 14 en medio de un diluvio, bajamos cuatro al cesar, pero en seguida se reanudó, poniéndonos empapados; así fuimos a ver al Gobernador, suplicándole nos recibiera en el zaguán y de pie; nos acompañó su Secretario; y los cristianos iban saliendo de debajo de las casas (están construidas sobre pontones de uno y medio de altura) y corrieron a la Iglesia, unó enternecido nos mostraba sus hijos, a quien dí unas galletas. Cantaron muy bien y luego, después del Te Deum y Responso, fuimos a la casa que es muy fuerte, de cemento y hierro y resistió al terrible tifón que en Diciembre último devastó la isla. Lo avisó el observador filipino que tiene el observatorio en nuestra casa, pero se rieron y no le hicieron caso; hubo seis muertos, uno de espanto, dos heridos, 1350 casas destruidas, 493 averiadas, murió el 40 por 100 de cerdos y el 70 por 100 de gallinas; se perdieron nueve botes y setenta y dos canoas, y perdieron tres Compañías comerciales 91.672 yens (3,50 pesetas).

En nuestra casa se cobijaron muchos, que luego dejaron el aviso radiográfico de que íbamos. Apareció allí una gran arca con casullas y ornamentos y hasta 500 purificadores, pero no había ni un vaso sagrado, ni custodia, ni sagrario, incensario, que sin duda era lo que encontramos en Tokyo. Luego encendieron fuego para secarnos, invadieron la casa los niños indios y sentados oyeron la lectura de Historia Sagrada en su lengua, que leía el P. Guasch, y corregía un venerable anciano indio casi ciego ¡lástima de fotografía! pero fué a dar en Palaos el baul del P. Gumucio donde estaba su altar y no sé si cosas de su máquina fotográfica. Se ofreció de cocinero un ferviente chamorro, Tomás de Villanueva, que habla bien el español, y se quedó recontentísimo. No murió aquí ningún

cristiano adulto desde que faltan los padres. La Iglesia bastante buena, y con terreno alrededor, tiene un armonium con buenos registros, que toca una inglesa católica; había un piano, que se lo llevó el tifón con la música a otra parte. Salimos de Yap el 15 y llegamos a Palaos el 16; la entrada fantástica entre montecitos como macetas en el mar, redondas y carcomidas o socavadas al nivel del agua casi dos metros, madréporas en el fondo, entre lagunas; llegamos a una ensenada donde estaban los cristianos en perfecta formación, niñas muy bien vestidas, chamorros, que todos llevan pantalón y camisa, y carolinos con banda. Nos saluda-



Casa del Misionero e Iglesia

ron con mucho afecto, y emprendimos la caminata a la Iglesia y casas distantes media hora. Repetida la ceremonia de otras islas, subimos a la casa que está en buen estado y allí se instalaron el P. Llera, P. La Hoz y HH. Villar y Gujenola. También aquí quedó con ellos el antiguo cocinero de los Misioneros, diciendo nos serviría sin sueldo por tal de conservarse buen cristiano. Una sociedad comercial tenía en depósito ornamentos y una canoa para ir a las otras islas. La impresión fué mucho mejor de lo que nos dijeron. El 18 fuimos a Angaur el P. Guasch y yo, y encontramos catorce familias chamorras con ochenta individuos; nos reunimos

en casa de uno que hablaba español, rezamos el Rosario, contestando todos en español, cantamos, y nos obsequiaron con café, leche de coco riquísima, y querían darnos una merienda. Después nos acompañaron al muelle cantando el Adios Reina del Cielo y al terminar, sin poderse contener, rompieron a llorar de consuelo, prometiéndoles irían de vez en cuando los Padres de Palaos, que llegan en ocho horas a vela. Volvimos a Palaos en el vapor, llevándonos al muelle en una vagoneta sobre ráils. Salimos el 20 y volvimos a Yap el 21. Allá viene en un bote con su sotana blanca el P. Gumucio, lleno de satisfacción por las esperanzas de

Naturales de las Islas

hacer algo en Yap, a pesar de los malísimos informes que los anteriores Misioneros nos habían dado. ¡Claro está que no ha tenido tiempo de tocar la realidad! y dicen que es la isla más difícil de toda la Oceanía para evangelizar. No sé si por resistir tanto a la gracia permite Dios estos castigos de tifones. Pero estos informes se refieren a los carolinos y apenses, y no a los marianos que hay suficientes y dignos de ser atendidos. Pretendimos dormir en la Residencia, pero no hicimos más que pasar la noche, pues los mosquitos no dejan vivir, y dentro de los mosquiteros no se respira. Bueno es que la picazón es insignificante y concluye uno por no hacerles caso. El P. Gumucio parecía tener viruelas.

¿Quien se ofrece a ir a Yap? La temperatura nos parece muy soportable en todas las islas con la brisa del mar, sin comparación hace más calor en verano en Andalucía.

Salimos de Yap el 22 y llegamos a Sorol el 23, devastadísima por el tifón de Diciembre, recogiendo en el buque unos 30 habitantes famélicos, y quedando unos 10 jóvenes que se escaparon por la isla. Les di unas galletas y vestidos y vienen a Truck. Un pequeñín muerto hubo que echarlo al agua. El 24 llegamos a Oleai, donde hay unos 800 habitantes en 18 islas, pero viven mejor. Ahora caminamos de vuelta a Truck, a donde llegaremos, Dios mediante, el 27. ¡Qué Semana Santa pasamos! Decimos Misa en nuestro camarote, y el Jueves Santo una. Después del oficio, basta el breviario para hacerme la ilusión de estar en algún templo al oficio de tinieblas. En espíritu hacíamos las visitas a los Monumentos, y ahora celebraremos en Truck el aleluia.

Según noticias radiográficas, los Misioneros destinados a Ponapé habrán salido de Yocosca el día 20, de modo que esperaremos en Truck su llegada hacia el 5 de Abril; mientras visitaremos las otras islas adyacentes con el Secretario del Gobernador, que nos hará entrega de las casas y capillas, pero, se necesitan misioneros que vivan allí...

Luego iremos en el otro vapor a Morlock, dejando allí al P. Espinal y seguiremos a Ponapé, tardando dos días, de modo que hacia el 12 estaremos allí, pasaremos quince días, mientras el buque va a las Marochal, y volveremos a Truck hacia el 23. Allí me quedaré, y el P. Guasch seguirá por Saipán a Yokohama y Tokyo.

Están empeñados en Japón en que tomemos otras dos islas de Marochal: Jaluit y Haruto, donde hay Iglesias y casas con cristianos muy buenos, pero el asunto está en Roma, por ser de otro Vicariato. De Truck a Jaluit se emplean ocho días en el vapor.

¿Y qué más les contaré? Pues el menú de las Misiones. Una sopa de pan, si lo hay, o galleta de marinero, una lata de sardinas, arroz con aceite de coco, papayas, plátanos. Alguna vez pescado, huevos, ahora escasos hasta que formen gallinero. Agua hervida o de coco. En esta parte hay que pasar algo, no tanto por la escasez como por lo desabrido.

En Ponapé, Yap y Palaos había religiosas con internados. En Palaos se conserva la casa. En Yap fué destruída por el tifón. Veremos qué depara el Señor en su providencia, pues hace falta algún fundador.

En cada archipiélago se habla lengua distinta y en todas por los niños el japonés, así que todos los Misioneros están aprendiendo las dos lenguas.

La procura de estas Misiones no puede estar más que en Japón y por los buques únicos que de allí parten y vienen a las islas, enviar las cosas a los Misioneros. Hay en las islas un comercio general, pero claro está que resulta allí caro todo, y por eso conviene enviar del Japón arroz, harina, galleta de marinero y sardinas en conserva, además del vino de Misa, que dicen debe ser de España, si se ha de conservar y ser legítimo. Para lo cual hace falta recursos y enviarlos al P. Guasch, para que en Tokyo y Yokohama compre esas cosas que hay allí en abundancia y baratas.

Luz usamos de petroleo. Hay médico y botica y telegrafía sin hilos menos en Rota y Morlock.

Ahora suplico a mis carísimos, saquen copias de esta carta y envíen a los otros Noviciados de España o a los PP. Socios de los Provinciales de mi parte, contando por supuesto con el beneplácito de los superiores, y Dios se lo pagará a todos, y más si cada provincia enviara a los suyos *Sal Terrae*, *Siglo de las Misiones*, etc. La dirección mejor y más segura es: R. P. Antonio Guasch, Kojimachi—Kivicho 7—Japón—Tokyo, para enviar al P..... y él procurará llegue a su destino, o poner dos sobres, al exterior al P. Guasch y el interior cerrado al destinatario.

Anímense, pues, todos a merecer de la misericordia de Dios tal vocación con mucha humildad, obediencia y mortificación, que siendo generosos con Dios, su Divina Majestad lleva la cruz en volandas que no se siente.

A todos los Padres y Hermanos saludo afectuosamente y me encomiendo con todos mis Misioneros y fieles e infieles en los SS. y OO. de todos.

Inf. h. y s. en X.,

SANTIAGO LÓPEZ DE REGO, S. J.

Carta del H. Cobo.

Amadísimo en Jesucristo Hermano Ruiz.

P. C.

La gracia y amor de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre en nuestros corazones.

Amado Hermano en Cristo:

De cuánto pudiera decirle de particular, de todo creo estará usted enterado, pues no he dejado cosa alguna de deciros por medio de mis engorrosas cartas.

¡Cuánta pena da, amadísimo Hermano, el ver tantísimas almas, como hay en esta Capital, que pasa de tres millones y medio, y el reducido número de católicos!, ¡no más que de unos 5.000! Mucho se siente y conmueve el corazón que tenga aún un poquito de amor hacia Nuestro Señor de solo oirlo; pero cuando esto se ve y se palpa, y si encima no puede uno hablarles, por no saber la lengua de ellos, entonces, Hermano, parece que el corazón se siente tan oprimido y conmovido, que no puede menos que exclamar: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿cuándo van a oir éstos tu nombre y tu Evangelio?, ¿cuándo os van a conocer?

Hermanos, yo muy de veras os lo pido, y esto no queriendo traeros a mi voluntad; si lo hiciérais, fuera muy gran servicio de Dios, y es que siempre tengáis muy presente a las almas que aún no conocen a Nuestro Señor, y por ellas ofrezcáis todas las más oraciones, penitencias y sacrificios que ustedes puedan, porque si es verdad que la caridad nos obliga a atender a muchas necesidades, la mayor, o de las más principales necesidades, es la de hacer y dar a conocer a Nuestro Señor, porque ¿cómo se van a salvar por medio de Jesucristo los que no conocen a Jesucristo?

Amados Hermanos: hace muy poco se bautizó en nuestra capilla un joven que tenía unos veinte años; esto me consoló mucho, y presencié todas las ceremonias; son igual que las que ustedes conocen, fuera de que al principio son un poco más largas. El joven contestaba a todo y decía las oraciones necesarias, para lo cual tenía un cartapacio en las manos; yo, al verle, me parecía ver algún novicio cuando está diciendo la fórmula de los votos del bienio, porque lo mismo que algunos que yo conozco, estaba este joven de excitado, y esto sólo de fervor que en sí

sentía, y se le temblaba el cuerpo y el cartapacio como a los ya comprendidos.

La salud en el cuerpo la he tenido muy diferente del invierno pasado, pues hasta el presente no he sentido cosa alguna, gracias a Dios: mil gracias.

La Semana Santa la he pasado muy al revés de la del año pasado: aquel poner tan gran Monumento, aquellas fiestas tan pomposas, aquel tan sinnúmero de adornos y luces, me parece que ya se acabó; y esto lo digo desde aquí, porque desde allí lo diré con mucha más verdad; digo haberla pasado muy al revés, porque el año pasado tuve no poco que hacer durante la dicha, la cual se ha cambiado tan al revés, que no he movido, como suelen decir, una paja del suelo tiempo hace.

De cómo se celebra por aquí dicha Semana Santa, les digo, y así es, que lo mismo que por ahí, si hubiera y contaran con los mismos medios; en nuestra Capilla no se hizo nada. Los Sagrarios, o sea el Santísimo, no es aún costumbre de quitarlo; de modo que el viernes no lo quitan; claro está que no hay Misa ni pueden comulgar; pero sí el visitarlo como los demás días.

De los Monumentos, era una de las mejores Parroquias, por tener mayor número de feligreses, en la que yo estuve estos días, o mejor dicho, a la que yo asistí estos días, y cuando yo entré la primera vez hice poco menos que llevarme las manos a la cabezá y decir: ¿Dios está tan pobre? no había ni esperanzas de que con más se adornara el Monumento; no me da ni ganas de acordarme de tanta pobreza como allí había. ¿Cómo sería? Se lo diré para que el que lo oyere ponga el remedio que de su parte pudiere, por estas y otras Misiones y Misioneros, por que si esto se lo digo de aquí, ¿qué no le podré decir allí? y para que mis queridos Hermanos tengan cada día en mayor estima y amor a la que por Madre nos encomienda tanto en su carta nuestro santo Padre Ignacio.

Era en un altarcito lateral de la iglesia, no tan grande como los laterales de esa santa Casa. En él había un Sagrario casi del todo cubierto con dos pañitos blancos con encajes, y sobre todo ello el coponcito, o mejor dicho, el cáliz, cubierto con... (aquí empiece a considerar) un pañito blanco; lo tuve en mis manos, porque desde que fuí sacristán me quedó alguna curiosidad en cosas de iglesia, y no era nada fino, atado con una cuerda blanca de trencilla y sin planchar, por que me fijé y estaba arrugada. Y el cáliz así atado estaba sobre el Sagrario.

No pregunten ustedes, Hermanos míos, por urna ni por Sagrario, ni por camarín, ni siquiera por tabernáculo; de eso ¿quién se acuerda?..., los que los hemos visto y tenido y ahora no lo tenemos, ni con que poderlo tener; catorce velas puestas sobre cuatro candeleros y dos candelabros, y no ardían todas, que bien me estuve fijando, y vi que no eran más que diez las que ardían, y esto, Hermanos, no les parezcan pocas, porque a todas las bendiciones que he asistido o reservas, sólo encendían seis; pero sigamos viendo el altarcito del Monumento. No sé si llegarán a cuatro los floreros; en esto no estoy muy seguro, pero sí creo

Costumbres del país

que eran cuatro, y a cada lado del altarcito dos tiestos con cañas de bambú, muy grandes y muy frescas; encima del Sagrario y detrás del cáliz, una cortinita morada, ancha como de dos cuartas y bastante más alta; creo que esta cubría el nicho del Santo, y por delante tenía una cosa que yo no me enteré a satisfacción, porque estaba alto y oscuro, pero me pareció que era una de esas cuerdas que suelen poner para adornar las cajitas de dulces, que tienen hilitos que parecen de plata, pero no lo son.

Ahí tienen ustedes, mi queridos Hermanos, compuesto todo un Monumento; ni una escalinata, ni una repisa, ni un pedestal: nada más había, y esto es aquí, que allí ¿qué será?

No podía entender, amadísimos Hermanos, cómo en un país pagano, como este, pudieran haber dado tantos sus vidas por la fe, como son los que murieron en Nangasaqui con el martirio semejante al de nuestros tres santos Hermanos; pero ya voy sintiendo todo lo contrario, porque, aunque es verdad que el número de católicos es muy reducido, su fervor no se puede comparar con el de cualquier cristiano, sino que comparándole con los fervorosísimos católicos de países católicos, me quedaría muy corto, si aún no los subiera al claustro con la comparación.

Yo, amadísimos Hermanos, me quedo confundido, y lo mismo oigo decir a otros.

A más del gran recogimiento con que están en las iglesias, que este es muy grande, y con grandísimo fervor, que esto parece no lo pueden ocultar; comulgan muy frecuentemente, y muchos todos los días; visitan a Nuestro Señor varias veces al día, y sobre todo los jóvenes es muy frecuente verlos entrar en las iglesias cuando salen de la escuela o de las clases, porque no me refiero a jóvenes pequeños solamente, sino que aun los mismos universitarios lo hacen, y parece que en esto no tienen respetos humanos como en otras partes.

Todo esto que les digo sólo es refiriéndome a solo hombres y niños; nada menos se puede decir de las mujeres, que parece quisieran meterse debajo de las tarimas: tales son sus reverencias y composturas.

Y estas cosas que digo las hacen con mucha libertad, porque donde quiera que se halle el Santísimo Sacramento, en el Sagrario, allí nunca está cerrada la puerta, si no es a altas horas de la noche, nunca están las iglesias y capillas cerradas, y nunca echan de menos cosa alguna.

No sé si le habré sido molesto, amadísimo Hermano, trayéndole a cuento tantas cosas, pero usted me dispense, que a otra vez ya me enmendaré.

Salude al R. P. Rector, Maestro y Ministro, y lo mismo al P. Espiritual, sin por esto olvidarme de todos los demás PP. y HH. de esa santa Casa, en cuyas oraciones de todos me encomiendo.

Suyo affmo. s. y Hermano en Jesucristo,

PAULINO COBO, S. J

P. D.—Acaba de llegar un telegrama de las Islas, que dice: «P. Gumucio y H. Unamunu en Yap; yo en Truck.» De lo cual se saca que al ir a las Palaos, como tenían que pasar por Yap, o bien a la vuelta, han obligado los de dicha isla al Padre Superior a darles Misionero, pues ya os dije por otras cómo no iban a Yap. También se saca lo de la residencia del Superior que sea en Truck, porque al llegar a las Marianas y encontrar la casa por tierra, creemos llevó sus cosas a Truck; yo no sé por esto lo que será de mí. Ahí le mando al Superior de ésta; no tengo otra cosa; mañana, muy de mañana embarcamos; no puedo entretenerme más. Adiós. Adiós, mi buen Hermano.

Tokío, 1.º de Abril de 1921.

El Viático y el Catecismo
en la isla de Ponapé (Carolinas orientales)

Tengo una vinta que es una canoa hecha de un tronco, que me hicieron los de Anak, que es para mí como la barca de San Pedro: en ella entra conmigo el Señor frecuentemente, pues a donde quiera que sea menester llevar el Viático, el viaje, o todo o en parte, ha de hacerse por mar.

El otro día fuimos bordeando la verde islita de Param en busca de cinco chozuelas donde esperaban a Jesús otros tantos enfermos.

¡La de escenas gratas al alma que se presencian en estas ocasiones! El silencio y dignidad con que van los remeros; la devoción con que se descubren y arrodillan en sus canoas cuantos cruzan con la nuestra; la fe profunda con que es recibido el Señor en aquellos pobrísimos albergues, de tres o cuatro metros en cuadro, sustentados sobre estacas en el mar, sin otras comodidades que la estera de palma en que yace el enfermo, ni más riqueza que el racimo de plátanos y las dos piñas que penden de las cañas del techo.

Cuando la familia dispone de una arquita, allí está preparada para que sobre ella se desplieguen los corporales; sino se despliegan en el suelo.

Llega la vinta debajo de la casa, que por los cuatro costados está abierta; uno de los de adentro da la mano al padre y le pone a la cabecera del enfermo. El misionero hace las preguntas que son del caso, manda salir a los sanos, oye la confesión, vuelve a llamar a los que salieron y, mientras extiende los corporales y se quita del cuello la cadenilla del porta-Viático, dice, sin mas preámbulos, que va a dar al enfermo los últimos sacramentos, Extrema Unción inclusive.

Lo oyen como la cosa más natural, nadie apunta un reparo ni se permite un gesto de alarma ni una muestra de sensiblería. ¡Cuán cierto es que de los pobres es el reino de los cielos!

Estos indios no tienen médico, y así no hay que aguardar su parecer cuando se trata de arreglar a un alma los pasaportes para la eternidad. En este punto no hay más criterio que el del Padre, que casi nada sabe de medicina, pero conoce la condición de Jesucristo, y ha resuelto que ninguno se le vaya sin este buen compañero de viaje; ¡buen disgusto tuvo el otro día, que se le murió un niño de doce años sin que le hubieran avisado! Ya he dicho en público que, fuera del caso de muerte repentina, no vuelvo a enterrar a quien no haya asistido durante la enfermedad.

Siempre reciben la Santa Unción con todo conocimiento, y algunos de rodillas.

Se exhortó después a la familia a rezar frecuentemente con el enfermo, y más de una vez les he visto replicar que ya rezan todos los días el ro-

Escuela de niños

sario. ¡Oh el rosario! ¡qué devoción le tienen como a todo lo de la Virgen! ¡y yo que me vine con dos docenas escasas! La Santísima Virgen me lo perdone, que bien lo estoy purgando cada vez que me piden uno y no puedo darle.

Cuando vuelvo a bajar a la vinta, a lo mejor encuentro que me han puesto allí el racimo de plátanos y las dos piñas que eran toda su riqueza, sin que haya más remedio que aceptarlo, pues de otra manera, lo

sentirían; y allá voy, mientras me alejo para el mar, pidiendo al Señor del fondo de mi alma que pague tanta generosidad, y si es servida, me dé también a mí con qué pagarle.

Otras veces la escena es en el bosque: cuantos nos encuentran quedan arrodillados donde les sorprende el sonido de la campanilla, y familias enteras salen a las puertas de los ranchos a saludar al Señor que pasa.

Iba a decir que después de la administración del Viático, nada me consuela como la doctrina de los niños; pero no hubiera dicho verdad, que gozo más en la conversión y bautizo de un infiel. Mas quédese este punto para otra ocasión, y digamos de la doctrina.

El Señor ha puesto su mano, y he podido organizarla mejor de lo que me hubiese atrevido a soñar.

A la escuela japonesa de la Kolonia han de venir todos los días los niños de una buena circunscripción. A ese fin tienen estos rapaces vintas diminutas, que manejan con rara habilidad, ya que desde chicos son intrépidos marineros.

La escuela termina como a las once. En cuanto les dan suelta, se vienen a casa a bandadas; cantan «Corazón Santo» en español, y empieza el catecismo, que nunca les cansa; lo mismo se están media hora que hora y media, y es de ver con qué empeño y con qué fruto. Son en general listos y de buena memoria, y así se les vé progresar de día en día.

Los *vales* de asistencia y aprovechamiento son codiciadísimos, no menos que la estampa que se rifa al terminar.

Les gustan cromos de colores vivos. Tengo uno que representa la muerte del réprobo, que no le regalo a nadie, porque siempre que lo enseño produce en mi inocente público el efecto de un buen sermón. El pecador moribundo vuelve la cabeza para no ver la cruz que le presenta el sacerdote, y mira desencajado el retrato de una mala mujer que le pone delante un demonio, mientras otros tiran con fuerza de las ropas de la cama hacia el infierno, en cuya boca inflamada se ve a Satanás con tridente y corona: el ángel de la guarda se vuelve al cielo, cubriéndose el rostro con las manos, y a los pies de la cama llora desconsoladamente una mujer.

Son de oír los comentarios cuando aparece el cuadrito: lo mismo que cuando enseño el del juicio final, ¡vaya que sacan fruto! La pena es que me vine desprovisto. Cuando pasé por Barcelona para embarcarme estaba la ciudad en pleno paro, y me fué imposible hacerme con una

buena colección de cuadros del catecismo y cromos interesantes.

Escribo el 27 de Junio. El 29 tendremos la comunión general; mañana, si Dios quiere, la rifa de premios.

Esta tarde les he estado preparando ¡quién hubiera tenido doscientos metros de tela para taparrabos y camisitas! Con metro y medio de percal rojo o azul o de malla blanca, hago feliz a un niño y a una familia; las niñas, como van con sus batitas muy cumplidas, necesitan más, pero ha de ser muy ligero y de colores claritos, blanco, rosa o azul. En fin, no soñemos.

He llamado al hermano, que me ayude a registrar el fondo de los baúles que vinieron de España.

Y sale de una caja de cartón azul, que aún trasciende a jabón de olor, un montón de baratijas que me enviaron de la Coruña, entre ellas una jarrita de latón con un espejo a cada lado que seguramente quita el sueño a un niño que ya lo ha visto: pues no digo un tintero en forma de chistera, con su pluma correspondiente, imitando un paraguas. Hay un cromo de colores rabiosos que representa a San Martín a caballo partiendo la capa con el pobre, que vá a levantar un clamoreo, porque manifiestan su admiración con ingenuidad encantadora.

Cromos de la Virgen pondremos varios que, por fortuna, los hay, y María Santísima es muy querida entre los niños de Ponapé. Rosarios no me quedan más que cinco, no voy a poner ninguno: los reservo para glorificar a los bienhechores. En medallas bien lindas, con cinta azul, blanca o encarnada, también puedo alargarme alguna cosita. Cinco lotes de anzuelos surtidos, ocho de tela de mosquitero para camisas, varias tarjetas postales muy finas, que me dieron los cooperadores de las misiones de Santander. Nada, que salieron los noventa regalos que eran precisos para que nadie quedase sin recompensa.

29 de Junio.—¡Buenas han estado la rifa y la comunión general!

El 28 por la mañana, mientras los niños estaban en la escuela, el hermano y yo preparamos la exposición de premios a la puerta de casa, en el ancho balcón de madera que hace de vestíbulo, al aire libre, a vista del mar, frente a las islas de Langar y Param, rodeados de palmas y cocoteros. Escenario insuperable, allí se les enseña el catecismo.

Quedó aquello vistoso. Cromos de todos tamaños y colores por la pared, piezas de tela colgando de la baranda, medallas de mil clases pendientes de clavos y, sobre la única mesa presentable que hay en casa (regalo de un buen cristiano), el tintero famoso, la jarrita de los espejos,

cromos y estampas de menor cuantía, anzuelos y que sé yo la de chirimbolos que arrojaría en montón a la barredera un niño rico de España, pero que van a hacer felices por unos momentos a muchos niñitos pobres en Ponapé.

¡Qué cumplida habría quedado la mesa con algunas pelotas de colores, canicas de cristal, juguetes de hoja de lata, pitos, soldados de plomo!

Puesta en orden nuestra pobreza, se me hacía un siglo cada minuto que tardaban en llegar las criaturas. El viento zarandeaba cromos y medallas, amenazando dar al traste con nuestra labor de dos horas. Se puso una gran vela de la parte por donde soplaba, y pedí al Señor que ya que todo se hacía por su gloria, no se malograse el inocente regocijo.

Al fin, se dejó ver la vanguardia, doblando a todo escape la esquina de la iglesia, detrás venía el ejército, descalzos todos, y desnuditos los niños, fuera del honesto taparrabos rojo, blanco o azul.

Se dejaron los primeros momentos a los comentarios. A vista del abigarrado conjunto, exclamaciones de sorpresa y alegría en todos los tonos. Cuando fueron concretando más las observaciones, ¡María Santísima! ¡Jesús! ¡el Angel de la Guarda! ¡Satanás! (había un San Miguel con su diablo correspondiente).

Como sabían que la distribución iba a ser por sorteo, decían a voces qué deseaba cada uno que le tocase.

Los cromos grandes y las medallas fueron de mucha aceptación, pero la jarrita de los espejos y el tintero en forma de copalta se llevaron los ojos y los corazones. Yo andaba entre ellos con una bolsa de rosa azul, dando a sacar ora a uno, ora a otro, las papeletas. Se anunciaba de antemano el objeto que se rifaba en cada suerte. ¡Qué ansiedad cuando llegó el turno a las dos maravillas!

El favorecido con el gordo de Navidad en España, quedará sin duda algo más rico, pero no tan alegre como el niño a quien tocó la jarra; al instante fué rodeado de los amigos, que se disputaban la satisfacción de tener unos momentos en la mano joya tan peregrina. Al del tintero, sucedió otro tanto.

En resolución, todos quedaron satisfechos, y nosotros dando gracias al Señor que tan fielmente cumple la promesa hecha a sus discípulos de estar con ellos todos los días hasta el fin del mundo.

¿Quién sino Él da a estos niños el amor al misionero, el espíritu de hijos con que llegan a nuestra casa, el gusto en la ingrata labor de apren-

der la doctrina a fuerza de martillazos, la alegría con que reciben la nonada que se les da?

Todo lo que se repartió ayer a más de ochenta, no valía tres duros, y pasaron el día tan felices, ¡y hay en este mundo tantos a quienes sobran tres duros!

Por la tarde los confesamos, tarea en que hubo harto que hacer, que muchos vinieron con sus padres; afortunadamente, estaba conmigo el P. Centeno, que había venido de su residencia de Kito a otro propósito, y me ayudó muy bien.

Pusimos la iglesia lo más bonita posible: bien poco fué. Se buscaron los manteles mejores, y eran los que ya estaban en el altar, los que usamos a diario. Andamos medianamente de ropa de iglesia. Gracias a los cooperadores de las misiones de Santander, podemos decir en las dominicas la misa con ornamento verde, y tenemos los altares decentitos. Si hubiese repuesto de estas cosas, se mudarían los manteles en cuanto cayese una gota de cera. Siempre fué mi sueño dorado poder celebrar los divinos misterios delante de los indios con gran limpieza y esplendor. Para la comunión de ayer me faltó casi todo, empezando por la bandeja y la palmatoria: ni alfombra, ni frontal ni paño para el comulgatorio, pues aunque había uno, regalo de los de Santander, no bastaba para los cinco metros y medio que había que cubrir. Otro tanto me ocurrió con los frontales: el altar mayor mide 2,44 y 2,10 los de los lados.

Allá nos arreglamos como Dios nos dió a entender: se empalmó un paño de color entre dos blancos, y el comulgatorio parecía otra cosa; se encendieron cerca de veinte velas que lucían bien entre las flores y hojas que adornaban el altar; se sacó el mejor ornamento rojo, que es bien modestito, y se dijo la santa Misa, en la que tuve el gusto de repartir como 140 comuniones. Las niñas que la hacían por primera vez, traían coronas de flores; los niños, nada, ya que no se puede llamar extraordinario la camisita raída con que se acercaron a comulgar, ninguno comulga sin ella; ¡qué imprevisión la mía al salir de España! pues no hubieran lucido poco sobre aquellos harapitos buenas medallas pendientes de anchas cintas de seda!

Me había dicho no sé quién que, si se daban medallas, se las ponían en las narices o en las orejas; sería antes. Ahora se la ponen al cuello, y como no hay ropa que la oculte, van tan orgullosos, ostentándola como señal de su fe. En este momento acabo de dar tres a los tres únicos niños de la doctrina que no la tenían; en una cinta blanca y roja de atar paque-

tes se la he colocado, que muchos la llevan con bramante. Ya sé yo que el Señor me ha de encontrar por ahí quien me envíe dos centenares de medallitas de plata, que sirvan para los escapularios, con sus cadenitas correspondientes, de plata también, para que parezca mejor sobre los pechos bronceados de mis niños.

Quedaron contentísimos; sus padres, agradecidos, y el misionero alabando a Dios, que tapa sus yerros, suple sus deficiencias y le da hecha la obra por manera tan admirable. Porque cualquiera diría que después de la comunión general no habían de pensar en el catecismo hasta el día siguiente. Pues no, Señor: se fueron a la escuela, y en cuanto se vieron libres, a casa, a cantar el «Corazón Santo» y a llamarnos para la doctrina.

LUIS HERRERA ORIA, S. J.

ISLA DE LUKUNOR

PRIMERAS IMPRESIONES

Del P. Espinal.

Amadísimo en Cto. P. Provincial: Mañana salgo para Mortlok en un barquito de vela, y como no sé cuando tendré correo para escribirle, lo hago desde aquí, donde se queda el P. Pájaro.

En mis islas nadie habla castellano; el Sr. Gobernador hizo venir aquí a algunos para que nos recibieran, y uno era el Sr. Maestro que sabe alemán. Estos días he empezado a aprender

LA LENGUA DE MIS NEOFITOS

de la cual no hay ni gramática ni diccionario: yo buscaba la palabra que quería en mi castellano-alemán, le decía la correspondiente alemana, y él me la traducía en su lengua y yo la apuntaba; a veces tengo que formar una frase alemana para buscar una palabra; otras le tengo que hacer la mar de gestos para que no me confunda una palabra con otra, etcétera, etc. ¡Cuántas medias horas con una palabra!

Y muy serios me decían todos ellos en plena sesión conmigo, que se *iban a esforzar* porque aprendiera pronto la lengua, mandándome todo el día los chiquillos, para que me vea obligado a hablar: me dicen que pronto la aprenderé. También me encuentro con que

NO TENGO IGLESIA,

pues un *tifón* les tiró abajo la Iglesia en el mes de Diciembre y no hay nada: tenía las paredes de caña, unidas en sentido horizontal; por allí pasaban los lagartos y todo el que quería: mi H. Arizaleta está entusiasma-

do para levantarles una de piedra, y me dice que va a ser nuestra obra predilecta. Yo no he de quedar atrás en cuanto a entusiasmo. Ya le diré lo que hacemos.

Los protestantes la tienen de piedra y es el único edificio de esa naturaleza; no hay pastores protestantes, y como en todas estas regiones todos ellos son por momentos lo que les parece, están muy desacreditados.

Algunos se han ido con los protestantes, porque creían que ya no venían Padres; y allí se cantaba: son muy aficionados a la música, y en Mortlok tengo dos músicos y armonium. Si el P. Huarte me mandara música piadosa de Loyola..!

De noticias poco le puedo decir; pero en general se puede asegurar que han exagerado mucho

LAS DIFICULTADES.

Mosquitos los hay; pero menos que en el Magdalena: el calor regular, unos 32 o poco más a la sombra, pero casi siempre hay brisa; por la noche baja la temperatura, y aunque sin mantas, se descansa sin que moleste el calor: de alimentos hay pocos; pero en general es porque no lo entienden los naturales, quienes son muy listos y vivos: sus chozas un poco más pequeñas que las de los indios de América, y, en general, están vestidos, aunque no tienen dificultad en quitarse el vestido. Terremotos no los hay aquí en estas islas, que están bastante cerca una de otra.

Ayer fuí a decir Misa; la ofrecí por N. Padre donde nunca se la habían ofrecido, a dos horas por el mar; hoy fuí a una vieja que decían se moría y me la encontré tan fresca en la entrada misma; le dejé agua de San Ignacio para sus dolores.

Decimos misa con una vela sola, y el vino no se gasta en las abluciones: se palpa la pobreza en todo; pero me ocurre que de puro feliz voy a parar poco en Mortlok; el agua es de lluvia; pero hay buenos tanques y la tomamos hervida: el Sr. Gobernador nos atiende hasta en muchas menudencias.

Recuerdos. Inf. hijo y siervo en Cto.,

MARTÍN ESPINAL, S. J.

Toloas (Truck), 14 de Mayo de 1921.

DESCRIPCION DE LA ISLA

Carta del mismo Padre
al P. Remigio Vilariño.

Amadísimo en Cto. Padre: Ya que me encuentro en mi destino y he experimentado tantas veces en el viaje los efectos de su fina caridad, voy a escribirle cuatro letras para satisfacer los deseos que tiene de conocer algo estas islas.

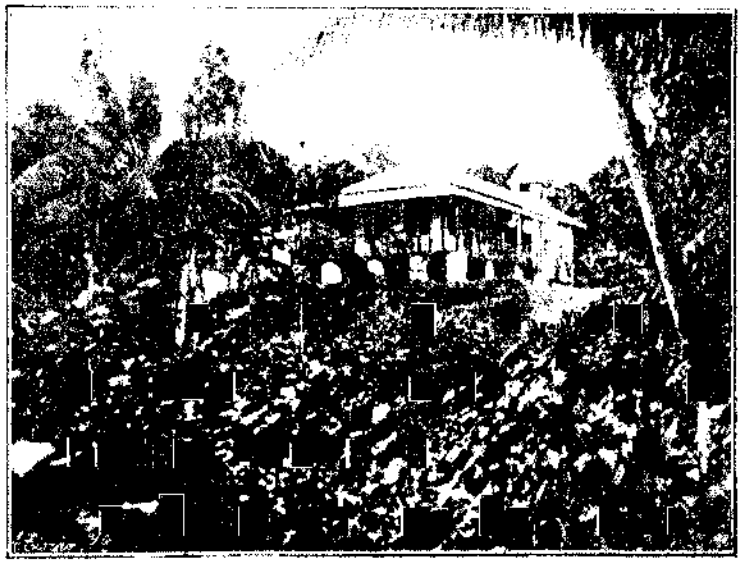
Esta, de Lukunor, de la que sólo le hablaré, tiene la forma de media luna, que casi viene a cerrarse por la prolongación de sus lados por dos columnas de corales, dando lugar a una bahía, que, si tuviese mayor profundidad, tendría muy pocas que se le pudiesen comparar: es inmensa, desde nuestra casa, que viene a estar en la mitad de la media luna y en la misma playa, a unos doce metros del agua, se disfruta de una vista encantadora; sin moverme desde la mesa domino la inmensa bahía, veo romperse en polvo las olas contra el cerco de corales, y por las noches el ruido, que se percibe perfectamente por la estrechez de la isla desde ambos lados, parece que le hace asistir a uno de aquellos espectáculos grandiosos en que se palpa lo grandioso de la eternidad.

El aspecto de la isla, rica en cocos, es muy bonito; en algunos puntos, desde la bahía y a través de los árboles, se divisa el otro lado del mar; en otros, donde habitan los católicos, y es el mejor, la anchura de la isla es respetable y forma una muy bonita llanura cubierta de árboles. La temperatura máxima que he podido observar con el termómetro de nuestro buen P. Real, viene a ser unos 32°, muy suavizados por la brisa, que como sople sin interrupción, conserva a uno sin sudor ninguno; por la noche baja algo la temperatura y se descansa muy bien sin que moleste el calor, por lo menos baja a 27°.

En cuanto a la vegetación viene a ser la de los trópicos: pero nadie se preocupa de trabajar la tierra, aunque vivan tan en la miseria en sus chozas de paja y no coman más que los frutos del campo, cocidos o sin cocer, según van haciéndolo desde que se resolvieron a no trabajar; es, pues, muy poco variada.

SU ALIMENTACION.

Del coco sacan, cuando está verde, unos dos vasitos de agua muy agradable, que sustituye a las de las fuentes que aquí brillan por su ausencia; del coco ya maduro, que no tiene agua, sino cierta sustancia adherida a las paredes interiores, sacan una especie de leche; del coco fermentado consiguen un vinillo *sui generis*, y del mismo coco, por fin, obtienen un aceite especial con que arde nuestra lámpara. Además, tienen el



Paisaje

árbol del pan, tan respetable como los más corpulentos de ahí. Y ¿que es ese pan? Pues la fruta de ese árbol, gruesa como una sandía regular, que descortezada y cocida tiene el aspecto del pan; pero claro está que el sabor no es como el del sabrosísimo que hacen por ahí nuestros buenos Hermanos panaderos: pero algo llena... y esto basta.

Tienen, además, varios tubérculos, mayores que las patatas, que se dan en sitios pantanosos, y con esto termina casi todo lo que se refiere a alimentos; algunos cerdicos corren por todas partes buscándose la vida, no hay ni cabras, ni vacas, ni ovejas, ni conejos; las aves son ra-

rísimas, sin duda porque no encuentran agua y menos comida; dicen que el pescado es abundantísimo, pero estos de por aquí son muy poco pescadores.

En cuanto a los corales, que por su abundancia habían de hacer de esto un país delicioso, tienen buen cuidado de no sobresalir sobre el agua, y con eso tantas preciosidades quedan enteramente ocultas y como si no existieran.

De la gente ya le he dicho que entra en su sistema dejar pasar los días sin más prevenciones ni preocupaciones; si les viene alguna enfermedad..., que haga en el cuerpo lo que pueda; si este puede resistir que tire adelante, si no... se acabó la vida...

En lo que sí hay que salir por su fama, es en lo de los vestidos que no son tan buenos como podían ser; pero sí van cubiertos y ya les repugna lo contrario, que no es poco.

He visto varios casos en que me dicen no se hacen católicos por que no tienen una camiseta para ponérsela.

COMO RELIGIOSOS

son buenísimos, dóciles, respetuosos, devotos, rezan con gusto y muy ordenadamente: tienen sus delicias en el canto, que para ellos viene a ser como la sal en los alimentos; en el rosario, en sus oraciones tienen que intercalar algún cántico y lo hacen con sumo gusto y devoción; tienen su armonium y quien lo toque muy bien.

El día pasado cité a las tres de la tarde a los chicos para cantar, pero como no venían me retiré...; a poco me viene mi músico y me dice que ya estan, —lo que me extrañó, porque no oía gritos de chiquillos...—; bajo, y me encuentro con la *Schola Cantorum* muy seria, colocada junto al armonium, a un lado los hombres y a otro las mujeres; me cantaron una misa que ensayaban para el día de Pascua, y luego les enseñé el *Alleluia* de Usoblaga y otro que me gustaba, y me los aprendieron. Si tuviera letanías, misas, etc., etc., me las aprendían en seguida.

En la observancia de los preceptos de la Iglesia son escrupulosos: el domingo me pidieron permiso para coger un coco del árbol para un enfermo, y así de lo demás.

Y ¿CÓMO SE ENTIENDE USTED CON ELLOS?

Pues por gestos y más gestos, y no siempre con éxito feliz; no hay gramática ni diccionario de esta lengua, y para buscar las palabras acudo a uno que sabe algo de alemán, en un vocabulario español-alemán le enseño la palabra alemana que corresponde a la española que yo quiero: a veces me da en seguida la equivalente en su lengua; otras veces me dice que no la entiende, otras que no tiene correspondencia en su lengua, etc., etc.; entonces tengo que formar una frase alemana, para que vea lo que quiero; si no basta, acudo a los gestos y a veces saco dos o tres palabras, donde me dijo que no había ninguna; luego con esas palabras hago una frase para ver su uso y si realmente ese es su significado: con mucho tiempo algo haremos.

Y ¿la iglesia? Pues, Padre,

NO TENEMOS IGLESIA;

en un *taifun*, como aquí dicen y tifón en otras partes, se vino en Diciembre abajo, y allí en el suelo está deshecha, guardadas bajo zinc las maderas que algo sirven, para ver si algún día tenemos cuatro perricas para levantarla; tenía sus paredes formadas por cañas horizontales unidas con cuerdas a unos palos verticales, y ya ve... con todo un tifón tan furioso, como los que aquí suele haber..., el diablejo me dejó sin iglesia, y a esta pobre gente avergonzada al tenerme que recibir en esa forma. Ahora hace de capilla la parte baja de nuestra casa que no suele habitarse por la humedad; allí, casi debajo de tierra y luchando contra los vientos para mantenerse encendida, está la lámpara, y debajo de mi cuarto, el Señor como en las catacumbas, oyendo los suspiros de mi corazón, que no son sino suspiros por una iglesia de piedra que no nos pueda llevar el tifón y que sirva por su firmeza para mantener estables en la fe a estas pobres islas, que siempre habrán de estar expuestas a quedarse sin Misionero, a quien tanto aman y festejan; ¡pobrecillas!

En las otras islas aún no he estado, porque no quiero ir hasta que me pueda entender algo con la gente y llevarles algún consuelo con mi presencia como Ministro del Señor.

Como la gente es tan buena, desearía me mandara V. R. todo lo necesario para establecer canónicamente el Apostolado; aunque no necesite

de diplomas quiero tenerlos, para qué conste en la quasi-parroquia oficialmente de su erección, y si no puede ser, que llegue el tiempo en que no se sepa nada con certeza.

Como tengo bastante que hacer y nada distinto que contar, le agradecería pasar esta carta por los PP. Guevara, Sádaba, Basterra, Estanislaos y las bienhechoras del Colegio de Berriz de la Santa Cruz y, si aún le quedan firmes los huesos, al P. Lasquíbar de Loyola.

Mil recuerdos a todos, y V. R. en sus SS. SS. y OO. no se olvide de su afmo. siervo en Cristo,

MARTÍN ESPINAL, S. J.

Lukunor, 19 de Marzo de 1921.

VIDA PARROQUIAL

Carta del P. Espinal
al R. P. Provincial.

Amadísimo en Cto. Padre: Ya ha llegado la hora en que puedo escribirle desde mi destino, tras el cual andaba en movimiento desde Julio. ¡Bendito sea Dios!

Supongo recibiría mis disparatadas cartas escritas en Tokyo, y luego la última desde Truck, residencia del P. Pájaro. El viaje desde este último punto se lo dejo para contárselo a mi H. Arizaleta. En la figura que Vuestra Reverencia supondrá, llegamos áquí el día del glorioso Patriarca San José; nos recibieron con cánticos y no sé cuánto entusiasmo; fuimos a la capilla que está en los subterráneos de la casa por lo que ya le conté, y allí tomé posesión de mi quasi-parroquia que estaba llena de gente: luego a preparar algo que comer, sin podernos desprender de la gente a quien no podíamos decir una palabra.

A la mañana siguiente con una misa solemne y bendición de Ramos, sacando fuerzas de no sé donde, empecé

los días de Semana Santa no podíamos soñar en solemnizarlos, pues no se podía haber a mano ni el Vía-Crucis; concedí el privilegio a mi Cruciflio, y delante de él lo hicimos lo mejor que se pudo; (no sé qué dirán de esto los escolásticos de Oña).

El día de Pascua tuvimos misa solemne con *Vidi aquam*, que me lo cantaron con una delicadeza admirable: terminada la acción de gracias de la misa, me sale al encuentro mi director de música, y cantándole yo los salmos de vísperas, me sacó la música de los mismos y me la tocó en el armonium, menos el salmo *In exitu*, que en aquel momento no le salía, pero le salió después. A las tres de la tarde, vísperas solemnísimas a que nadie faltó por estar anunciadas. Le aseguro que aquello salió de primera. ¡Qué diría el Señor desde la Custodia! Yo le miraba detrás de mi gente muy devota, y cantaba con toda mi alma: al Hermano le cogió de improviso la incensación del *Magnificat* y no tenía fuego... Ofrecimos incienso sin quemar y esta gente habría creído que así tendría que ser aquello.

Le advierto que el *Alleluia* de Usobiaga me lo cantan muy bien y no lo ensayamos más que una tarde a las tres, en que citando yo a los muchachos católicos, se me juntó todo el coro, compuesto de hombres y mujeres con sus papeles de música en la mano. Cantaron una misa como quien no hace nada. Se mueren por cantar, y no tengo ni música ni papel en que sacar copias. El Domingo *in Albis* me preguntaban que si no había vísperas solemnes. ¿Sería por aprender los salmos? No las tuvimos por no vulgarizar la cosa.

El primer viernes del mes de Abril por la tarde tuvimos exposición, rosario, consagración de Lukunor al Sagrado Corazón de Jesús, Alleluia, Psallite, letanías del Corazón de Jesús y reserva: les gustó mucho la función.

La Dominica in Albis por la tarde tuve el consuelo de dar

MI PRIMER BAUTIZO.

tenía pensado que al primer varón le llamaría Jesús, por amor a Jesucristo, y a la primera mujer María por amor a Nuestra Señora: fué mujer y le llamé con un poco de devoción *María*. Esto se lo podré presentar

por toda la eternidad a Nuestra Madre. Para bautizar a Jesús tuve que hacer una trampilla, pues al preguntarle a la madrina por el nombre que quería, ¿no me sale la Verónica de ella con que *Espinal*? Buenos estamos, no llevaba yo esas intenciones... Le dije que no podía ser, y me callé lo de mi nombre. Entonces me dijo que el que yo quería, y salió Jesús con la consolación correspondiente.

Como va viendo V. R., esto no tiene el carácter de lo que nos habían pintado en España: la gente es muy buena, muy dócil, muy respetuosa; hay bastantes en estas islas que se dicen protestantes y tienen sus biblias, aunque no sepan qué sea ello ni mucho menos, y aun creen que es lo mismo que católico, y de hecho durante la ausencia del Padre varios han pasado al protestantismo.

LA MISERIA

en que viven es igual a la que ya conoce V. R. *aliunde*; por ejemplo, aquí cerca hay una vivienda (mejor sería *morienda*), cuyo tejado levanta del suelo en su parte inferior como mi rodilla: figúrese V. R. la puerta..., que las ventanas no se las puede figurar, a no ser que sea el calado de las yerbas que cuelgan del techo por el que sale una gallina, que por mucho lujo tendrá a lo más cinco pollicos, o acaso un ruin marranico que va, sin que se lo puedan impedir, a ver si después de la lluvia ha crecido un milímetro una pobre raíz que me la traen sin figura.

Aquí no hay más, Padre; es el punto negro de la isla; no hay más que cocos y el árbol del pan entre los árboles: de la cáscara exterior fibrosa y seca de aquellos sacan la cuerda; de la cáscara interior, tazas para beber agua; del coco verde unos dos vasitos de agua muy buena, del coco seco, disuelto en un poco de agua, lo que llaman leche de coco. También sacan del coco, y es lo más principal, aceite; de sus hojas, que vienen a ser como las de las palmeras, tejidas obtienen esteras de todas clases.

La fruta del árbol del pan viene a ser como una calabaza pequeña: cocida les da el pan que es muy soso, y vuelta a freir es elegancia que me sirvieron en un desayuno en una isla de Truck donde fuí a decir misa. Fuera de eso y de unos tubérculos que da la tierra, sin trabajar, en unos sitios muy pantanosos, aquí no hay más que comer. Las gallinas son rarísimas y por ende los huevos; hay unos cerdicos miserables que no saben qué comer, y... se acabaron los animales domésticos. De los que

no son tales no hay rastro; aves rarísimas, acaso porque no hay que comer.

Añada a esto V. R. que los primeros quince días nos los pasamos

CASI SIN AGUA,

pues no la había en el tanque, y tuvimos que cogerla para cocer las alubias, de uno que despedía mal olor, con el consuelo de que cocida el agua morirían los microbios, y con la seguridad de que el Señor no nos habría traído para cuatro días.

La primera vez nos llovió a las doce de la noche: hubiéranos visto V. R. corriendo con nuestras jarras por las goteras para llenar el tanque ¡y bien satisfechos! Otra noche sentimos unos ruidos raros en el tejado que no nos dejaban dormir. ¿Qué será? Al día siguiente aparece un enorme cangrejo que no sabía bajar al suelo. Así es la vida de accidentada, ¡y bien contentos! Al bajarlo le rompí las espaldas al pobre.

Desde que vinimos no hemos bebido agua más que de coco, que es muy buena, pero hay que administrarla, y el pan no lo vemos, ni el del árbol: pescado debe haber mucho; pero esta gente no se lanza a cogerlo aunque dan sus vueltas por la bahía en unas canoas, que no tienen un pie de ancho.

En cuanto al estudio de la lengua ya se ha pasado lo peor y espero que pronto hablaré algo con esta gente que quiere convertirse; pero tiene dificultades, como por ejemplo, el no tener más que la camiseta natural que es su camisa, su chaleco y chaqueta. ¡Pobre gente! Los católicos fuera de sus casas andan vestidos y vienen cubiertos a la Iglesia, y cuando paso por junto a una casa para visitar a un enfermo (que más no he salido, por estudiar o sacar palabras, fuera del día de Pascua), noto que se llaman la atención y se arreglan; si no me ven, toso o hablo más alto antes de llegar, y ya está todo arreglado.

Si desea saber de mi disposición de ánimo, le diré que he encontrado la paz que buscaba; estoy contentísimo y no aspiro a ninguna otra cosa más en este mundo; aquí no se sabe del mundo ni si habrá ido delante al valle de Josafat.

¡Si vieran esto muchos Padres que podían venir de misioneros aunque tuvieran cincuenta y cinco años (y serían los mejores)! ¡Cuánto miedo cuando se confía en las fuerzas naturales! ¡Al fin salió un sermón!

Ya sabe V. R. que no tengo las misas de los Santos y Beatos de la Compañía, ni el Prefacio de la de San José y de Difuntos.

Mil recuerdos al dulcísimo P. Socio, y a los PP. Guevara y Rodrigo, y V. R. no se olvide en sus SS. SS. y OO. de su ínfimo siervo en Cristo, que encomienda sus planes,

MARTÍN ESPINAL, S. J.

Lukunor, 19 de Abril de 1921.

DE TOLOAS A LUKUNOR

Del H. Arizaleta
al R. P. Provincial.

Muy amado en Cristo Padre: El P. Espinal me encarga que escriba las peripecias del viaje de Truck a Morflok. En Truck estuvimos esperando ocho días a la embarcación que el gobierno se había encargado de prepararnos; pero el barco de vela, que nos había de conducir, fué no sé a qué isla, y no aparecía. Por fin un americano muy católico, muy conocedor de estas islas y del idioma, y que se encontraba por allí, supo que un tal Ringo, chino de nación pero pagano, se ofrecía a transportarnos gratis y que *en un día* llegaríamos a Lukunor. Se lo comuniqué al P. Espinal; el cual al oir ¡que el viaje sería de un día y que el bote era muy bueno,

ACEPTÓ LA PROPOSICIÓN GUSTOSO,

pensando para sus adentros que de modo algo semejante navegó San Francisco Javier cuando concertó con un chino.

Con esta idea embarcamos todos nuestros trastos, y el día 16 a las once emprendimos la marcha. Desde luego vimos que el tal Ringo era una cabeza alborotada y no poco amigo de empinar el codo, y no nos equivocamos. Al caer la noche, Ringo, encargando a un mozo el timón, se echó a dormir como un tronco. Pero alborotóse la mar, despertó

Ringo, y viendo que peligraba su pelleja, determinó arribar a la isla de Losua hasta que calmara.

El bote era pequeño, de siete toneladas, como una miserable cabina. Al verla me acordaba de cómo entraban los gatos por la lumbrera de los tejados de mi pueblo, pues esta forma tenía. No era esto lo peor, sino el agua, que entraba por las grietas, en tal cantidad que apenas podían dar a basto los mozos a sacarla; y como si no fuera bastante esto, nos molestaba no poco el cabeceo del bote que nos ponía perdidos de agua.

Nada se diga de la suciedad que allá había; aquello más que habitación parecía una pocilga. No hay para qué decir que cambiamos la peseta hasta el último maravedí: y para colmo de males caían tales chubascos, que dos japoneses que venían con nosotros se metieron más que a prisa en la cabina donde nosotros veníamos, y resolvieron el problema del local con la mayor naturalidad, echándose uno junto al P. Espinal, y otro a mi lado. Figúrese lo que nos costaría este desahogo: no hubo más remedio que sufrirlo entre aquellos paganos.

Por fin, al día siguiente, calmó el viento y nos pusimos en marcha.

PARA LA ISLA DE LUKUNOR

A la tarde del 18, nuestro Ringo mandó subir a la vela a uno de los mozos para ver si divisaba la isla. Que si quieres: la isla no aparecía. Cayó el viento, y para aprovecharlo, se le ocurrió al Sr. Ringo atar uno de los telones al timón, pero el ruído que aquello metía era tan espantoso, que venía a ser un nuevo tormento.

Con esto y sin tomar desde nuestra salida de Truck más que unas galletas y agua de coco (y yo unos bocados de gallina que el Padre no los quiso probar), figúrese V. R. cómo estaríamos.

Yo, viendo que ni el 19 por la mañana aparecía la tal isla, dije al capitán: —«Sr. Ringo, creo que vamos mal.» El con ademanes me significó que no sabía dónde estaba. Entonces me resolví a no confiar en lo humano, y acudí a San José, pidiéndole que si convenía para mayor gloria de Dios llegáramos con felicidad a nuestro destino, nos lo concediera. Y no fué en vano, pues a la una de la tarde, subiéndose el mozo a la vela, exclamó:

«LUKUNOR» «LUKUNOR»

Mucho nos alegró esta nueva, y dimos por ella gracias a Dios y a San José.

En cuanto a Ringo, que se veía con la pelleja libre, enganchó la botella y en un momento descubrió la isla, la de la botella se entiende, y con grande algazara dió rumbo a Lukunor. Gracias a que estaba el día claro, si no, Dios sabe en dónde pararíamos.

Por fin de cuatro a cinco de la tarde entramos alegres y contentos en nuestra querida misión, que después de un penoso viaje nos supo a gloria; y mucho más por ser el día de San José, el mismo en el que el año último se firmó la carta que para esta misión nos dirigió el P. General a los Jesuítas españoles.

Aquí tiene una mal trazada reseña del viaje; de lo demás supongo que le dará cuenta el P. Espinal.

Hoy día de su santo le hemos tenido presente en la misa y comunión, y también en la comida lo hemos celebrado, pues hemos comido un plato de habas secas con arroz y guindillas que nos han sabido a gloria, y de extraordinario hemos abierto una lata de sardinas. Para que vea que con poco es un hombre feliz, en cuanto cabe, en la tierra. Tenemos buena salud a Dios gracias y buen temple para trabajar. Mañana día 20 sale la carta de Lukunor. Adiós.

Mis saludos a todos esos Padres y Hermanos, y V. R. no se olvide de encomendarme en sus oraciones y sacrificios, que yo tampoco me olvidaré de pedir al Señor por V. R., a fin de que Él le dé gracia abundante para cumplir con su dificilísimo cargo.

Suyo en Cristo Jesús,

ANICETO ARIZALETA, S. J.

Lukunor, 19 Abril de 1921.

RECIBIMIENTO DE LOS MISIONEROS

Del mismo Hermano
al P. Antonio Arregui

Amadísimo en Cristo Padre: Después de tantas vueltas, aquí me tiene V. R. en mi deseado destino. Del viaje hasta el Japón sin novedad: del Japón para las islas salimos el día 24 de Jokoska: el día 30 llegamos a Saipán de las Marianas, donde quedó el P. la Fuente con el H. Oroquieta y en Rota el P. Rodés con el H. Casasayas.

Este fué el principio de la misión verdaderamente consolador al ver aquellos buenos cristianos que no les cabía el corazón en el pecho de alegría al tener en su presencia a

que tantas veces, dirigiendo súplicas fervorosas al cielo, pidieron que apresurasen su venida. Todos comprendimos que el mandarnos Dios a estas partes tan lejanas, a una misión tan penosa, ha sido fruto de las oraciones de estos buenos cristianos.

El día 6 llegamos a Truck y desembarcamos en Tolonas. Esto ya es más duro: son ocho islas y algunas bastante lejos: aquí nos separamos de los de Yap y Palaos, probablemente para siempre. Nos detuvimos ocho días.

El Sr. Gobernador tuvo el buen acuerdo de mandar salir una comi-

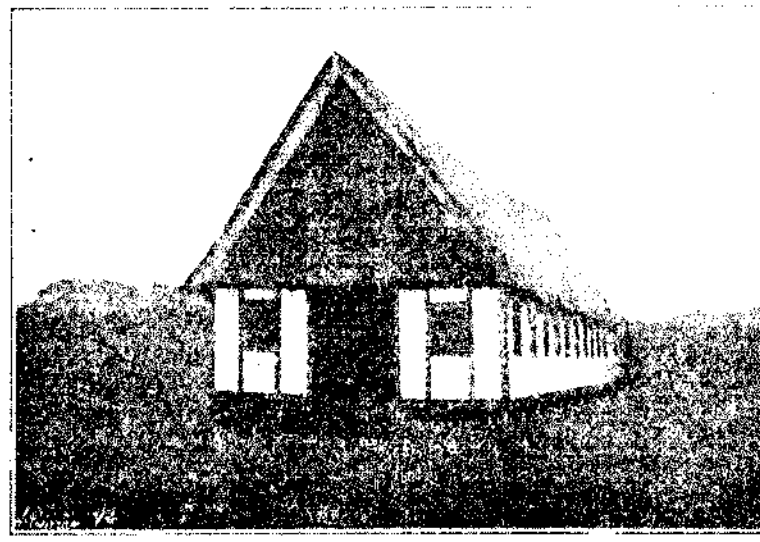
Trabajos apostólicos

sión de esta isla, compuesta de los señores Alcalde y Maestro, del acólito mayor y del profesor de música. Salieron todos ellos con los zapatos del bautismo; menos mal que por primera vez estaban vestidos, porque con frecuencia se ven vestidos estos individuos muy a medias. Nos alegramos mucho al ver nuestros primeros feligreses, pero al querer hablar... cero.

Aquí recibimos la noticia de que en el mes de Diciembre un tifón derribó la Iglesia. Causónos grande pena, porque para los Misioneros la Iglesia es su principal casa. Pero nos resignamos con la voluntad de Dios que todo lo ordena para nuestro mayor bien. Lo bueno, bueno,

FUÉ NUESTRO ÚLTIMO VIAJE

Ya nos habían dicho en el Gobierno que tendríamos que embarcar en un barquito de vela, pero que, como tenía motor, ofrecía alguna seguridad.



Una escuela

Y sucedió todo del revés. El tal barquito que había ido a otras islas no parecía, y nuestra estancia se prolongaba demasiado. Por fin, por medio de un americano que sabía carolino, supo el P. Espinal que un pagano, chino, que vive en esta isla y se halla en Truck, con un barco de vela de seis toneladas se comprometía a llevarnos gratis. A nosotros, que tanto deseábamos llegar a nuestra misión, nos faltó tiempo para aceptar el pasaje.

El viaje que duró tres días, y cuyas peripecias he contado en carta al Padre Provincial, fué terrible.

Al llegar a tierra el Maestro Pedro, y Matías el acólito, gritaban a todo

pulmón (y los tienen buenos). Luego se empezaron a ver correr chiquillos por todas partes, y para cuando llegamos ya estaba en el atracadero que está junto a la casa, a seis metros de distancia, muchísima gente que deseosa de vernos nos contemplaba con una alegría inexplicable. Cantaron en su lengua y en latín el *Ave maris stella* y por cierto que lo hacen muy bien y siguen a maravilla al armonium: el Padre cantó el *Te-Deum*, y el maestro les explicó en carolino el fin de nuestra venida

Aquí, mi querido Padre, nuestra pesadilla es la Iglesia, porque la planta baja de la casa la han convertido en capilla, pero el techo es tan bajo que el Padre para celebrar tiene que estar con la cabeza muy baja, y yo, distraído, doy buenos cogotones en las vigas de cruce que están al par de las vinajeras. La Iglesia es de madera apoyada en columnas de 70 centímetros, pero el tifón rompió los espigones de los postes y la derribó.

En fin, con la ayuda de Dios todo se hace: y veremos si la podemos armar de piedra. Dios, que es dueño de todo, esperamos que moverá el corazón de alguna alma buena que Él haya destinado para contribuir a tan santa obra.

Mucho hemos padecido con tantas vueltas y revueltas, y mucho nos espera aún, pero se puede dar por bien empleado

POR LA SALVACIÓN DE ESTA GENTE

de suyo sencilla y bien inclinada a la piedad, como que desde que están sin Padre todos los días han contado y rezado el Rosario al toque de campana, y han conservado otras buenas costumbres.

Viven en forma de pueblo, pero en chozas de madera o con ramas de coco que forman su tejado: en cuanto al vestido, los hombres van todos descalzos, y algunas veces desnudos de cintura para arriba y algunos con taparrabos; las mujeres llevan unas batas largas. Los alimentos; coco, rimo, (una especie de pan que es un poco soso), y raíces que parecen nabos. Trabajar, se trabaja poco; hay cerdos, pero muy pequeños; también hay gallinas y algunos pescados.

Nuestra comida es alubia sin aceite ni manteca, con un poco de guindilla y arroz que alternamos con patatas: algo de pescado, algunos huevos y cacahuetes sin tostar. No tenemos cocina, guisamos en el suelo entre unas piedras al estilo de pastor, y sin embargo gozamos de buena salud, gracias a Dios.

He querido poner estas cosas para que los que quieran venir a estas

partes sepan qué les espera: creo que poco a poco se mejorará la situación porque en el combate los primeros la pagan. En fin si alguno se queja de poca comodidad, venga aquí y con las visitas de los mosquitos todo se arreglará.

Mis recuerdos a todos esos buenos Padres y Hermanos, en particular al P. Zameza. ¡Qué bien me acuerdo lo que me dijo, que la misión era dura! En sus SS. SS. y OO. me encomiendo.

Inf. hermano en Cto.,

ANICETO ARIZALETA, S. J.

Lukunor, 24 de Mayo de 1921.

Proyectos de Iglesia. – Comisión Regia

Carta del P. Espinal al R. P. Vicente Leza.

Amadísimo en Cto. R. P. Provincial: V. R. me dispensará me permita este lujillo de escribirle a máquina, pues no tengo papel de escribir cartas.—Y ¿qué tal vamos por ahí? preguntará V. R.—Pues muy bien y satisfechos con nuestra suerte, como el día primero en que vimos cumplidos nuestros deseos de servir al Señor, como creíamos era su voluntad. Yo no suelo tener otra reflexión más común que ésta: «¡Cuántos Padres vendrían contentísimos, si supieran que a tan poca costa podían obtener el sublime título de *Misioneros*, que tanto hará valer el que tanto estima un vasito de agua!»

Es verdad que, desde que vinimos, nos ha regalado Nuestro Señor con una Providencia tan especial, que no sabiendo apenas ponernos el termómetro ni el Hermano ni yo, no hemos sentido la menor molestia en un país tan distinto del nuestro.

Exceptuando la escasez de alimentos, apenas hay aquí que sufrir y sin duda, que en nuestra tierra se sufre muchísimo más, lo mismo en verano que en invierno. La temperatura no sube hasta ahora de 33 grados, y eso cuando no hay brisa, que es pocas veces; otras baja hasta 25 por la noche y se duerme sin molestia de ninguna clase por parte del calor Los cínifes no sé dónde se nos han ido, que apenas queda uno, siendo una nube cuando vinimos; otros bichos dañinos tampoco hay, y las mismas aguas estancadas, necesarias para producirse la pula (un tubérculo del país y el alimento principal y casi único de esta tierra), tampoco son

nocivas, como puede deducirse de que no hay enfermos, aquí donde no hay médico ni medicina. ¡Es que mira Dios por esta gente!

Yo francamente, no tengo ninguna molestia que ofrecer a Dios, y puede creerme sin duda ninguna y sin sospechar que hago un acto heroico, al decir que sufro bastante menos que en Loyola; ya sé que si me viene algo gordo acabo en un momento; pero mientras que no venga..., adelante; y entonces, será señal de que nuestro Amigo nos llama: (espero que no será antes de hacer algo bueno, pues esto que llevamos hecho no es nada)

Y ¿la gente? Es muy buena, muy dócil y muy piadosa, tanto que al fin nos hemos lanzado

A HACER LA IGLESIA DE PIEDRA,

para que no nos la lleve ningún otro *taifun*, y esto sin un céntimo en el bolsillo. La comenzaron el 15 de este mes, trayendo los hombres y las mujeres y hasta los chicos y chicas los corales (que son nuestras piedras) en la cabeza; allí vería a todo un hombre con una sola piedra al hombro, lo mismo que si trajera una torre, sin ocurrírsele que en este mundo se le podrían reir de su figura; si quiere divertirse en el camino lo hace con sus compañeros, disfrutando como los chicos de nuestra tierra; si le pica el hombro por alguna punta que le molesta, se mete unas hojas de árbol debajo del coral; la camiseta (que es la chaqueta de aquí) se la quita de antemano porque tiene que administrarla y no tiene otra; el peso no le obliga nunca por nada sino que llega cuando se le acaba la jornada a la hora que fuere.

Los carpinteros tienen verdadero gusto en el trabajo y por supuesto que a su paso, pero lo hacen bien. ¡Si tuvieran instrumentos! Lo mismo nos pasa en otras cosas, por ejemplo, para apartar la tierra, que lo hacen con las manos (aun en caso de enterrar); pero nadie se admira de ello; de manera que de pobreza (cosa que tanto me ha gustado a mí aun antes de ser jesuíta) andamos bastante ricos, y por eso contamos con que podremos acabar la Iglesia cuando Dios quiera.

Y ¿qué va a poner en el altar? Ya tenemos una estatua de la Inmaculada de 1,10 cm., que no es poco. La Iglesia tendrá por supuesto por patrón al Sagrado Corazón de Jesús. Al P. Vilariño le pediría una estatuilla, pero ¡le he pedido ya tanto! y ¡le tendré que pedir todavía tanto!; aunque ¿qué cosa más propia de su ministerio? A V. R. basta con indicarle que San José no se ha de quedar sin nada..., y a mis novicios de Loyola les dice, a ver si consentirán que su Patrono y el Patrono de Oceanía no tenga una estatuica en la primera iglesia que le levantan los Jesuítas.

Y ¿qué va hacer usted con tanta estatua?—dirá por ahí alguno. ¿Sabe V. R. las procesiones que tuvimos con el rosario de la Aurora, llevando en andas por vez primera a nuestra Madre en el mes de Mayo por toda nuestra isla y por medio de los mismos protestantes? De seguro que no ha visto mayor orden que en estas procesiones. Y ¡con qué devoción cantaban hombres y mujeres!

Vienen a visitar al Santísimo con frecuencia durante el día; algunas otras cosas de piedad *antigua* en España han entrado muy bien, gracias a la docilidad que tienen; hay que estar muy alerta para que no nos salgan con alguna de sus antigüedades por intervención de alguna vieja casi siempre; pero con el miedo que cogieron en una improvisación que tuve que hacer el día anterior a la Ascensión, hablando en no sé qué lengua, pero que entendieron perfectamente, creo que por ahora ya se habrá cortado, al menos por una temporada, en este sentido.

De otras islas apenas le puedo decir nada, pues no había católicos más que en una sola, y como hasta ahora no podía entenderme con la gente, no salía por no perder tiempo en el estudio; ahora se me han presentado

LOS REYES DE UNA ISLA

diciendome que si voy por allá se harán católicos; les he dicho que iré con sumo gusto; pero que me traigan el bote para ir y volver, que es la dificultad mayor con que voy a tropezar, pues no puedo ir por falta de comunicaciones de una isla con las demás; el Señor que me los trae, me facilitará los medios, como tengo por seguro.

Espero que le gustará oír algo de nuestros Reyes de acá. Hablando de Lukunor solamente, tenemos un señor que es una especie de Almirante; además hay dos reyes, uno de ellos como suplente del otro, y gobiernan la isla ejerciendo solos toda clase de funciones.

Hay también otros reyes secundarios que mandan en unas cuantas familias, a las cuales pueden reunir para comunicarles sus disposiciones, llamarlas al orden, etc., etc.; estos reyes son como una especie de consejeros reales, de cuyas disposiciones son los primeros en enterarse, y en algunos casos, con licencia del rey, pueden hablar a todos los habitantes de la isla reunidos ante S. M.; a estos magnates regios la gente debe obsequiar con lo mejor de sus frutos, que se reduce a bien poco, pero que para ellos no es así.

Además tienen sus policías y serenos, los cuales a las ocho de la noche tocan un pito, que por cierto no todos lo tienen y es como el de los jefes de estación, y anuncian con una voz poderosa que pronto se va a acabar el poder caminar por la calle. En efecto, a las nueve tocan otra vez el pito y declaran que ya no se puede salir de casa; desde entonces recorren la isla unos cuantos serenos y el que sale de casa debe justificar su salida. Si no se justifica le llevan preso a la cárcel, donde se le aprieta bien y se le hace trabajar, que para estos es lo peor que se les puede ordenar.

Tenemos en el gobierno tal apoyo, que ya lo quisieran en España. Debido también al gobierno, han venido a trabajar en la Iglesia hasta los mismos protestantes, y eso que lo hacen sin retribución ninguna y sin esperanza ninguna de que el día de mañana puedan llamar a los católicos, si ellos quisieran hacer otra.

En cuanto a las diversiones de esta gente, hasta ahora no hemos notado ninguna; pasan los días sin sentir y tumbados sobre una estera, donde duermen si les viene el sueño, pues por la noche están o dormidos o alrededor de una gran fogata, que no sé para qué la encienden; pero no levantan nada la voz, por ser tiempo de silencio. A pesar de todo, y, como el H. Olañeta decía, a pesar de tan mala cama, por la mañana tienen su cachito de pereza.

Los domingos por la tarde, el mejor rato para ellos son las vísperas donde cantan de lo lindo y prolongan la función todo lo que les da la gana. Tienen su exposición menor, después de rezar el rosario y las letanías del Corazón de Jesús, y se van tan contentos.

Cosas de mucho ruido en una isla tan pequeña y con gente tan buena no puede haber. El que venga por aquí puede persuadirse, como yo lo hice desde ahí, que al ser llamado para estas tierras, más bien que a otros quiere el Señor favorecer a su alma, y con esta consideración puede ser que no le dañen muchas ilusiones que se pueden tener por ahí y que luego no se encuentran realizadas. Yo no encuentro aquí de mal sino el ser pocos y no poder recorrer las otras islas. Por ahora tampoco nos urge, pues nos falta todo, hasta el hisopo para poder llevar a esas nuevas cristiandades.

Creo que la lata que le he dado no ha sido pequeña: así que voy a terminar, enviando recuerdos al P. Socio, cuyas cartas supongo estarán en camino, y al P. Guevara, a quien le dice que sigo con el propósito de *apartarme de todas las gentes* y de comunicarme lo menos posible, en

cuanto no me hagan falta. Adiós, Padre, y en sus SS. SS. y OO. no se olvide de su afmo. siervo en Cristo,

MARTÍN ESPINAL, S. J.

Lukunor, 24 de Julio de 1921.

Colocación de la primera piedra

Del mismo Padre

Amadísimo en Cto. R. P. Provincial: ¡Cuántos estarán entrando en Loyola por ahora! Los encomiendo con toda mi alma y espero el Catálogo con una consolación estupenda, ya que él me dará las noticias que deseo tener de aquí abajo.

Como la carta anterior, por accidentes de mi isla, no ha salido cuando yo quería, me permito darle cuenta de la función de ayer tarde, día de San Pedro, en que pusimos la primera piedra a nuestra futura Iglesia. Antes de celebrar, llamé al segundo rey, pues el primero es protestante por ahora, y le dije que después de misa sería

LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA

pero que el pueblo debía antes nombrar el patrono y que para eso les propusiera a quién querían escoger.

Como suponía que no se habían de atrever a tanto, le dije que a mí me parecía escoger al Sagrado Corazón de Jesús, para que el que andaba por las olas y calmaba las tempestades, apartara las tempestades o el tifón, y el que daba de comer a las gentes, les diera siempre comida, (que también les preocupa esto continuamente).

Le pareció bien, y mi rey, después de misa, comienza a hablarles, se me sonríe y se queda callando; hube de continuar la cosa, les expliqué lo que era el Patrono, las razones que había para escoger al Sagrado Corazón de Jesús, y por qué tenía empeño en que fuera el día de S. Pedro.

En esto comenzó a llover y suspendimos para la tarde la función a la que acudieron todos muy contentos. ¡Aquello fué solemnidad! Cumplimos a la letra todo lo del Ritual con la mayor gravedad posible. En seguida fuímos a la Iglesia, rezamos el rosario, expusimos a Su Divina Majestad, hicimos lo del mes de Junio con las letanías al Sagrado Corazón de Jesús y la bendición con el Santísimo, y la gente quedó muy animada ¡Pobrecillos!

Ahora sepa el P. Vilariño que el Corazón de Jesús tiene una Iglesia más (o que la quiere tener, pues no sé si la terminaremos, aunque yo

creo que he venido a levantar esta Iglesia no más), que todos los días se ha hecho el acto diario, según lo trae el P. Ascondo, por no haberle en esta lengua.

Me parece que hemos de llegar pronto en la nueva Iglesia a tener un centro en esta isla, donde acaso esté el Corazón de Jesús tan contento como en otras partes; pues ya ahora vienen a visitarle todos los días, y muchas veces al día, hombres y mujeres, con una devoción que da gusto, y dado el carácter que me parece tiene esta gente, creo que esta devoción les entrará bien y será la que acabe con todas las antigüedades y supercherías que no faltan.

Indígenas

Dicho se está que el arquitecto insustituible es mi buen

H. ARIZALETA

con toda su bienaventuranza. Por ejemplo, ayer por la mañana, día de San Pedro, va a tocar el *Angelus*, y no sé si vió algún madero en el camino y se distrajo, pues tocó al *De profundis:* hoy me quería poner la casulla al revés; pero él lo hace bien, a pesar de que no puede entenderse, si no es por señas, con los trabajadores. Dice que, si la ve terminada, va a cantar el *Nunc dimittis*.

El pobre suda muchísimo, y sus sudores le va a costar hacer lo que pretende con esta gente y sin medios. Ahora está haciendo un carrito para que traigan piedra; ha hecho también unas palas para apartar tierra, etcétera. En fin, hacemos lo que podemos y bien contentos por cierto.

Ahora quería escribir al P. Ramón Lasquíbar, pues bien se lo merece, y sería la primera que escribiría a Loyola, pero me es imposible. V. R. si no le parece mal, le puede mandar esta misma, ya que cosas nuevas no tengo que contarle y él la recibirá con gusto, y dígale que le tengo más presente de lo que él se puede figurar con su fina caridad.

Adiós, Padre; espero su carta como maná del cielo, con lo único que deseo saber en la tierra, que es la prosperidad de nuestra amadísima Provincia de Castilla, cuyo nombre casi me hace llorar de consuelo y por la cual daría todo lo que puedo tener. ¡Si yo fuera como uno de aquellos jesuítas a quienes llama el P. Astráin: «jesuítas españoles fuera de España»; lo que es lo mismo: jesuíta de la Provincia de Castilla fuera de la Provincia! El Señor nos dé su gracia. Amén.

Gracias que tenía escrita esta carta para cuando viniera el bote que va mañana. Recibí su carta y la leí y devoré como V. R. supondrá. Que venga gente por estos mundos, que venga. Sé que V. R. ha estado enfermo, y no me dice nada; cuidado que todavía no hay que morir. He tenido que escribir al P. Provicario y por eso no puedo alargarme más.

Adiós, Padre, y anime mucho a la gente. Al P. Socio que no me escribe, y que me mande una limosna para cristales de la Iglesia, que por ahora tendré que suplirlos con hojas de árboles hasta que me lleguen de no sé dónde.

He empezado a tener conferencias públicas de religión a todo el mundo, desde el corredor de nuestra casa, con la gente sentada en el suelo: ¡si será esto poético!

Finalmente le contaré la noticia del día, y es que hemos estado mes y medio sin comunicarnos con nadie ni con Truck siquiera, de donde nos viene la comida.

En la contestación que V. R. me envíe, no se le olvide hablarme siempre del número de Novicios.

En sus SS. SS. y OO. se encomienda este su afmo. siervo en Cto.,

MARTÍN ESPINAL, S. J.

Lukunor, 30 de Junio de 1921.

A. M. D. G.

ESTADO DE LA MISION

DE LAS

ISLAS MARIANAS Y CAROLINAS

R. P. SANTIAGO LOPEZ DE REGO

Pro-Vicario Apostólico.—Vice Superior de la Misión.

P. ANTONIO GUASCH

Procurador de la Misión en Japón. (Japón.—Kojimachi, Kioi—cho, 7—Tokyo.)

P. ANTONIO G. VALDECASAS

Procurador de la Misión en España. (España.—Isabel la Católica, 12.—Madrid, 8.)

RESIDENCIA DE YAP

COLONIA

P. José Guinucio.
H. Ramón Unamuno.

RESIDENCIA DE MORLOCK

LUKUNOR

P. Martín Espinal.
H. Aniceto Arizaleta.

RESIDENCIA DE PALAOS

KOROROR

P. Indalecio Llera.
H. Emilio Villar.

MALAKAL

P. Mariano de la Hoz.
H. José Gojénola.

RESIDENCIA DE PONAPE

COLONIA

P. Luis Herrera.
H. Victoriano Tudanca.

KITI

P. Pedro Castro.
H. Antonio García.

RESIDENCIA DE SAIPAN

GARAPÁN

P. Dionisio de la Fuente.
H. Gregorio Oroquieta.

ROTA

P. Eduardo Rodés.
H. Salvador Casasayas.

RESIDENCIA DE TRUCK

TOLOAS

R. P. Santiago López de Rego, Vice Superior de la Misión.
P. José Pájaro.
H. Florentino Mancera.
H. Paulino Cobo.

TEPÁN

P. Juan Pons.
H. Miguel Timoner.

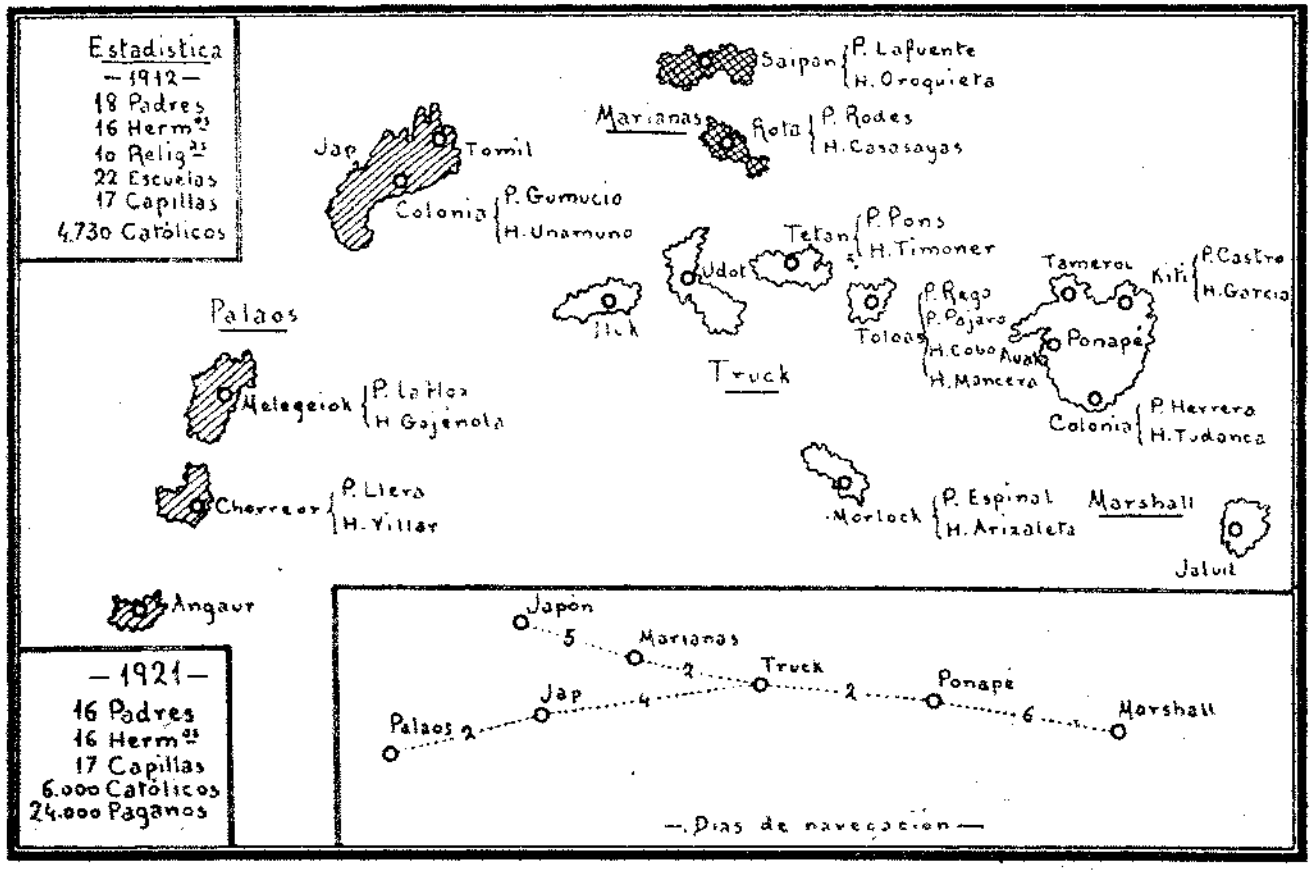
RESIDENCIA EN NUEVA GUINEA

GAYABA

P. José Tarregó.
H. Santiago Cerdá.

ESTÁN EN CAMINO PARA LA MISIÓN

P. Vicente Guimerá.
P. Ramón Lasquibar.
P. José Ramón Suarez.
H. Juan Cruz Ariceta.
H. Francisco Hernández.
H. José Pascual.



Carta geográfica de las Islas

COSAS QUE SE NECESITAN EN LA MISION

::LIBROS::

Teología Moral y Casos.—Teología Dogmática, P. Ferreres.—Derecho Sacramental.—Instituciones Canónicas.—Código Canónico.—Sagrada Escritura.—Liturgia.—Monita Missionar.—Casus Baptismi. (China S. I. Zi-Ka-Wey).—Arregui.—P. La Puente.—P. Rodríguez.—Thesaurus S. I. Martirologio S. I. Vidas de Santos, etc. etc.

::IGLESIA::

Altar portátil con casullas sueltas de cinco colores, dobles manteles, albas, amitos, cíngulos, purificadores, corporales con palia, Caliz, Copón, Custodia, Porta-Viático, incensario, naveta, hierro de hacer hostias, crismeras para Santos Oleos (que se traerán estos de Tokyo al pasar), misalito, Ritual, roquetes, velas, hostias y vino.

Aunque algo no sea necesario faltan: Calderitos con hisopo, Capas Pluviales, ciriales, cubre copones, manteles de comulgatorio, campanillas, lámparas y vasos para el Santísimo Sacramento, bandejas de comunión, candeleros ligeros, floreros de metal, sacras ligeras, frontales y cortinillas, paños de hombros, conchas para bautizar y cofaina, alfombras ligeras, crucifijos pequeños de altar, vinajeras, capiteles para velas, palmatorias, cajas para hostias, vasitos para purificar, arandelas de metal, carterítas colgantes porta-Viáticos. Cruz alzada.

Muchas medallitas, escapularios (los de paño se pudren), rosarios (piden muchos y llevan puestos), crucecitas, medallas del Sagrado Corazón y Milagrosa, Vía-Crucis o en cromos (Madrid, calle de Estudios, 9) y cromos de Novísimos etc.

BOTIQUIN

Inútiles los estuches formados: Un frasco de árnica, iodo, ácido bórico, fénico, tafetán, emplastos, sinapismos, irrigador, purgas, quinina, láudano, aspirina, salicilatos de Vivas Pérez, vaselina, sulfato de magnesia, bicarbonato, sulfato sódico, desinfectante, algodón en rama, vendas, termómetro de calentura, pomadas para llagas. Embrocación para reuma. Además los medicamentos de uso particular. Mengitorio de goma para viajes es muy necesario. Neftalina para la ropa y baules.

HERRAMIENTAS

Martillo, tenazas, formón, sierra, serrucho, cepillo, cincel, lima de madera, alicates, hacha, estaño y ácido para estañar, soldador, clavos surtidos y tachuelas, rollo de alambre galvanizado para hacer aldabillas, seis candados, rejilla para cajas preservativas de insectos.

:MUEBLES:

Mesitas desarmadas, sillas plegadas o de rejilla (las de buques de lona plegables son muy útiles), escobas, lámpara inapagable.

:OBJETOS:
DE COCINA

Cacerolas grandes y pequeñas, sartenes, cazos, espumadero, colador, trinchante, cafetera, tetera, tenazas, cuchillos grandes, cucharas de palo, piedra de afilar, fuentes, tazas grandes para café, chicas, cucharillas, latas grandes y pequeñas bien cerradas para azucar, galletas, etc., embudos grande y pequeño, maquinilla de alcohol condensado con seis botes de aluminio.

DE MÚSICA

Lo práctico sería un armonium plegable.

RELACION
de las limosnas recibidas para la Misión de las Islas Carolinas y Marianas

	Ptas. cts.
D.ª Luisa Recarte	2000 00
Srta. D.ª Asunción Arribas, para la Parroquia del P. Castro	5000 00
De la obra de las Misiones por medio del R. P. Valera	2000 00
D.ª María Posadillo	100 00
Srta. D.ª María Ferreras	50 00
De una persona para comprar una vaca para el P. Castro	100 00
R. P. Marquez, Rector del Colegio de San Estanislao, de Málaga	500 00
R. P. Castañar, Superior de la Residencia de Málaga	110 00
R. P. Morgado (q. e. p. d.)	25 00
R. P. Lara, Superior de la Residencia de Córdoba	100 00
R. P. Zaldívar, sección de misiones del Colegio de Chamartín	201 00
R. P. Revuelto, Rector del Colegio de Sevilla	200 00
R. P. Alcardo, en libros	100 00
R. P. Risco, dos vidas P. Tarín	15 00
Sociedad Asuncionista del Colegio de Sevilla	215 00
D.ª Enriqueta Barón, un baul	25 00
D.ª Blanca Barón	25 00
D.ª Trininad N	25 00
R. P. Galvez José de una señora	25 00
R. P. Oliver, por las Madres Cristianas	50 00
» » » por las Hijas de María	165 00
» » » por la Inmaculada y San Estanislao	30 00
» » » por Santa Bárbara y Santa Infancia	20 00
R. P. Leguina, Colegio de Madrid	52 00
R. P. Murillo, Rector del Colegio de Chamartín	100 00
D.ª María Madrid Castellano	75 00
D.ª Alejandra Velarde	100 00
Srta. D.ª Josefa Gallardo	25 00
R. P. Rubio, para completar lo que cuesta la vaca del P. Castro	200 00
Srta. D.ª María Ferreras	5 00

ADVERTENCIAS. 1.ª La Srta. D.ª Manuela del Piélago de Camillas (Santander), ha regalado generosamente a la Misión, ocho cálices, tres copones, tres portaviáticos y tres conchas para bautizar.

2.ª Todas estas limosnas son las que yo he recibido y han pasado por mi mano desde que en el mes de Julio pasado fuí nombrado Procurador de la Misión de las Carolinas y Marianas. Mucho sentimos no tener a mano la relación de las personas que tanto el año pasado como este año, han contribuído con sus limosnas al establecimiento de nuestra querida Misión. Pero ciertamente sus nombres están escritos en el libro de la vida, y Dios nuestro Señor les pagará con creces su grande generosidad.

3.ª Todas las personas que se sientan movidas por Dios nuestro Señor para dar alguna limosna, ya sea en dinero, ya sea de cualquiera otra manera, pueden enviar sus donativos al P. Procurador de la Misión, en la forma siguiente:

SR. D. ANTONIO GARCÍA VALDECASAS, Isabel la Católica, 12.—MADRID, 8

ASOCIACIÓN PRIMARIA DE SEÑORITAS

AUXILIADORA DE LAS MISIONES

Lista de los donativos hechos por la Asociación Primaria de señoritas Auxiliadora de las Misiones, a los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, para sus Misiones de las Islas Carolinas y Palaos, en Junio de 1921.

Juegos de corporales	76	Estampas	2481
Amitos	30	Postales	1856
Purificadores	101	Cálices	2
Lavabos	64	Copones	2
Manteles de Altar	9	Cruces de Altar (metal)	2
Albas	5	Candeleros	12
Roquetes	9	Juegos de sacras	2
Cíngulos	4	Lámpara colgante	1
Fiadores	7	Juego de vinajeras	1
Cuellos de estola	27	Campanillas	3
Pañuelos de Custodia	3	Palmatoria	1
Casullas	6	Bandeja de Comunión	1
Paños de hombros	2	Cajas para hostias	2
Frontales de Altar	2	Porta Viáticos	2
Cortinillas de Sagrario	5	Conchas para bautizar	1
Cubre Copones	4	Juego de crismeras	1
Bolsa para Viático	1	Incensario	1
Bolsa para corporales	1	Crucifijos de talla (peana)	1
Estola	1	Atril	1
Evangelios	34	Candelabro	1
Escapularios	350	Crucifijos grandes	2
Detentes	110	Imagen del Sagrado Corazón	1
Medallas	764	Imagen de la Virgen del Carmen	1
Crucifijos	102	Altar portátil completo	1
Rosarios	240		